



*Tres*  
*novias para*  
*Navidad*

**ANNABETH BERKLEY**

# Tres novias para Navidad

ANNABETH BERKLEY

© 2020, Annabeth Berkley

Correcciones: Yolanda Pallás

Diseño de cubierta: Roma García

Impresión: independiente

[www.annabethberkley.com](http://www.annabethberkley.com)

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Solo aquellos que creen en la Magia están destinados a encontrarla.

## *Tres novias para Navidad*

—¿Recibisteis la llamada del abuelo? —preguntó Brendan Anderson mirando distraído desde la barra el televisor del abarrotado y ruidoso bar.

Como todas las semanas, se había reunido con sus hermanos en el bar preferido de Bryan. Dardos, cerveza, compañeros de la policía, y partido televisado de beisbol, y que, de los tres, solo le interesaba a él.

Bryan Anderson resopló molesto sin mirar a su hermano menor.

—Estamos jodidos —dijo un trago a su cerveza sin perder de vista el partido que televisaban.

—Los Mets están jodidos —comentó Brad, el mayor de los hermanos, que ya se había aflojado el nudo de la corbata que llevaba.

Acababa de salir de trabajar y había acudido directamente a la cita semanal, cansado de una larga y ardua jornada en el juzgado.

—No digas tonterías —le respondió Bryan mirando el partido—. Para los Mets es pan comido, pero tú, además de cansado, pareces muy tranquilo. ¿Hay algo que no sepamos? ¿Tienes novia que sentar a la mesa en Navidad?

Brendan miró a su hermano mayor a través de sus horribles gafas que simulaban la necesidad de muchas dioptrías. Su hermano, el abogado, cuando no estaba en el tribunal, pasaba los días encerrado entre su despacho, y la mayor parte de las noches también. Los tres sabían que le era bastante complicado conocer una mujer y mucho más difícil mantenerla a su lado.

—Cuéntanos —insistió esperanzado.

—Claro que no tengo novia —les respondió tranquilo Brad—. El abuelo tendrá que conformarse con verme a mí.

Los dos hermanos negaron con la cabeza y una media sonrisa.

—A ti ya te tiene muy visto —comentó irónico Bryan dando otro trago a su cerveza.

—¿Cuántos años lleva insistiendo? —preguntó retóricamente Brendan—. No podemos presentarnos solos este año. Mamá dijo que quizá fuera su última Navidad.

—Mamá siempre dice lo mismo —refunfuñó Bryan—. Otra que quiere vernos casados.

—Sí, pero esta vez llamó el abuelo —añadió Brad preocupado—. No sé qué pensar.

—Pues algo habrá que hacer —insistió Brendan dando un trago a su cerveza—. Necesitamos tres novias para ir a casa en Navidad antes de que termine la semana.

Él llevaba tiempo planteándose comenzar alguna relación, pero sus últimas experiencias con el sexo opuesto habían sido tan desastrosas que se veía incapaz de acercarse de nuevo a una mujer.

Los tres hermanos se miraron ligeramente preocupados. Ya pasaban de los treinta. Ninguno había presentado nunca una novia a la familia, pese a que nunca les habían faltado mujeres en su vida. Pero ese año el abuelo, cada vez más delicado de salud y al que todos adoraban, les había pedido telefónicamente, uno por uno, conocer a sus novias.

Ninguno tenía a quién presentar. Ninguno había encontrado a la mujer de su vida. Pero ninguno quería decepcionar al hombre con el que habían pasado los mejores veranos de sus vidas.

—Es Navidad, es época de milagros. Pidamos uno —comentó Bryan, el más cínico de los tres alzando ligeramente su cerveza.

Brendan, el más distraído y olvidadizo, también alzó su botella.

Brad, el más serio y responsable, les imitó.

Los tres brindaron no muy convencidos, pero deseando que la magia de esos días y de la que

todo el mundo hablaba, se manifestara para ellos en forma de mujer.



—¿Preparado para las fiestas navideñas, Brendan? —le preguntó su compañera de la universidad mientras recogían las agendas para el nuevo curso en sus maletines en la sala de profesores.

Brendan resopló distraído.

—Lo cierto es que no, Mónica —le confesó—. Debería ... ¿Tú tienes planes para estas fiestas?

Era morena, guapa, agradable, tendría más o menos su edad y nadie tendría por qué sospechar que no eran una pareja de verdad. Se le había olvidado que tenía que llevar una novia a casa, y apenas le quedaban unas horas para encontrar a quien fuera.

—Sí —le respondió con una sonrisa, acabando con todas sus expectativas—. Me voy con mi novio al lago Hudson. Hemos reservado una cabaña en mitad del bosque... Si tú te quedas aquí ¿podrías pasarte por mi casa? Mi compañera de piso no va a salir... es como se suele decir, una rata de biblioteca, seguro que os lleváis bien. Me da pena dejarla sola en Navidad. Sus padres cambiaron los planes a última hora y se ha quedado tirada con la maleta hecha ¿Te imaginas?

Brendan parpadeó sorprendido. ¿De verdad? ¿Con la maleta hecha? No se podía tener mejor suerte.

—¿Dónde vives? Llámale y dile que voy hacia allí.

—Qué atento eres, Brendan —le sonrió Mónica apuntándole su dirección en un trozo de papel—. Siempre se puede contar contigo.

Brendan cogió el papel y montó en su coche decidido. Esperaba ser capaz de convencer a ... ¿Cómo se llamaba? Bueno, a la compañera de piso de Mónica, para que se hiciera pasar por su novia durante cinco días.



April Miller se dirigió a la puerta insegura cuando escuchó el timbre. Su compañera de piso le había dicho que uno de los profesores con los que trabajaba se iba a pasar por allí para llevarla a dar una vuelta. No había podido negarse, pero ¿quién quería una cita a ciegas?

Mónica le había dicho que parecía que tenía un cuerpo de diez, pero que era «difícil de mirar». ¿Difícil de mirar? Guapo o feo era cuestión de gustos. Siendo profesor de la Universidad, por lo menos su conversación sería interesante. No sabía por qué se había convencido a sí misma para aceptar la inesperada cita. Quizá la decepción por pasar las fiestas sola en casa.

Abrió la puerta. Un hombre alto y delgado estaba al otro lado aflojándose el nudo de la corbata

que llevaba. Tuvo que darle la razón a su amiga. Su cabello oscuro estaba muy repeinado hacia adelante y sus enormes gafas le escondían unos muy pequeños ojos azules. Fácil de mirar no era, no.

Brendan se sorprendió al ver a una bonita mujer de poco más de metro sesenta, de pelo castaño, ojos marrones, nariz pequeña y sonrisa agradable. Parecía encantadora ¿Qué hacía sola? ¿Por qué estaba soltera?

—Hola —le saludó amable—. Soy Brendan Anderson. Perdona que me presente así. Mónica me dio la dirección.

—Sí, me ha llamado —le respondió April sin separarse de la puerta.

No estaba muy segura de salir con él a tomar algo. Mónica no le enviaría a una mala persona, pero mirar al suelo de continuo por no perderse buscando los ojos tras las horribles gafas, no le terminaba de apetecer.

—¿Puedo pedirte un favor?

April le miró extrañada antes de volver a bajar la mirada incapaz de fijarse en sus ojos azules tras las gafas.

—No sé... depende... —seguía sin retirarse de la puerta.

—Mónica me ha dicho que no tenías planes para estos días—le comentó—. Perdona que sea tan directo, pero necesito ayuda urgente.

April puso sus sentidos alerta.

—¿Sí?

—Necesito que alguien se haga pasar por mi novia cinco días. Solo cinco días. Mi abuelo va a morir... quiere conocer a mi novia antes de hacerlo y no tengo a quién llevar.

April parpadeó sorprendida. ¿Eso era real?

—¿Cómo?

Brendan se pasó la mano por el mentón, agobiado. Suponía que parecía desesperado y la situación era ridícula por lo menos.

—Perdona es que... es un compromiso familiar... la Navidad, ya sabes... Mónica me dijo que te habías quedado sin planes, con la maleta hecha y pensé que podías venir conmigo y mi familia.

April le escuchaba atenta. Parecía que había bajado la muralla defensiva que llevaba alzada desde que había abierto la puerta.

—No estaremos solos. Mi familia es normal. Abuelos, padres, dos hermanos y no sé si sus novias —le explicó—. No dormiremos juntos. Cinco días con actividades navideñas en familia. Es a dos horas de aquí. Si quieres volver puedo traerte, pero me harías un gran favor si por lo menos hoy vinieras conmigo.

April lo miraba sintiendo su apuro y su nerviosismo. Lo miró apretando los labios meditando lo que había oído.

—A dos horas de aquí —le repitió para asegurarse.

—Sí, y puedo traerte en cuanto quieras.

—No te conozco.

—Mónica sí. Soy profesor en la universidad, no tengo aquí el certificado de penales, pero si no puedes confiar en mí, confía en tu amiga. Te prometo que soy un buen chico, solo estoy agobiado... desesperado...

—Y quieres a tu abuelo.

Entonces, Brendan mostró una sonrisa preciosa que le llegó al alma.

—Sí —reconoció—. Como ves haría cualquier cosa por él. Hasta presentarme en casa de una desconocida e invitarla a venir conmigo cinco días.

—Pero me has dicho que me puedes traer en cualquier momento.

—Por supuesto. Te doy mi palabra de boy scout.

—¿Eres boy scout?

—No —reconoció con una sonrisa—, pero lo hubiera sido si no hubiera tenido unos hermanos y un abuelo con el que disfrutar de las acampadas y la vida al aire libre.

Ese cariño que sentía por su abuelo terminó por convencerla. Ella nunca había conocido a sus abuelos y siempre había sentido curiosidad por la relación que algunas personas tenían con ellos.

No tenía nada que hacer, y Brendan parecía agradable. Muy agradable, pese a su cara. Asintió convencida.

—De acuerdo, Brendan, pero debes traerme en cuanto te lo pida.

Brendan suspiró aliviado y agradecido.

—Por supuesto. Muchísimas gracias. Gracias de verdad.

April se retiró de la puerta para dejarle entrar y poder recoger sus cosas.

—Me llamo April Miller —se presentó—. Me cambio de ropa, cojo la maleta y nos vamos.

Brendan asintió mientras la veía desaparecer tras una puerta. Miraba sorprendido el bonito apartamento que las dos mujeres compartían. Todo recogido, ordenado y con olor a flores. Qué diferente del apartamento que él había compartido mientras estudiaba en la universidad, incluso de su piso de soltero ahora. Sucio no lo tenía, pero muy ordenado tampoco. Siempre había libros por medio y varias gafas horrorosas como las que llevaba porque nunca recordaba donde las había dejado. ¿Gafas? ¿No se había quitado las gafas? ¿Cómo podía haberse presentado así ante ella? Bufando se miró en un espejo ovalado que había en la pared. No se podía parecer más pringado.

Se quitó las gafas y se las metió en el bolsillo de su americana de pana. Se echó el pelo, quizá un poco largo, pensó, hacia atrás con las manos hasta que quedó como le gustaba y lo solía llevar en cuanto salía de la universidad, despeinado. Se quitó la seria corbata y se desabrochó dos botones de la camisa. Ya era él y no quien fingía ser para evitar que las estudiantes más díscolas se le echaran encima.

Lo había pasado tan mal en sus dos primeros años como profesor en la universidad que había tenido que recurrir a ocultarse para evitar tantos incidentes desagradables con mujeres que le podían haber arruinado su carrera. Él no se había graduado con honores en las dos carreras universitarias que tenía si no le hubiera gustado de verdad su profesión como para echarla a perder por furtivos encuentros sexuales. Su sueño de escribir un *best seller* era algo a lo que todavía no le había dado espacio, pero sabía que el momento llegaría más tarde o más temprano.

Cuando April salió de su dormitorio con unos vaqueros y un jersey de lana de color blanco se quedó parada al verlo frente al espejo. Miró a su alrededor ¿Dónde estaba el chico que había entrado? ¿Quién era ese hombre tan guapo y atractivo que estaba en su salón? Vestía igual que Brendan, pero no era él ¿Quién era?

Brendan se giró y la vio mirándole con la boca abierta mientras sujetaba una maleta.

—¿Ya lo tienes todo?

—Pero... —le señaló extrañada su nuevo look.

Brendan fue hacia ella a cogerle el equipaje.

—Me he quitado las gafas —le explicó—. No las necesito. Perdona que me haya presentado con ellas. Es una larga historia, ya te contaré.

Le cogió la maleta acercándose demasiado a ella. April no se movió. Dejó que se acercara. Respiró su perfume masculino. De cerca aún era más guapo. Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—¿Estás preparada?



—Creo que sí —le dijo ligeramente sonrojada.

¿Cómo se podía ser tan guapo y no tener pareja? Además, siendo profesor tendría conversaciones inteligentes y parecía encantador. ¿Iba a hacerse pasar por su novia cinco días? Hasta le parecían pocos. Seguía mirándole sin moverse mientras él había llegado a la puerta con su maleta y se giraba hacia ella.

—¿Vamos?

—Sí, sí... —murmuró girándose por un momento para sonreír de oreja a oreja y que él no la viera.

Si Dios existía, debía quererla mucho para enviarle semejante regalo de Navidad. Tendría que dar las gracias a sus padres por haberla dejado plantada, y a Mónica por no haber aprovechado ella la oportunidad.

Más segura de la decisión tomada fue hacia la puerta y cerró su apartamento suponiendo que no lo pisaría en los cinco días que Brendan le había propuesto.



Bryan resopló molesto al ver el mensaje de su hermano pequeño en el móvil. ¿Cómo que lo tenía arreglado? ¿Había encontrado novia? Imposible con el aspecto con el que se presentaba en la Universidad. Como no la hubiera conocido en alguna biblioteca o librería... Brendan siempre había sido un empollón y seguía siéndolo.

Miró la hora. Debería salir cuanto antes para no llegar de noche. Si Brendan llevaba una novia mantendría distraído a la familia y no se fijarían en que él no la llevaba. De todas maneras, supuso, tampoco les extrañaría que no encontrara a nadie que aguantara su mal carácter como siempre le habían dicho.

—Anderson, a mi despacho —le ordenó su superior presentándose frente a su mesa.

Bryan asintió ahogando un bufido. Un minuto más y no le habría encontrado.

Lo siguió cerrando la puerta tras él.

—¿Has oído hablar del caso Johnson?

—Desfalco —asintió, escuchando atento al hombre que se estaba sentando en la silla ergonómica de su abarrotado despacho.

El capitán, serio y de cabello canoso, movió la cabeza afirmativamente.

—Tenemos un testigo para el juicio que se celebrará después de las fiestas.

—La hija, creo ¿no?

—Sí.

—Te encargarás de tenerla bajo custodia hasta entonces.

—¿Cómo?

—Hasta el juicio estará a tu cargo.

—No soy una niñera —le respondió airado.

—No. Eres agente de policía y haces lo que se te ordena —le dijo serio—. Es una familia influyente —suavizó el tono—. Nos lo han pedido como un favor personal... un favor que nos podrán devolver en algún momento...

—¿Por qué no se lo ha encargado a Phillis, o a Markel?

El capitán se encogió de hombros.

—No estaban.

Tenía que haber salido antes, se recriminó enfadado.

—Es Navidad, señor. Mi familia me estará esperando.

—Pues no pierda tiempo, Anderson. Llévesela con usted y tráigala de regreso para el juicio.

Bryan asintió visiblemente molesto.

—¿Dónde está?

—En su casa, la dirección la tendrás en el informe.

Bryan asintió y salió malhumorado por la puerta. Lo que le faltaba. Ser niñera de una chica rica. Vio el ordenador de uno de sus compañeros encendido y fue hacia él para sacar la dirección. La apuntó en un papel y resoplando y sin despedirse de nadie se encaminó a buscarla.

En casa se llevarían una sorpresa. En lugar de con una novia, acudiría con una ricachona que los miraría por encima del hombro continuamente. «Siempre podía quedarse encerrada en la habitación los cinco días», pensó. Se tendría que haber ido antes y otro se hubiera encargado de ese marrón, se repitió llegando a una impresionante mansión de tres plantas en las afueras de la ciudad. Por lo menos, no se había desviado tanto del camino. Como llevaba su maleta en el coche desde que había salido de su apartamento por la mañana, podrían continuar el viaje desde allí.

Subió la escalinata de mármol que llevaba hasta la entrada y llamó. Los segundos que esperó le parecieron horas. Claro, él solo pertenecía a la clase obrera de la ciudad, alguien que estaba a su disposición y servicio, se recordó con ironía. Resopló. Hacía bastante frío para estar esperando fuera. Volvió a llamar impaciente.

Una joven rubia abrió la puerta sacando una maleta enorme.

—Perdona —se excusó sin mirarlo—. No sabía qué podría necesitar.

Le esquivó para salir y cerró con llave sin prestarle atención. Bryan miró extrañado a la bonita joven de nariz respingona y labios rojos que lo había hecho apartarse.

—Vamos —le dijo ella girándose hacia él.

Bryan sintió la impresión de un golpe en la boca del estómago. Era preciosa, perfecta, delicada, con la cara de un ángel con preciosos ojos azules.

Maddie Johnson se sonrojó cuando lo miró. Era por lo menos quince centímetros más alto que ella, con el cabello oscuro, un poco largo y despeinado. Su mandíbula recta lo hacía muy atractivo y sus ojos azules eran realmente bonitos. No se esperaba un policía así. Creía que sería un padre de familia y se la llevaba a casa como una hija más.

—¿Dónde? —preguntó Bryan sin saber a qué se refería.

Estaba totalmente confundido.

—Me llamó un capitán de la policía... me dijo que usted pasaría por mí. No recuerdo su nombre, pero le envía el capitán ¿verdad?

Empezó a dudar y a mirar insegura alrededor. ¿Por qué había abierto la puerta sin preguntar antes?

Bryan notó su inseguridad y solo quiso tranquilizarla.

—Me llamo Bryan Anderson, ¿es usted la hija de Bart Johnson?

—Maddie —se presentó ella más tranquila—. El capitán me dijo que debía acompañarlo, pero que al ser estas fechas, usted ya tenía planes con su familia.

Bryan asintió sorprendido. El capitán le había ahorrado las explicaciones facilitándole el camino. Intentó esconder una sonrisa.

—Sé que voy de incognito... ¿Has pensado como vas a explicar a tu familia que voy contigo? —le preguntó mientras tiraba de su enorme maleta plateada para ir hacia el coche aparcado frente

a la puerta.

Bryan ya no pudo esconder la sonrisa y la siguió más relajado. ¿De verdad le estaba pasando eso? La alcanzó y le cogió la maleta con firmeza.

—Mi abuelo nos llamó diciendo que quería conocer a nuestras novias, así que me dio la excusa perfecta para llevarte a casa —le explicó divertido.

Sus hermanos alucinarían, pensó. No solo porque llevaba novia sino porque además era preciosa.

—Oh, vaya, lo siento mucho —le dijo ella sincera.

Bryan cerró el maletero de su coche tras meter la maleta. Le abrió la puerta acercándose más de lo políticamente correcto a ella. Era más que preciosa y olía a algún perfume caro y dulce.

Maddie se dio cuenta de su cercanía. Era demasiado atractivo y él sabía que lo era, pensó.

—Seré tu novia, Bryan, por tu abuelo y porque no veo otra opción, pero no compartiremos cama.

—Por supuesto —le respondió mientras la veía entrar en el coche.

Bryan cerró su puerta sonriendo satisfecho. Serían cinco días muy interesantes, pensó, y su abuelo se sentiría complacido, que era lo que realmente le importaba.



Brad Anderson cambió de emisora en la radio. Había pillado el atasco del que le habían avisado sus dos hermanos. Se le había hecho un poco tarde revisando el último caso que le había llegado. El cliente tenía todos los indicios para ser considerado culpable y además se había reconocido como tal. No había visto manera alguna de librarle de la cárcel, ni siquiera para esas fiestas familiares. Lo había sentido por su hija, pero no le había quedado más remedio que dejarlo en prisión. Ella no parecía estar al tanto de nada, aunque como solía decirse «no hay más ciego que el que no quiere ver».

No había tenido mucha prisa por salir. Se había tomado con calma preparar la maleta y comenzar las dos horas de viaje. Llegaría con el tiempo justo para cenar, pero solo.

Esperaba que las «novias» que llevaban sus hermanos le bastaran a su abuelo para estar tranquilo. No sabía cómo lo habían hecho. Quizá habrían tirado de agenda, pero él no tenía ni eso. Solo trabajo y trabajo. ¿Cuánto tiempo hacía que no estaba con una mujer? Lo peor era que ni lo echaba en falta. Su última relación apenas le había durado un mes, y como todas las anteriores se había quejado por su falta de dedicación y compromiso.

Había empezado a nevar suavemente lo que sin duda dificultaba el tráfico fluido. Volvió a cambiar la emisora, frustrado. Villancicos, suspiró. Quizá le animaran el viaje. ¿Cuánto hacía que no cantaba alguno?

Sonriendo y riéndose de sí mismo empezó a cantarlos. Si alguien lo viera sentiría vergüenza por él, pensó, pero afortunadamente estaba solo.

De repente, el coche blanco de delante dio un volantazo a la derecha saliéndose de la carretera. Frenó en seco reaccionando. Contuvo la respiración ¿Qué había pasado?

Los dos coches que tenía delante habían tenido una aparatosa colisión. Los conductores de ambos vehículos salieron preocupados para evaluar los daños. Suspiró aliviado. Se había librado

de un buen golpe. Miró hacia el andén. El coche blanco había apagado las luces, pero no salía nadie de su interior. Salió intranquilo, poniéndose el abrigo abrochándose hasta el cuello.

Se acercó al coche blanco y se asomó a la ventana del conductor. Vio entre sombras a una joven aturdida. Golpeó el cristal con suavidad. La joven le miró extrañada.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupado tratando de abrir la puerta.

Samantha Miller asintió totalmente confundida y sorprendida. Miró al oscuro cielo con el ceño fruncido. Cuando había pensado que nada peor le podía ocurrir era algo retórico, no era un reto para que el Universo empeorara la situación.

¿Cómo podía ser posible? Su compañera de piso la había dejado tirada sin previo aviso nada más desayunar para irse a vivir con su novio, perdía el trabajo por los celos enfermizos de su jefa, sus padres le habían cancelado los planes para esas fechas con la maleta hecha, su prima no tenía batería en el móvil y no había podido contactar con ella para sugerirle una escapada juntas a la que había decidido ir sola y no le apetecía nada; había empezado a nevar en cuanto se había sentado al volante y para colmo tenía un accidente de coche. Intentó ponerlo en marcha sin éxito.

Había visto la colisión de los coches que tenía delante y para no meterse en la cadena que se había formado, había girado a la derecha sin darse cuenta del ligero desnivel y del árbol contra el que había chocado.

¿Podía pasarle algo peor? Se arrepintió de la pregunta al instante. No quería que el Universo se sintiera retado de nuevo. No había manera de que el coche se pusiera en marcha y resopló.

Alguien insistía golpeando el cristal. Samantha abrió la puerta y salió. Tendría que esperar a la grúa... que con el tráfico que había y la nieve, tardaría siglos en llegar.

—¿Estás bien? —le preguntó el hombre cogiéndola por los brazos.

Brad miraba preocupado a la bonita joven que todavía parecía aturdida.

—Sí —contestó ella con una mueca sin fijarse en él—. El coche no arranca.

Miró al coche y luego miró al alto y guapo desconocido de pelo corto y oscuro como sus ojos. Era bastante atractivo. Su elegante abrigo de paño lo protegía del frío.

—Supongo que me salvaste de un golpe en cadena —se fijaron en las discusiones que habían comenzado entre los conductores de los coches afectados por la colisión.

Samantha se encogió de hombros empezando a tiritar de frío bajo los finos copos de nieve.

—Mi intención también era no chocarme yo. No vi el árbol.

Vio que un par de patrullas de la policía se abrían paso por el andén hasta el punto en el que estaban los accidentados.

—Espero que no tuvieras mucha prisa —le comentó Brad abriendo la puerta del conductor de su coche accidentado y sacando su abrigo para ponérselo por encima.

—Gracias —le sorprendió el detalle—. Aunque la tuviera, no voy a llegar —le señaló el coche—. Más vale que llame para cancelar la reserva.

—¿Hacia dónde ibas? Quizá pueda acercarte.

Samantha le sonrió agradecida. Atento y guapo, qué afortunada era su novia.

—No iba a ningún sitio en especial. Me quedé sin planes para estos días y por no quedarme sola en la ciudad reservé una cabaña en el bosque. Esperaba que mi prima me acompañara, pero no he podido localizarla todavía, así que me lo tomaré como una señal del destino para desistir —le explicó—. Me conformaré con pasar las navidades sola y amargada.

Brad le sonrió divertido. Por lo menos se lo tomaba bien. Un momento... ¿Pasar las navidades sola y amargada? No tenía por qué, y él no tenía nada que perder por preguntar.

—Será porque tú quieres —le respondió con una sonrisa atractiva.

—¿Me sugieres una alternativa mejor?

—Pasarlas conmigo y mi familia al más puro estilo navideño a menos de dos horas de aquí. Samantha lo miró con los ojos entrecerrados.

—A tu mujer no creo que le guste la idea.

Brad sonrió divertido.

—No tengo mujer, y créeme si te digo que mi familia se alegrará de verte —le respondió—. Esperan que vaya con mi novia a pasar la Navidad a casa.

Samantha miró hacia el interior del elegante coche del que se suponía que había bajado. Estaba vacío.

—Una novia que no tienes.

—Exacto.

—¿Esperas que me haga pasar por tu novia?

—No —le respondió sincero—. Eso es mucho pedir... pero podríamos no aclararlo. Mi abuelo... mi abuelo... quería conocer a nuestras novias antes de ... bueno... de morir — Samantha notó cómo se le entristeció la mirada—. Si te llevo y no les decimos nada, te estaré eternamente agradecido. Además, supongo que te debo unas vacaciones de Navidad porque has evitado que tuviera un accidente.

—¿Eres abogado? —intuyó por su apariencia y manera de hablar.

—Brad Anderson, a tu servicio —se presentó asintiendo.

—Samantha Miller —le respondió ella tendiéndole la mano, sin querer entrar en detalles—. No me gusta pasar las navidades sola —reconoció.

—¿Eso es un sí?

—Si a ti te parece buena idea —se encogió de hombros.

No tenía pinta de ser un asesino en serie. Su ropa parecía de buena calidad. Había oscurecido, y ella no tenía nada mejor que hacer. Si todo ocurría con alguna finalidad en la vida, ese encuentro podría depararle algo diferente y desde luego inesperado. No sería ella la que tentara de nuevo al Universo desconfiando de sus intenciones.

—Cojamos tu maleta —le sugirió con la sonrisa más atractiva que Samantha había visto nunca.

¿Por qué no tenía novia? Samanta abrió el maletero de su coche y antes de que ella hiciera nada, con gran facilidad, él sacó su maleta y su neceser de viaje y se la llevó hacia su coche para meterla en su maletero.

Se acercó a ella de nuevo.

—Cierra bien el coche. Voy a hablar con la policía. Que la grúa se lo lleve al depósito y a la vuelta vamos a buscarlo ¿te parece bien?

Samantha asintió. De verdad, ¿Por qué no tenía novia? Era atento y encantador, además de guapísimo ¿Cuánto hacía que alguien no se preocupaba por ella o pensaba en lo que necesitaba?

Después de hablar con los agentes y de que se restableciera el tráfico lento por un carril improvisado a la derecha volvieron al coche de Brad.

En cuanto puso el coche en marcha, en la radio sonaron villancicos.

—¿Estabas escuchando esto?

Brad se encogió de hombros medio avergonzado y medio divertido.

—Un viaje solo puede ser muy aburrido —se justificó.

Samantha sonrió —Bueno, ahora vas con tu novia.

—Gracias —le dijo sincero mirándole a los ojos.

Esa bonita mujer de preciosos ojos verdes no podía imaginarse el favor tan grande que le estaba haciendo. Nunca había querido decepcionar a su abuelo. Suponía que por eso había retrasado tanto su salida, para evitar esa posibilidad. Ahora acudiría con novia. Sería una mentira

piadosa, pero él descansaría en paz, que era lo único que le importaba.



El trayecto se les hizo corto. April jamás había conocido a alguien que hubiera leído tanto como ella y aunque tenían diferentes opiniones sobre Hércules Poirot y Miss Marple, lo cierto era que había disfrutado muchísimo.

Si simplemente hubiera sido una cita a ciegas, ella hubiera estado deseando repetirla y suponía que él también. Le tendría que dar las gracias a Mónica en cuanto volviera a casa, porque se le había olvidado el cargador del móvil y no sabía cuánto tiempo llevaba sin batería.

Pararon frente a una bonita y rústica casa de dos plantas con la fachada llena de luces y con el jardín nevado. Las figuras de dos renos enormes iluminados les daban la bienvenida.

—Qué bonito —comentó April sin salir del coche.

—Supongo que, siguiendo la tradición, mañana haremos los muñecos de nieve.

—Ah, ¿sí?

Brendan asintió.

—No te hagas ilusiones. Yo no gano nunca. Mi hermano Bryan es el más rápido, aunque también tengo que decirte que su muñeco de nieve suele ser realmente feo. Y el de Brad es el más perfecto —se encogió de hombros.

—¿Y el tuyo?

—Los detalles son importantes —le explicó sonriendo—. Por más que lo intento, empleo mucho tiempo buscando los mejores ojos, la mejor nariz... quizá alguna corbata... no sé cómo lo hago, pero nunca gano.

April se rio divertida. No solo era guapo e inteligente, sino que también era encantador.

—Bueno, allá vamos —susurró Brendan—. Muchas gracias, April, por el favor que me estás haciendo.

April le sonrió. En ese momento no sabía quién le estaba haciendo el favor a quién.

—Y no te preocupes, que no compartiremos la cama —le recordó antes de salir del coche.

April fue a replicarle, pero cerró la boca. ¿Esa idea había sido suya? Eso lo había dicho antes de conocerlo, antes de estar hablando con él durante las dos horas del trayecto, cuando era un desconocido difícil de mirar tal y como le había dicho Mónica, pero ¿ahora?

Salió del coche cuando Brendan se acercaba a abrirle la puerta. April sintió la proximidad. Solo era capaz de sonreírle. Brendan le devolvió la sonrisa. La miró a los ojos. No recordaba haberse sentido tan cómodo con una mujer...

—¡Brendan! ¡Ya has llegado! —exclamó su madre desde la puerta.

April miró a la mujer rubia de mediana edad con jersey rojo que les saludaba con una gran sonrisa.

Brendan le cogió de la mano. April se estremeció con el sencillo contacto. Fueron hacia ella con una sonrisa.

—Mamá, ella es April Miller —le presentó mientras les abrazaba con cariño—. April. Mi madre, Johanna.

—Un placer conocerte, April —le dijo agradable y risueña—. Sois los primeros en llegar.

Vamos dentro.

—Mamá... ¿Qué tal está el abuelo?

—Bien, cariño. Con ganas de abrazaros.

Brendan asintió preocupado. Esperaba que no se viera muy deteriorado. Siempre había sido un hombre resistente y fuerte y quería recordarlo como tal.

—Voy a por las maletas—le dijo volviendo al coche y retrasando el momento de entrar a verlo.

April siguió a Johanna.

—Cariño —llamó a su marido mientras entraban al salón decorado con motivos navideños—. Ha venido Brendan. Ella es April, su novia.

April apretó los labios ligeramente forzando una sonrisa. No le gustaba mentir, pero a fin de cuentas era lo que había pactado con Brendan.

Un hombre alto y moreno se levantó para abrazarla muy respetuoso.

—Hola, hija —la saludó educado—. Me llamo James. Me alegro de que Brendan se haya decidido a traerte.

April le saludó respondiendo a su abrazo.

—¿Habéis llevado buen viaje?

—Lo cierto es que sí. Se nos ha hecho corto —le dijo oyendo cerrarse la puerta de la entrada.

—Brendan —le saludó su padre afectuoso.

—Hola, papá ¿y el abuelo? ¿Cómo está?

—¿Cómo quieres que esté? Míralo, por ahí entra.

Un hombre risueño, jovial y con un jersey de Navidad horrible de color verde entró por la puerta del salón arrastrando ligeramente sus pies. Sus ojos azules brillaban emocionados, y sus brazos se abrieron para abrazar a Brendan.

—¡Muchacho! Ya era hora de que me hicieras caso —miró a April—, y me presentaras a tu novia.

—Abuelo, estás bien —le acusó contrariado—. Creí que... Me dijiste...

El abuelo sonrió de oreja a oreja.

—Quizá exageré un poco cuando hablé con vosotros —se justificó sin remordimientos—, pero, vamos a ver muchacho, me hago mayor. Tengo ganas de veros asentados y felices.

—Padre ¿qué les dijiste a los chicos? —le preguntó James extrañado.

—Bueno... quizá exageré un poco.

—¿Un poco? —le preguntó Brendan sin deshacerse de su abrazo.

—No dije nada que no fuera verdad —se defendió con una sonrisa—. No quería morirme sin conocer a vuestras novias. Y veo que ha funcionado.

Brendan miró a April encogiéndose de hombros, ligeramente avergonzado por haber sido engañado por su abuelo, y preocupado por su reacción. Se alegraba enormemente que se sintiera bien, pero se sentía cómo un estúpido frente a ella. Con lo bien que habían congeniado, esperaba que no pensara que fuera una invención suya.

—¿Aún no habéis montado el árbol? —preguntó Brendan extrañado de no verlo en el tradicional rincón del salón donde solía estar.

—Por supuesto que no —le respondió Johanna—. Os estábamos esperando. Mañana por la mañana iremos a por él.

Brendan asintió mientras a April se le iluminaban los ojos por sorpresa. Montar un árbol de Navidad en familia, aunque no fuera la suya, era el mejor regalo que podían hacerle.

—¿A qué te dedicas, April? —le preguntó afable el abuelo—llevándosela del brazo hasta el sofá.

—Soy bibliotecaria —le explicó con una sonrisa mientras Johanna y James le sonreían.

—¿Cómo no? —dijo el abuelo llevándose una mano al corazón con una sonrisa enorme—. A ver si lo adivino... podríais estar hablando horas sobre libros ¿a qué sí?

—Pues sí —reconoció April recordando el viaje.

—Siempre habrá nuevos libros —les dijo el abuelo invitando a Brendan con la mano a sentarse a su otro lado—. Siempre tendréis temas de que hablar. Me siento orgulloso, muchacho.

Brendan le sonrió emocionado. Miró a April. Sabía que la relación no era real, pero ese momento sí lo era. Y en ese momento, su abuelo se sentía orgulloso de él, y eso no tenía precio. Eso justificaba todas las mentiras del mundo.

—Oigo otro coche —exclamó Johanna sonriente—. Debe ser Bryan.



Bryan detuvo el coche frente a la puerta. El viaje había sido curioso. No esperaba tener nada en común con Maddie. La había prejuzgado como una ricachona mimada, y había resultado una mujer normal con un deplorable gusto deportivo y musical. ¿Cómo podía creer que los Mets no ganarían la liga? Los Yankees no tenían nada que hacer. Y Bruce Springsteen siempre sería «el jefe», le pesara a quien le pesara.

Maddie miró impresionada la casa de dos plantas decorada con luces y los dos simpáticos renos que parecía que les estaban esperando. Nada que ver con las frías navidades que pasaba en su casa donde la decoración navideña se reducía a un sofisticado árbol de luces led colgado en la pared.

Bryan tomó aire. No estaba preparado para ver a su abuelo débil y vulnerable. Y mucho menos para sentirse así. Tenía tan buenos recuerdos con él.

—¿Todo bien, agente?

—Llámame Bryan —le recordó más serio de lo que quería reconocer.

Maddie sonrió cogiéndole la mano.

—Sí. Bryan. Y soy tu novia —le sonrió comprensiva—. Yo también tuve un abuelo al que quería mucho y hubiera hecho cualquier cosa por él. Incluso inventarme un novio.

Maddie recordó a su querido abuelo. Había fallecido cuando ella era apenas una adolescente. Se había sentido siempre tan a gusto con él, tan aceptada y querida... Suspiró.

Bryan la miró con una media sonrisa. Parecía un ángel.

—Gracias, de verdad —le dijo a Maddie sincero.

Se mantuvieron la mirada por unos segundos. Inevitablemente se miraron los labios. Estaban muy cerca el uno del otro.

—¡Bryan! —exclamó su madre desde la puerta levantando la mano.

Salieron a la vez del coche y fueron hacia ella. Bryan parecía nervioso y reticente a entrar.

Maddie le cogió de la mano y se la apretó con fuerza. Ella no podía olvidar el momento que fue a despedirse de su abuelo. Todavía podía sentir ese dolor y esa angustia por no volver a verlo más.

Bryan la miró con algo parecido al afecto, antes de volver a mirar a su madre.

—Mamá —la abrazó cariñoso—. Ella es Maddie. Maddie, mi madre, Johanna.



Johanna miró sorprendida a la novia de su hijo. No podían ser más diferentes. Bryan, moreno, grande, fuerte. Su novia parecía un ángel del árbol de Navidad, y lo había cogido de la mano. Respiró tranquila. Parecía que por fin su hijo hubiera encontrado a alguien que le equilibrara el carácter.

—¿Qué tal está el abuelo?

Johanna elevó los ojos al cielo.

—Entra y que te lo explique él —le dijo.

—Voy primero a por las maletas —le replicó.

—Súbelas a tu habitación. Brendan ha dejado las suyas en medio del pasillo.

—¿Y la de Maddie?

—¿Qué?

—¿Dónde dejó la maleta de Maddie? ¿En la habitación de invitados?

—¿Por qué vas a dejarla allí? —le preguntó extrañada—. Ya somos todos mayorcitos.

Bryan miró a Maddie. Maddie se encogió de hombros. Dormir juntos no implicaba sexo, pero lo cierto era que el agente Anderson era realmente atractivo y, por lo que estaba viendo, también era lo que podía considerarse un buen chico.

Johanna esperó a su hijo para entrar todos juntos.

—Bryan y Maddie están aquí —anunció Johanna.

Brendan se levantó del sofá para saludar a la «novia» de su hermano. ¿De dónde la había sacado? Esperaba que llevara a alguna de las exuberantes camareras con las que con frecuencia se relacionaba, pero no esperaba a una chica de apariencia tan frágil.

Bryan palmeó a su hermano y se dirigió extrañado hacia su abuelo que abría los brazos para recibirlo tan tranquilo como siempre había hecho.

—Abuelo... creí... —se fijó en la joven que había sentada al otro lado de su abuelo.

Supuso que sería la pareja de Brendan. El caso es que era bonita y era muy del estilo de su hermano. Seguro que era alguna compañera de la universidad.

Volvió a pensar en su abuelo.

—Abuelo... ¿nos has engañado? —le preguntó con el ceño fruncido.

—No seas tan exagerado, muchacho —se defendió con una sonrisa—. O este ángel conocerá tu carácter —le tendió la mano a Maddie que se acercó a él enternecida recordando a su abuelo.

—¿No dijiste que ibas a morirme?

—Y sin duda lo haré —le sonrió a Maddie—, algún día.

Bryan empezó a caminar enfadado por el salón de lado a lado. ¿Cómo podía ser posible? ¿Cómo podía haber jugado así con sus sentimientos?

—¿Sabes lo mal que lo he pasado pensando...?

Maddie se le acercó y le cogió la cara con cariño. Bryan la miró sorprendido. Ella le mantenía la mirada.

—Tu abuelo está bien, es lo que importa —le dijo en un susurro mirándole fijamente.

Todos los estaban observando con una sonrisa.

Bryan asintió resoplando y miró a su abuelo.

—De acuerdo, pero no nos vuelvas a asustar de esa manera.

Fue hacia April.

—Soy Bryan, el hermano de Brendan.

April lo recibió con dos besos, igual que a Maddie. Bryan saludó a su padre.

—¿Tuvisteis buen viaje? —le preguntó James, sereno.

—Sí —le respondió más tranquilo mientras veía a Maddie ocupar el sitio junto a su abuelo y

cogerle de la mano con una sonrisa—. Aunque empezaba a nevar cuando salimos de Nueva York. Supongo que a Brad le habrá sorprendido la tormenta y el atasco.

—Pues tomemos un poco de ponche mientras esperamos —sugirió Johanna.



Ya oscurecía cuando Brad aparcó frente a la puerta de la casa familiar junto a los coches de sus hermanos. El viaje había sido más tranquilo que como había comenzado. Samantha había resultado una estupenda copiloto. Habían cantado villancicos, hablado de todo y de nada a la vez.

A Brad no le extrañó que su jefa la despidiera del trabajo porque su novio se sintiera atraído por ella. Realmente, Samantha era encantadora sin saber que lo era, y cualquier hombre se sentiría fascinado por alguien así. Además, era fuerte e independiente, lo que le hacía todavía más atractiva, por lo menos para él.

Ya estaban allí. Respiró profundo y tenso. Esperaba estar preparado para despedir a su abuelo.

Samantha miró la casa con una sonrisa. Eso era lo típico en Navidad, y no irse de crucero por el Mar Mediterráneo. Le encantaron las luces, los renos y la nieve del jardín, y le había encantado el viaje con Brad. Por ella, podrían haber seguido conduciendo dos horas más.

Miró a Brad y su expresión preocupada.

—¿Estás bien?

Brad asintió viendo salir a su madre por la puerta.

—Disfruta de las fiestas —le dijo a Samantha con su sonrisa atractiva—. Y, de verdad, gracias por... ocultar la verdad.

—No te acostumbres —le sonrió saliendo a la vez que él.

Johanna abrazó a su hijo mayor y a su bonita novia. No sabía que sus hijos tuvieran novia. Ninguno de ellos. Y de repente, se presentaban los tres, ¡los tres!, con unas chicas perfectas para cada uno de ellos.

Nunca habían sido mujeriegos, quizá Bryan un poco más, pero que ninguno le hubiera comentado que estaban manteniendo una relación, le extrañó bastante.

—Mamá, ella es Samantha. Samantha, mi madre, Johanna —las presentó.

Samantha saludó educada a la mujer rubia de sonrisa amable que les invitaba a entrar.

—Mamá... ¿Cómo está el abuelo?

Johanna miró al cielo con un suspiro.

—Míralo por ti mismo.

Johanna llevó a Samantha dentro, seguida de Brad, esquivando las maletas que sus otros dos hijos habían dejado en el pasillo.

Brad parecía que se resistía a entrar.

—Esta es Samantha, la... novia de Brad.

April se levantó sorprendida.

—¡Samantha!

—¡April! Te quedaste sin batería —abrazó a su prima.

—Veo que ya os conocíais.

—Sí —le explicó April sonriente—. Somos primas.

—Y novias de tus hijos —añadió Samantha mirando a Johanna que se había situado junto a su marido.

Brad entró escuchando el último comentario. Vio a sus hermanos que estaban de pie junto a la puerta para saludarlo con una sonrisa extraña. Vio a su abuelo en el sofá junto a ¿Maddie?

—Maddie.

—Brad —saludó ella mirando asombrada a Bryan.

No se le había ocurrido pensar que el agente Anderson pudiera ser hermano del abogado Brad Anderson a quien su padre había acudido en el último momento.

—Abuelo... —se acercó al hombre que miraba a sus nietos emocionado y con las manos en el pecho—. ¿Estás bien?

—Mejor que cualquiera de nosotros —le respondió Bryan.

—Pero creí... —miró a sus hermanos extrañado.

—Sí —le respondió Brendan asintiendo con la cabeza—. Igual que nosotros.

—No te enfades con este pobre anciano —le dijo su abuelo cogiéndole con cariño las manos—. Solo quería veros felices.

Los tres hermanos se miraron y miraron a las tres desconocidas que habían llevado a las fiestas familiares.

—Bueno, como ya nos conocemos todos —comentó Johanna—, subid las maletas a las habitaciones y cenemos. Tenemos cinco días estupendos por delante.

—¿Dónde...? —empezó a preguntar Brad pensando en la habitación para Samantha.

—Contigo —le respondió Bryan serio, elevando sus cejas y apretando los labios—. Dormiré contigo.

Brad cruzó la mirada con Samantha antes de dirigirse al pasillo.

—¿Entonces? —preguntó Brad mientras cada uno se encargaba de su pareja de maletas.

—El abuelo está bien y nos ha engañado para que vengamos con nuestras novias —le resumió Brendan avergonzado por la explicación que sentía que le debía a April.

—Y vamos a compartir habitación con ellas —añadió Bryan—. ¿Os lo podéis creer?

—No —contestaron a la vez Brendan y Brad.

Los tres resoplaron mientras dejaban las maletas en sus respectivas habitaciones.

—Deberíamos deshacer las maletas —comentó Samantha mirando a Johanna.

—Sí, por supuesto —le respondió ella—. En diez minutos cenamos. Decídselo a los chicos que siempre se entretienen arriba hablando de sus cosas.

Maddie se separó del abuelo dándole un beso en la mejilla y subió con las primas por las escaleras.

—No sabía que te estuvieras viendo con alguien —le susurró Samantha a April.

April miró a Maddie que iba tras ellas, pero parecía que estaba pensando en sus cosas.

—Lo conocí hoy —le confesó a su prima en voz baja—. Yo tampoco sabía que tú tuvieras novio.

—Si hubieras tenido el móvil activo... y también lo conocí hoy...

—Pues ya somos tres —les respondió en un susurro Maddie desde detrás con una sonrisa.

Las tres se miraron sonriendo en cuanto llegaron al pasillo superior que tenía todas las puertas cerradas.

—Chicos... —murmuró Samantha haciendo que los tres salieron de la misma habitación en la que estaban juntos hablando a solas.

Los tres empezaron a la vez a dar explicaciones a sus respectivas parejas.

—Chicos, no os entretengáis demasiado que la cena se enfría —les recomendó desde el piso

de abajo Johanna al oírlos en el pasillo mientras iba a la cocina.

Oyó cerrarse las tres puertas y sonrió satisfecha. Parecía que, por fin, sus hijos, habían encontrado pareja.



—Disculpa el malentendido —le pidió Brendan a April en cuanto cerró—. Ya has visto que no sabía nada. No pensé...

Estaban en su habitación de adolescente, llena de libros y una imagen enorme en la pared sobre salvar el planeta. Era como un viaje al pasado, incluido el nerviosismo y la inseguridad cuando estaba frente a una chica. April le sonrió con ternura.

—Tienes una familia estupenda, y no sé cómo Samantha ha aparecido aquí, soy yo la que tiene que darte las gracias —le respondió comenzando a deshacer su maleta.

—¿No estás enfadada?

—No podría estarlo.

Brendan se sentó en la cama aliviado y se levantó acto seguido. Solo había una cama.

—Dormiré en el suelo.

April le sonrió.

—Bueno, ya veremos. Deberías empezar con tu maleta si no quieres que tu ropa se arrugue.

Brendan se encogió de hombros.

—Siempre la tengo arrugada.

Se levantó para abrirla mirando de reojo a April. Realmente parecía que no estaba molesta. Estaba colocando la ropa en su armario con una sonrisa relajada. Era preciosa, inteligente y cariñosa. Pensó en la posibilidad de seguir viéndose tras esos días y le gustó la idea. Esperaría a que las fiestas pasaran y se lo propondría.

Empezó a sacar la ropa con una sonrisa cruzándose con April en sus idas y venidas a la maleta.

April era muy consciente de la cercanía. Y era muy consciente de que ella no buscaba alejarse. Un hombre guapo, culto, inteligente y familiar ¿Dónde iba a encontrar otro igual? Se lamentó de que fuera una mentira y no una realidad esa situación. De cualquier manera, iba a aprovechar esos días en familia, casi literalmente. Y también debía cargar la batería del móvil, pensó.



Maddie sonrió cuando entraron en la habitación del adolescente deportista llena de trofeos. Parecía tan real, tan natural, tan distinta a su habitación de adolescente en el internado suizo donde había estudiado.

—Maddie... no esperaba que las cosas fueran así, que mi abuelo estuviera bien, que

conocieras a mi hermano ¿De qué lo conoces?

—Mi padre lo contrató hace un par de días —le explicó alejándose de él, pensativa.

Bryan era muy atractivo físicamente, pero también parecía muy rudo y temperamental. Nunca se había relacionado, ni acercado siquiera a alguien que no fuera de su condición social. La habían educado para mirarlos por encima del hombro, para marcar las distancias...

Él, preocupado, se pasó la mano por el cabello revuelto.

—De todas maneras, puedo decirles que eres parte de mi trabajo. Con las novias de mis hermanos pueden conformarse.

Maddie lo miró confundida por lo que estaba sintiendo. El abuelo de Bryan le había recordado al suyo. Le había cogido la mano. Le había mirado con cariño. ¿Cuánto tiempo hacía que nadie la trataba así?

Bryan la miró esperando una respuesta.

—Como tú quieras... pero por mí no hace falta... Tu familia es encantadora.

Bryan asintió agradecido por sus palabras y por su gesto. Era más cómodo seguir manteniendo esa mentira.

—Gracias —le dijo sincero empezando a deshacer su maleta.

Maddie se encogió de hombros.

—Supongo que las gracias te las tendría que dar yo —se acercó a él—. Vas a compartir conmigo a tu familia, a tu abuelo, las luces de Navidad, el ponche....

Bryan se giró para mirarla a los ojos. Era preciosa, perfecta. Su cabello rubio perfecto, su rostro perfecto.

Maddie estaba frente a él muy cerca. Demasiado cerca. ¿Qué pretendía? Se puso de puntillas y le besó en los labios con suavidad.

Bryan se quedó de piedra sin saber cómo reaccionar. Maddie volvió a besarle una segunda vez.

—Esto... —¿qué estaba pasando?—. Maddie, formas parte de mi trabajo.

La tenía bajo su custodia. Dejaría de verla en unos días. Esa niña rica vivía en un mundo del que él no formaba parte.

—Estos días, no —le besó de nuevo en los labios agradecida.

—Estos días, sí —se recordó Bryan totalmente confundido, haciendo acopio de todas sus fuerzas para no cogerla entre sus brazos y tumbarla sobre la cama.

—Nadie tiene por qué saberlo —volvió a besarle suavemente sin que él reaccionara.

—Yo lo sé. Tú lo sabes —le respondió tenso mientras su perfume le hacía flaquear las rodillas.

—Solo quería darte las gracias —le respondió Maddie insegura por el rechazo que estaba recibiendo.

No sabía cómo agradecerle haberla salvado de otra navidad solitaria, triste y completamente carente de afecto. La había salvado de pasar las noches en vela pensando hacia dónde dirigir sus pasos ahora que no veía ningún camino que seguir. Le había devuelto los recuerdos del único hombre con el que se había sentido amada y protegida.

No le hubiera importado fingir con todas las consecuencias que eran novios. Se mirarían con cariño, se darían la mano, se besarían ¿Qué importaba que no fuera real? Su vida hasta ese momento tampoco lo había sido. Quizá por eso se sentía tan cómoda moviéndose por las redes sociales. Todo era una mentira. Una mentira de la que no sabía salir.

Bryan asintió notando como ella se alejaba de él, cabizbaja. Notaba incómodo, la tristeza que emanaba y no entendía muy bien por qué. Maddie empezó a sacar ropa costosa de su elegante maleta.

—Maddie... no sé qué decirte...

Maddie asintió sin mirarle. Él era un policía y ella la hija de un estafador. Los que creía sus amigos también la habían rechazado sin explicaciones ni muestras de afecto. No le habían llamado ni una sola vez. Sabía que no tenía más familia, que, en unos días, a su padre le declararían culpable, con razón, de un delito de desfalco, que se encontraría sola, sin trabajo, sin casa, porque también la embargarían. Sola, se repitió. Totalmente.

Brad le había comentado que quizá investigaran sus cuentas o incluso se las retuvieran y había sacado dinero suficiente de ellas para vivir un tiempo, pero no sabía cómo lo haría, ni tenía con quién hablarlo.

No había querido pensarlo mucho. Su mundo se estaba derrumbando y no conocía otra manera de vivir. El contraste entre lo que conocía y lo que había visto esa noche era demasiado grande para mantenerse en equilibrio.

Siguieron en silencio. Bryan se sentía incómodo. Nunca había estado con una mujer así, tan vulnerable, tan bonita, tan afectuosa con su abuelo, tan... tantas cosas. El territorio de los sentimientos no era el suyo. No sabía actuar.

—Escucha, si te preocupa lo de compartir la cama, tranquila, dormiré en el suelo.

Maddie asintió en silencio. Compartir cama era la menor de sus preocupaciones. Solo tendría que abrir las piernas y dejar que él la utilizara. No le supondría nada nuevo.

Bryan estaba incómodo. No sabía cómo arrancarle una sonrisa.

—Escucha, Maddie...

Ella le miró al ver que no seguía la frase.

—Yo no estoy acostumbrado a esto.

—¿A qué exactamente?

—A nada de esto —resopló molesto—. Solo sé que, si me dan un beso, lo devuelvo.

Maddie le miró confundida.

—Yo te lo he dado.

—Sí, pero no te había avisado. Ahora ya lo sabes.

Maddie frunció el ceño, pensativa.

—¿Me estás diciendo que, si te beso otra vez, me besarás tú?

—Sí —le confirmó—. Y estando en casa de mis padres y teniendo una sola cama en la habitación, no creo que sea buena idea un acercamiento de ese tipo.

Maddie miró la cama y lo miró a él, inexpresiva.

Bryan pensaba que sentiría alivio o tranquilidad al escuchar sus argumentos, pero seguía con sus ojos tristes.

—Maddie, soy un hombre, tú una mujer preciosa. Me está costando horrores no tumbarte en la cama.

—Y no lo haces porque...

Bryan la miró sorprendido. ¿De verdad ese ángel quería acostarse con él?

—¿Sabes lo que me estás diciendo?

Maddie lo miró con los brazos en jarras.

—Bryan, me has abierto las puertas de tu casa, me compartes tu familia en Navidad, me evitas estar sola... acostarme contigo sería poco agradecimiento para lo que esto supone para mí.

Bryan notaba cómo su ira se inflamaba por momentos.

—¿Agradecimiento? ¿Te acostarías conmigo por agradecimiento?

Maddie se encogió de hombros. Era una mujer correcta, la habían educado para ser agradecida. No trabajaba ni se esperaba que lo hiciera. Estaba educada para depender de un marido que la

mantuviera. El sexo por agradecimiento se sobreentendía.

Bryan sintió que iba a estallar. La cogió por el brazo y salió con ella dando un portazo. Bajó las escaleras indignado tirando de ella.

—Ahora venimos, mamá —le dijo a su madre cuando se asomó al pasillo para ver qué pasaba.

Todos en casa suponían acertadamente que Bryan había sido el del portazo.

El frío de la calle los hizo reaccionar. Bryan no la soltó. Cruzó la calle y siguió andando. El frío le vendría bien para calmar su furia. Entonces pensó en ella. Se paró y la miró sujetándola por los brazos. Ella parecía acobardada y aterida por el frío.

—Maddie, ninguna mujer me había insultado tanto. Eres preciosa. Solo tocarte es un privilegio. Si te acuestas conmigo es porque me deseas, porque quieres tocarme, porque quieres que te toque, porque quieras disfrutar del momento, pero no por agradecimiento.

La soltó al ver su expresión compungida. Maddie se abrazó a sí misma para protegerse del frío. No esperaba esa reacción que él había tenido. No sabía qué hacer ante eso.

—Por agradecimiento, se dan las gracias y como mucho sonrías, no te acuestas con nadie. Por Dios, Maddie....

Maddie no quería justificarse, ni quería explicarle cómo se sentía.

Bryan la miraba furioso. Decidió que las consecuencias no le importaban. Sí, era su trabajo, pero también era una mujer, y preciosa, además. No sabía cómo serían las relaciones entre las personas de su clase, pero la relación con él era apasionada y carnal y quizá debería explicárselo antes de que tuviera lugar cualquier malentendido, pensó enfurecido.

La cogió con firmeza entre sus brazos y la besó con pasión, con hambre, con ganas de borrarle de la cabeza la estupidez que le había dicho. Su lengua le exigió una respuesta rápida y activa.

Maddie se sobresaltó ante el impulso, pero enseguida se derritió entre sus brazos fuertes, pegada a su pecho musculoso. Le respondió sorprendida con la misma pasión, con la respiración entrecortada, con un salvaje escalofrío.

Bryan se separó de ella más confundido todavía.

—No pretendía que esto sucediera...

Pretendía asustarla, quitarle cualquier tontería romántica de la cabeza con respecto a él.

—Pues parecía lo contrario...

Bryan le cogió la mano desconcertado, y volvieron hacia casa igual de rápido que habían salido.

—Escucha, esto no debería volver a repetirse.... Dormiré en el suelo.

—No te daré las gracias por ello.

Bryan se detuvo y la miró. Maddie tiritaba de frío, pero debía aclarar las cosas con ella.

—Maddie, soy un hombre, las circunstancias...

—Y yo una mujer, Bryan —le respondió ella—. Parece que tú me deseas, yo te deseo... solo serán unos días...

Bryan se detuvo y negó con la cabeza.

—Eso no me vale.

—Pediré otro agente que me vigile.

Bryan siguió andando. Ahí estaba la niña mimada. Nunca se había sentido tan torpe en una relación con una mujer. No quería relacionarse con ella ¿En qué pensaba Maddie? ¿Otro agente? Resopló ¿Para qué? ¿Para besarlo por agradecimiento? Se le estaba yendo de las manos.

—De verdad, disculpa, es que me he enfadado cuando me querías dar las gracias... —le dijo frente a la puerta de casa.

Maddie se puso de puntillas y lo besó en los labios haciéndole callar.

Johanna abrió la puerta y los sorprendió besándose.

—Os vais a quedar fríos aquí fuera —le dijo dudando de sus palabras—. Estamos poniendo la mesa.

Bryan asintió sin dejar de mirar a Maddie a los ojos y tiró de ella con suavidad hacia dentro. Tendrían que volver a hablar.



—Supongo que te debo una disculpa —le dijo Brad a Samantha nada más cerrar la puerta de su dormitorio.

Samantha miró a su alrededor. El dormitorio de un estudiante ordenado y metódico, con posters de antiguos políticos americanos, Lincoln, Kennedy, Mandela...

—¿Te interesa la política?

Brad se encogió de hombros.

—Siempre me ha llamado la atención la gente que quiere cambiar el mundo, o mejorarlo de alguna manera.

—Tú lo mejoras desde tu trabajo.

—Gracias, pero la política es a gran escala —le explicó empezando a deshacer su ordenada maleta.

Samantha asintió. Le gustaban los hombres con grandes sueños.

—Tengo que darte nuevamente las gracias —le sonrió Samantha deshaciendo su maleta con calma.

Brad la miró extrañado.

—Ah, qué casualidad que April estuviera aquí —supuso—. La vida está llena de sorpresas.

—Nunca hubiera imaginado que me encontraría a mi prima en tu casa —asintió agradecida.

Oyeron un portazo.

—Será Bryan.

—¿Bryan?

—Sí, tiene esos arrebatos —asintió sin darle importancia—. Lo de Maddie me ha sorprendido.

—Tú la conocías.

—Sí, por motivos de trabajo —no entró en detalles—. No comprendo cómo ha aparecido con Bryan.

—Pues yo te agradezco que me recogieras de la carretera y me trajeras aquí.

—No eras un perrito abandonado. Te las hubieras apañado muy bien sola.

—Probablemente, pero no en tan buena compañía —le sonrió afectuosa.

—Gracias —le respondió Brad cerrando su maleta vacía y dejándola junto al armario.

—A ti —le sonrió Samantha sincera mientras le cerraba su maleta vacía y la dejaba junto a la suya.

—¿Roncas por las noches?

Brad se encogió de hombros.

—No he tenido quejas —le respondió con una sonrisa.

Samantha le sonrió y salieron juntos del dormitorio.





La cena transcurrió animada y sin momentos de silencio mientras el abuelo disfrutaba de lo que había conseguido. Maddie y Bryan se llevaron la contraria en gustos con frecuencia, April y Samantha no paraban de sacar temas de conversación e incluir a todos en la conversación, y Johanna se emocionaba con frecuencia por la familia reunida alrededor de la mesa.

—¿También vas a participar este año en el concurso de galletas? —le preguntó Brad a su madre mientras los tres hermanos recogían la mesa como era su costumbre.

—Claro que sí —le respondió sonriente mirando a las chicas—. Participo todos los años —les explicó.

—Algún año ganarás —le dijo Brendan con seguridad.

Johanna se encogió de hombros.

—Lucy Driscoll es muy buena decorando las galletas... Gana siempre —les comentó a las invitadas—. Mañana iremos a por el árbol, pero en dos días empezaré a hacer las galletas para el concurso, así que no os asustéis si empezáis a oír ruidos en la cocina temprano. Y vosotros —miró a sus hijos—tendréis que reservar esa mañana para ayudar a vuestro padre con el garaje. Quiero fuera la mitad de las cosas, y la mayoría son vuestras...

Cuando Johanna, James y el abuelo se levantaron de la mesa, las chicas les imitaron sentándose en los sofás mientras seguían hablando.

Johanna fue hacia la cocina para terminar de recoger. Había acostumbrado muy bien a sus chicos, reconoció orgullosa al ver que lo habían dejado todo bastante recogido y los platos dentro del lavavajillas.

Bryan vio sitio libre junto a Maddie que estaba sentada junto a su abuelo, en el lado opuesto de April, y fue a ocupar el hueco. Su abuelo estaba radiante. Parecía haber rejuvenecido, sentado entre las dos jóvenes.

Brad vio a Samantha sentada en una silla junto a ellos y fue hacia ella. Como si fuera algo normal Samantha se levantó dejando que él se sentara. Brad la cogió de la mano y la sentó sobre sus rodillas con afecto.

Brendan se sentó en el brazo del sofá junto a April y empezó a jugar, distraído, con un mechón de su cabello.

—Brendan, ¿qué haces ahí sentado? —le preguntó su madre sacando una jarra de ponche encantada por la escena familiar—. James, cariño, saca las copas.

—Espero que te gusten los villancicos —le susurró Brendan a April antes de levantarse de su lado y dirigirse al piano que había en un rincón del salón.

Tocó algunas notas para familiarizarse de nuevo con el piano familiar que tocaba de año en año. Había estudiado piano durante varios años mientras Bryan practicaba atletismo y béisbol y Brad se recorría el país desde bien jovencito con los concursos de debate y oratoria.

Brendan miró la bonita escena familiar alrededor de la mesa pequeña. Podría haber sido auténtica, pensó, mientras su madre le acercaba al piano su copa de ponche y la colocaba sobre un posavasos.

Empezó a tocar las notas de un conocido villancico sabiendo que su madre sería la primera en

entonarlo, induciendo a los demás a seguirla.

April miró a Samantha sorprendida ¿Era real? ¿Las típicas navidades con las que siempre había soñado podían ser reales?

Samantha miró llena de cariño a su prima. Siempre había sido una solitaria niña escondida tras los libros y sus fantasías, y sabía lo que para ella estaba significando esa experiencia. Rezó para que se atreviera a hacer lo que sabía que podía hacer.

April miraba a Brendan ¿Era cierto? ¿El hombre que tanto tiempo había estado esperando existía? ¿Estaba dispuesta a empezar a cumplir sus sueños? Cogió aire mientras todos entonaban el villancico. Si la vida le había regalado esa oportunidad, como estaba cansada de oír decir a Samantha, iba a aprovecharla.

Se levantó y se sentó en el banquito del piano junto a Brendan. Brendan la miró extrañado sin dejar de tocar y cantar y le hizo sitio mientras ella, un poco temblorosa llevaba sus manos al piano y tocaba a la vez.

Johanna se llevó la mano al pecho emocionada y miró a su marido antes de volver a mirar a la pareja sentada al piano. Su niño pequeño había encontrado a la mujer de su vida. No había más que ver cómo se miraban entre ellos. Nunca hubiera pensado que podría encontrar a una mujer que respetara su sensibilidad, sus rarezas, y mucho menos que las compartiera. Pero la tenía allí. Lo estaba viendo.

Samantha se alegró por su prima, por cómo la miraba Brendan. No podía creerse que no se conocieran de antes. Entonces sonrió. Claro que podía creérselo. Era Navidad, época de Amor y milagros, y aunque no lo fuera, el Universo tenía curiosas maneras de manifestarse. Miró a Brad que la tenía rodeada por sus brazos. Él la miró extrañado. No sabía en qué estaba pensando o por qué le miraba. Le había parecido lógico sentarse junto a ella, quizá le había molestado. Aflojó su abrazo cogiendo el ponche para disimular. Samantha volvió a mirar a la pareja tocando al piano.

Después de cuatro villancicos más, la madre miró la hora del reloj de pared.

—Es muy tarde, chicos, deberíamos irnos todos a dormir, que mañana hay que ir a por el árbol.

Todos obedecieron con sonrisas en los labios. Brendan cogió a April de la mano reteniéndola a su lado junto al piano.

—Gracias —le dijo azorado sin soltarla de la mano.

April lo miró con los ojos brillantes.

—Gracias a ti.

Brendan se sentía inseguro. La tenía cerca, muy cerca. Ella no había retirado su mano cuando se la había cogido. Le miraba a los ojos. Era preciosa. Los ojos le brillaban. Quizá... Se acercó un poco más a ella.

April no se alejó. Le miró los labios ¿Iba a besarla? ¿Podía ser cierto?

—Venga, tortolitos —dijo James con cariño desde la puerta—. Hay que irse a dormir.

Se separaron sin dejar de mirarse y pasaron junto a James que no se había retirado de la puerta. James miraba orgulloso a su hijo menor, el menos sociable, el más introvertido... tanto como se habían preocupado por él, ahí estaba, a punto de empezar a formar su propia familia.

La pasó el brazo por los hombros para subir juntos por las escaleras.



—Qué bonito ha sido —le comentó Maddie entrando por la puerta—. Parece que tu hermano y April lleven toda la vida juntos. Se les veía tan unidos.

Bryan sonrió negando con la cabeza.

—Que yo sepa, se acaban de conocer —le dijo empezando a quitarse la camisa.

Maddie lo miró con una sonrisa.

—No lo parecía...

Maddie se sonrojó al ver su torso desnudo y musculado y se giró buscando su camisón con la mirada. Era demasiado real, lo tenía demasiado cerca.

Bryan notó su incomodidad. Recordó el momento tan confuso de antes de la cena y se repitió que ella era parte de su trabajo. Cogió sin mirarla uno de los cojines que había sobre la almohada y una manta de dentro del armario y dejó caer todo sobre la alfombra junto a la cama.

—Voy a por un vaso de agua —le explicó para darle tiempo para ponerse el pijama a solas.



—¿Te lo estás pasando bien? — le preguntó Brad a Samantha conforme cerraba la puerta.

—Es lo mejor que podía pasarme —le sonrió sincera—. Me he emocionado viéndolos tocar el piano juntos. No sé cómo es tu hermano, pero April es la persona más buena que te puedes imaginar. Le brillaban los ojos —le comentó sacando la camiseta que utilizaba para dormir.

— A mí también me ha gustado verlos. Brendan es... es... qué te voy a decir de mi hermano pequeño... Espero que la siga viendo después de esto.

—¿Y nosotros?

—Nosotros, ¿qué?

—¿Nos seguiremos viendo?

—¿Te gustaría?

—¿Y a ti?

Brad se encogió de hombros. ¿Por qué no? Samantha era preciosa, inteligente, divertida... y se estaba quitando la falda larga que llevaba mostrando su largas y bien contorneadas piernas.

—Eh... creo que ... —miró hacia la puerta buscando una distracción de los pensamientos con los que había empezado a jugar su mente—. Voy a por agua. ¿Quieres que te suba una botella?

—Sí, gracias —le respondió ella empezando a desabrocharse los dos botones de su camiseta.

Brad salió con rapidez. No se esperaba que ella estuviera dispuesta a volver a verlo. Hacía demasiado tiempo que no salía con una mujer, quizá era hora de pensar en ello.



April siguió a Brendan a su dormitorio. No sabía qué decirle, no sabía cómo actuar. Habían estado a punto de besarse y ahora iban a pasar la noche entre las mismas cuatro paredes. No sabía qué podía pasar ni siquiera qué quería realmente que ocurriera.

—No me imaginaba que supieras tocar el piano —le comentó Brendan sacando del armario una manta mientras la veía sacar un pijama de cuadros de color rojo.

—Cuando era pequeña mis padres me apuntaron a clase de piano. Estuve ocho años dando clase todos los miércoles.

Brendan asintió. No parecía que lo dijera contenta.

—¿No te gustaba?

—Bueno, más bien sentía que era la manera que tenían mis padres de tenerme entretenida —se encogió de hombros poniéndose de espaldas a él para empezar a cambiarse de ropa.

Brendan se giró para darle intimidad mientras él mismo se quitaba el jersey que llevaba sobre la camisa.

—Esto.... Parece que va todo bien... —se dio cuenta de que el espejo que tenía en la habitación le daba una vista perfecta de la espalda desnuda de April.

Pensó en cerrar los ojos, en alejarse del espejo, en dejar de mirar, pero la curiosidad y el morbo fueron más fuertes que su voluntad. Su espalda se arqueaba suave para coger la camisa del pijama. El empezó a desabrocharse la camisa, mientras sentía que empezaba a acalorarse.

—Sí, y lo cierto es que realmente he disfrutado mucho.

Brendan la vio bajarse los pantalones. La camisa de cuadros era demasiado ancha y larga y le cubría más de lo que él hubiera querido. Sus piernas eran de piel clara, largas, parecían suaves. Sintió que se le secaba la garganta, que empezaba a excitarse hasta el punto de ser muy molesto.

—Voy a la cocina a beber agua —decidió dejándola sola.

April asintió distraída. No estaba segura de cómo iban a dormir. La sensación que habían compartido mientras tocaban el piano, la de después cuando se habían mirado a los ojos, cuando habían estado a punto de besarse parecía que se había esfumado.

No le importó. Se metió a la cama pensativa. Nunca había sido demasiado rápida en sus relaciones. Más bien todo lo contrario. Iban a ser solo cinco días en su casa. Supuso que lo importante sucedería en la vuelta a la ciudad, a la rutina. Porque, sinceramente, esperaba volver a verlo. Tenían muchas cosas en común. Quizá demasiadas. Se durmió enseguida con una sonrisa en los labios.



Cuando Brendan entró en la cocina vio a Bryan sin camisa sentado a la mesa y a Brad buscando algo por los armarios de la cocina mientras hablaban. Los dos sonrieron al ver al hermano pequeño.

—Qué callado te lo tenías —le recriminó Brad no muy serio—. ¿Por qué nos hiciste creer que no tenías pareja?

—Porque no la tenía —les dijo sentándose frente a Bryan—. Una compañera de la Universidad me dijo que su compañera de piso se había quedado sin planes para las fiestas y fui esperando convencerla. Así la conocí. Esta mañana.

—¿Y lo de antes? ¿Qué ha sido? Se podía destilar el amor con cada nota del piano —le preguntó Bryan con una mueca.

Brendan sonrió tímido.

—Yo tampoco me lo esperaba —y no podía gustarle más—. ¿Y vosotros?

—Eso le estaba contando a Brad —le explicó Bryan—. Justo cuando iba a salir de la comisaría, el sargento me ordenó custodiar a Maddie. Le dije que tenía que acompañarme a casa. Ella no opuso resistencia, más bien todo lo contrario.

—No creo que le fuera agradable quedarse sola en casa estos días con su padre en la cárcel —comentó Brad—. Aquí están —sacó una caja de galletas caseras de detrás de unas cazuelas—. Cada vez las esconde mejor.

—¿Cómo que su padre está en la cárcel? —pregunto Brendan mientras cogía una de las galletas de jengibre que hacía su madre— ¿Por eso la conocías tú? —preguntó a Brad.

—Su padre cometió desfalco. Lleva una semana apareciendo en todas las noticias y titulares.

—¿El caso Johnson? —preguntó extrañado.

Los dos asintieron.

—¿Y tú? ¿Cómo es que has traído a la prima de April?

Brad se encogió de hombros mientras comía otra galleta.

—Su coche derrapó en la carretera. Yo iba detrás. Ella tenía otros planes. Irse sola a una cabaña en el bosque... así que le propuse que viniera conmigo a celebrar unas típicas vacaciones navideñas, y aceptó.

—¿Sin conocerte de nada?

—Bueno, le dije que era abogado y que no dormiríamos juntos.

Los tres hermanos resoplaron a la vez. Era demasiado esfuerzo y control el que necesitaban.

—Hasta ahora parece que va bien —comentó Brendan—. El abuelo se pasó esta vez.

Los tres se rieron mientras seguían comiendo las galletas, haciendo tiempo para que sus respectivas compañeras se quedaran dormidas y evitar momentos de incomodidad y tentación.



Johanna estaba en la cocina preparando masa para sus galletas de jengibre cuando vio a April entrar por la cocina. Llevaba una camisa vaquera y unos cómodos leggins negros.

—Buenos días, April —le sonrió con cariño—. ¿Té o café para desayunar?

—Café, gracias —le dijo con una sonrisa sentándose en una de las sillas.

—Espero que hayas dormido bien.

—Sí —le sonrió sincera.

No había visto a Brendan llegar a la habitación y tampoco lo había visto salir. Eso le había decepcionado un poco, pero no tanto como para no agradecer a la vida la situación que estaba viviendo.

—Buenos días —dijo Samantha entrando por la puerta con una sonrisa de oreja a oreja.

Acarició el brazo con cariño a Johanna y besó a su prima antes de sentarse a su lado.

Se había puesto unos estilosos vaqueros y un jersey de cuello alto de color verde que resaltaba el color de sus ojos.

—Brad tiene un olfato especial para las galletas —le avisó mientras las dos primas se sonreían—. Las esconda donde las esconda, siempre las encuentra y ha sido él, seguro. ¿Té o café?

—Té, por favor, gracias —le respondió amable—. April, ¿te has cargado el móvil?

—No, cuando suba lo haré.

Maddie entró en la cocina distraída y ligeramente incómoda. Bryan se había mostrado muy distante con ella y no sabía por qué eso la incomodaba. Quizá le recordaba a los numerosos rechazos que últimamente y debido al problema legal de su padre estaba recibiendo.

—Maddie, ¿té o café para desayunar?

—Lo que haya.

—No cariño, lo que te apetezca.

—No quiero molestar.

—No es molestia —le dijo Johanna extrañada al notarla tan distante y correcta.

Maddie se sentó a la mesa como las otras dos supuestas novias envidiando su complicidad. Se estiró las mangas de su elegante camisa blanca disimulando su incomodidad. Le costaba sonreír antes de que la cafeína corriera por sus venas.

—Pues un café —decidió mirando a las primas con una media sonrisa.

Johanna se lo preparó y se lo llevó a la mesa a la vez que se preparaba otro para ella. Se acercó a uno de los armarios de la cocina, rebuscó al final y sacó una caja metálica con motivos navideños.

—Estas galletas no las encontraron anoche —les explicó abriéndolas y colocándolas en una fuente blanca antes de servir las en la mesa y sentarse junto a ellas—. ¿Estáis preparadas? Hoy toca ir a por el árbol.

Maddie la miró extrañada. ¿No lo tenían del año pasado? ¿Tenían que ir todos juntos a un centro comercial?

—Qué buenas están estas galletas —comentó Samantha dando otro mordisco a la que había cogido con forma de estrella.

—Me alegro de que te gusten. Mañana tengo que preparar las que llevaré al concurso.

—¿Más galletas? —preguntó Brad entrando por la puerta de la cocina—. ¿Dónde estaban estas?

Johanna sonrió a su apuesto hijo mayor.

—Sabía que las olerías estuvieras donde estuvieras —le sonrió viendo cómo se acercaba a Samantha y le ponía la mano sobre el hombro.

Samantha le sonrió.

—Eso le decía a tu madre —comentó—. Están buenísimas.

—¿Ya estáis preparados? Les decía a las chicas que nos iremos todos a por el árbol. A ver si se levanta tu abuelo.

Como si supiera que lo esperaban el abuelo entró en la espaciosa cocina con una sonrisa radiante a la que todos respondieron.

Brad lo abrazó con cariño mientras Johanna se levantaba para prepararle el café.

—¿Has mejorado con el ajedrez, muchacho?

—No, abuelo —le reconoció—. Solo juego contigo, cuando te veo.

—Ya me he cansado de ganarte, pero haré un esfuerzo y jugaremos después de comer.

Maddie le sonrió con ternura.

—¿Quiere una nueva adversaria? —le preguntó mientras Bryan y Brendan entraban en la cocina.

—¿Sabes jugar, hija? —le respondió sonriente.

—Me enseñó mi abuelo —le sonrió emocionada.

—Seguro que fue un gran hombre —le dijo sentándose a su lado.

—Sí señor, lo era —le respondió orgullosa.

Su abuelo era con quien pasaba las vacaciones que les daban en el internado al que la habían metido tras fallecer su madre siendo muy niña. Recordaba las partidas de ajedrez y las excursiones al campo, además del olor de los caramelos de regaliz y menta que siempre llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Había fallecido hacía ya bastante tiempo, suspiró.

Bryan la miraba extrañado. Esperaba encontrarse a una mujer altiva y malcriada y se estaba ganando por sí misma un lugar en el corazón de su familia.

—Bryan nunca aprendió a jugar al ajedrez —miró a su nieto mediano con cariño.

—Jugamos a otras cosas, abuelo —le respondió encogiéndose de hombros.

—Normalmente le gano al póker —improvisó Maddie mientras todos sonreían mirando a Bryan.

—No tanto —le respondió Bryan mirándola con los ojos entrecerrados.

—Con el mal perder que tiene no me gustaría estar en tu lugar —le comentó Johanna divertida.

Maddie mantuvo la mirada de Bryan.

Bryan le sonrió con picardía. ¿Quería jugar? ¿Era capaz de retarle? Muy bien... Podía ser divertido y distraería a su mente de los pensamientos lujuriosos que casi le habían impedido conciliar el sueño.

—Me debes una revancha.

—Cuando quieras —le retó Maddie sabiendo que era muy buena jugadora. Había pasado muchas horas jugando al póker con los empleados domésticos que tenían en casa.

—¿Dónde está mi café? —preguntó James entrando con una sonrisa frotándose las manos—. Habrá que salir pronto a por el árbol ¿Estáis preparadas?

—Deja a las chicas que desayunen tranquilas —le sonrió Johanna dándole su café—. Los árboles no van a moverse del bosque.

April miró a Samantha ilusionada. Samantha sonrió. Su prima estaba viviendo la Navidad que siempre había soñado. Se llevaban solo un par de años, y ella eran tan práctica como soñadora era April, pero se compenetraban a la perfección. Se alegró mucho por ella.

—¿Cómo iremos? —preguntó Brendan—. En la furgoneta no cabemos todos.

—Yo llevaré el coche —propuso Bryan—. Maddie y yo os seguiremos.

Todos asintieron levantándose de las sillas en la espaciosa cocina.

—Pues vámonos —dijo Brendan saliendo a la vez que April con intención de coger los abrigos.

—Chicos... —les detuvo Johanna mientras todos la miraban.

Brendan y April se giraron.

Johanna sonrió y señaló hacia arriba.

Todos miraron el muérdago que colgaba sobre la puerta que estaban a punto de atravesar. Brendan y April miraron a Johanna. April se sonrojó.

—Oh, no...

—Oh, no seáis tímidos —les pidió Johanna sonriente.

Todos fijaron su mirada en ellos.

Brendan miró a April a los ojos. Ella le mantuvo la mirada. Podía ser rápido. Solo sería un beso. April se puso de puntillas y fue ella la que quiso acabar el momento cuanto antes. No quería pensar lo que sería ser besada por Brendan, abrazada por él.

Brendan le sonrió cuando ella se separó. Le había sabido a poco. Quería más. Mucho más.

April salió de la cocina.

—¿Cómo has podido caer, tío? —le preguntó Bryan que iba tras él, divertido—. Sal Maddie, tú primera.

Maddie bajó la mirada humillada. Le había quedado claro que no quería besarla. Había quedado muy claro y en público. No es que quisiera un beso suyo... o quizá sí... no había podido olvidar el de la noche anterior, pero ya no había habido más muestras de cariño por parte de él. Se recordó que estaban fingiendo. Que ella solo era una imposición de trabajo para él.

Bryan la alcanzó por las escaleras y la miró extrañado.

—¿Te pasa algo? —le preguntó en un susurro cuando llegaron al piso de arriba.

—No —le respondió educada y fría.

—¿De verdad crees que te voy a creer? ¿Qué te ocurre?

Maddie se giró hacia él. Lo tenía cerca, y dio dos pasos atrás.

—Creí que fingíamos ser pareja. Le has dicho a tu hermano que era tonto porque había tenido que besar a su novia... —le acusó en voz baja.

—No es su novia.

—Se supone que lo es.

—¿Estás así porque no te he besado? —le preguntó, incrédulo, en un susurro.

Maddie fue a replicar, pero bajó la vista avergonzada. Sí. Estaba así porque estaba mendigando un beso. Se sintió estúpida.

Bryan se le acercó sorprendido. Le levantó la cabeza con suavidad. No podía creer que semejante belleza quisiera de verdad algo con él. Un beso... o lo que fuera. Su mirada era triste, auténtica y triste, y no sabía por qué eso le dolía a él.

Le miró los labios con suavidad. Le besó con ternura.

—Maddie... No sé qué quieres —la volvió a besar, dulce—. No debería hacer esto —volvió a besarla—. En cuatro días volvemos a casa —la besó—. Y todo esto se acabará —la besó nuevamente—. Tengo miedo de colgarme de ti —apoyó su frente en la de ella—. Tengo miedo de querer estar contigo. No quiero perder el corazón cuando te pierda a ti. No perteneces a mi mundo. No tengo nada que darte.

Maddie le miró a los ojos. Bajó aún más la voz.

—¿Tu mundo? ¿Te recuerdo que mi padre está en la cárcel? ¿Qué nos van a embargar la casa? ¿Qué voy a perderlo todo? Yo soy la que no tiene nada. No tengo familia. No tengo trabajo. Los que creía mis amigos me han dado la espalda. Entendería que tuvieras miedo de que me aprovechara de ti, de que quisiera que me mantuvieras o que me cuidaras hasta que rehiciera mi vida...

Bryan la miraba en silencio, sintiendo el dolor tras sus palabras.

—Apenas nos conocemos, pero nada me gustaría más que mantenerte, cuidarte o amarte. Incluso podría plantearme la posibilidad de que rehicieras tu vida conmigo, pero sé que no lo harás y no quiero perder mi corazón cuando te vayas.

—¿Quién te ha dicho que voy a irme? No tengo dónde ir.

—Puedes encontrar un nuevo sitio.

—Puedo no querer irme.

Bryan cerró los ojos suspirando. Podía no querer irse ¿Podría existir esa posibilidad? Parecía que había química entre ellos.

—Me enfado con mucha facilidad.

—Yo a veces.

—Suelo levantarme con el pie izquierdo todas las mañanas.



—Yo apenas hablo hasta que me tomo el primer café.

—Soy bastante desordenado.

—Yo soy impuntual.

—Llevo turnos horribles en el trabajo.

—Yo apenas sé cocinar.

—A mí no se me da mal —le respondió él.

—Creo que las garantías no existen —le dijo Maddie—. Que la vida puede cambiar de la noche a la mañana. Que hay que aprovechar el momento... algo así dice Samantha.

Bryan asintió en silencio. Aprovechar el momento le parecía una buena idea.

—¿Estás segura?

—Siempre podemos dejarlo si no funciona.

—No me gusta rendirme.

—A mí tampoco.

—¿Te he dicho que soy muy cabezota?

—¿Y yo que me gusta tener razón?

Bryan sonrió divertido y la miró a los ojos con ternura. Le parecía increíble. Un ángel para él. Para él solo. Porque sí. Le miró a los labios. No había motivo alguno para no saborearlos, para no empezar a acostumbrarse a ellos. Se acercó a ella.

—Chicos... nos entretengáis mucho —les dijo Brad pasando por detrás de ellos para entrar en su habitación y coger los abrigos.

Le había sorprendido ver en esa situación a Bryan. Sobre todo, teniendo en cuenta la difícil experiencia que Maddie estaba atravesando. Probablemente estuviera preocupada, insegura o asustada ante su incierto futuro. Quizá demasiado vulnerable. Esperaba que su hermano no le diera alas para luego dejarla caer. Maddie no era del tipo de mujer con las que Bryan solía relacionarse. Bryan las prefería alocadas, fáciles y sin problemas, y Maddie daba la impresión de ser todo lo contrario.

Bryan y Maddie se miraron a los ojos antes de separarse y entrar a por sus abrigos y bufandas, y luego siguieron a Brad hasta los coches.

Johanna se sentó en el asiento del copiloto con Brad, mientras Brendan se sentaba detrás entre las dos primas.

El abuelo los despidió desde la puerta con una radiante sonrisa.



Bryan y Maddie se sentaron en el coche esperando que James pusiera en marcha la furgoneta y poder seguirle. Bryan encendió la calefacción mientras esperaban.

—¿Cómo es eso de que me vas a ganar al póker? —le preguntó Bryan a Maddie distraído.

—Ya lo verás —le respondió ella con una sonrisa.

—Lo dudo —le contestó él—. Pero será interesante ver cómo me suplicas clemencia.

—Quién, ¿yo? —se rio Maddie—. No lo verán tus ojos.

—¿Qué te apuestas?

—¿Qué quieres? —le retó ella.

Bryan la miró pensativo mientras empezaba a seguir la furgoneta que marcaba el camino que debían seguir. Diferentes imágenes eróticas pasaron por su imaginación sin que pudiera evitarlo.

—Estamos en casa de tus padres —le recordó ella sospechando por dónde iban sus pensamientos.

—Ahora no—le sonrió él.

—Ahora no estamos jugando —le dijo ella divertida.

—Lo dirás tú —le respondió Bryan—. Te recuerdo que eres mi novia.

Maddie le sonrió.

—Si gano, quiero una cita cuando volvamos a la ciudad —decidió Bryan.

Quería conocerla sin mentiras, en su ambiente, en su día a día, aunque sus rutinas estuvieran a punto de cambiar.

—Si gano yo, me darás un beso de buenas noches.

Bryan la miró extrañado frenando el coche a un lado del nevado arcén.

—¿Qué haces? Vamos a perderlos —le dijo Maddie extrañada.

—Sé dónde van —le dijo aparcando el coche y desabrochándose el cinturón de seguridad.

Maddie le miró extrañada. Bryan la miró descaradamente a los labios.

—Eso no me vale. Si quieres un beso, solo tienes que pedirlo —le dijo antes de besar sus labios con ternura esperando a que ella reaccionara de la misma manera.

Cuando ella correspondió su beso, se tornó posesivo, hambriento, apasionado, caliente. Ella le correspondió de la misma manera quedándose casi sin aire.

Bryan se separó satisfecho y extrañado por su respuesta, por la intensidad que habían compartido. Le estaban gustando demasiado sus labios.

—Será mejor que sigamos —comentó pasándose las manos por el cabello—. No respondo de mí si seguimos los dos a solas mucho más tiempo.

Maddie asintió incómoda. La atracción era visible, mutua y demasiado erótica, algo que ella nunca había sentido, pero ¿cuánto tiempo serían capaces de mantenerla?

—Habíamos quedado en que, si yo ganaba, cenábamos juntos a la vuelta y está claro que el beso de buenas noches te lo voy a dar siempre que quieras.

—¿Siempre que yo quiera? ¿Y tú? ¿No quieres?

Bryan la miró con ironía.

—Me da miedo todo lo que quiero contigo —reconoció poniendo en marcha el coche—. Estos días son diferentes, por eso quiero volver a verte cuando acaben.

Maddie sonrió confundida. ¿Pretendía seguir quedando con ella? ¿Para los buenos momentos y los malos?

—Está bien, si gano yo, quiero que me des la mano.

—¿Qué te dé la mano?

—Sí. Quiero que vengas conmigo al juicio de mi padre —le explicó sintiéndose vulnerable—. Si quieres que nos veamos en la ciudad, tendrá que ser con todas las consecuencias.

Bryan asintió. Supuso que era lo justo. Ella le había hecho el favor de acompañarlo estos días, así que le tocaría a él acompañarla ante el tribunal.

—Brad también irá ¿no? Es el abogado de tu padre.

Maddie asintió.

—Supongo que sí.

—¿Cómo lo llevas?

Realmente no estaba seguro de querer saberlo. Una cosa era un calentón, unos besos, o

acostarse con ella, y otra cosa era meterse en el terreno pantanoso de los sentimientos. Y ahí no se sentía nada cómodo.

Maddie se encogió de hombros.

—Sé que mi padre es culpable. Tu hermano ya me dijo lo que iba a pasar.

Bryan la miró preocupado pero distante. Esa mujer estaba metida de lleno en un gran problema.

—¿Y sabes lo que vas a hacer?

Maddie negó con la cabeza encogiéndose de hombros.

—No. Debería parar y pensar.

—Aprovecha estos días.

—Supongo que tendré que hacerlo.

Maddie suspiró. Intentaba pensar en su futuro, pero se agobiaba con solo planteárselo. Estaba abocada a un cambio de vida literal y no sabía ni por dónde empezar.



Aparcaron en la ladera de un bosque nevado. Los ocupantes de la furgoneta salieron disfrutando del olor del bosque mucho más que del frío que los envolvía.

James sacó de la parte trasera una sierra mecánica y un hacha que le ofreció a Brendan.

Poco después Bryan y Maddie aparcaron tras ellos.

—Estamos todos —comentó Johanna—. Vamos a por el árbol.

Comenzaron a adentrarse en el bosque. James y Johanna encabezaban la marcha seguidos de Brendan y April que se habían dado la mano tras una mirada cargada de cariño.

Samantha y Maddie notaron que sus respectivos «novios» se retrasaban intencionadamente así que les dejaron la intimidad que buscaban.

—¿Va todo bien? —le preguntó Samantha metiendo sus manos en los bolsillos.

—Define «bien» —le pidió Maddie incómoda.

—No sé... con Bryan...

—Bryan es la menor de mis preocupaciones —le dijo sorprendiéndose a sí misma por su sinceridad—. ¿Has oído hablar del caso Johnson? —le preguntó mientras caminaban a la par.

—No.

—Está en la televisión a todas horas.

—No veo la televisión —le explicó Samantha.

—¿Nada?

—Nada —respondió tranquila.

—¿Los periódicos?

—Tampoco los leo —le explicó Samantha—. No me interesan.

Maddie asintió extrañada. Había gente más rara que ella, se consoló.

—A mi padre lo acaban de meter en la cárcel. Es culpable de un cargo de desfalco.

—¿Y?

Maddie detuvo su paso y la miró esperando un juicio o una mirada desaprobatoria que no llegaba.

—¿No me has oído?

—Sí—le respondió Samantha volviendo a su lado—. Mis padres se largaron de crucero con los de April dejándonos a nosotras con la maleta hecha pensando que íbamos a irnos juntos a una cabaña en las montañas ¿Quién sabe en qué piensan los padres?

—No es lo mismo.

—Claro que no, pero ¿qué problema tienes?

Maddie siguió andando sorprendida por la falta de crítica o de compasión de Samantha.

—Nos van a quitar la casa y a congelar las cuentas —le resumió—. Vamos a perderlo todo.

—No era vuestro ¿no?

Maddie se detuvo sintiendo que la rabia empezaba a apoderarse de ella mientras se sonrojaba por la realidad que le había mostrado.

—No te ofendas, Maddie—continuó Samantha—. Pero ¿qué ocurre? ¿Qué te toca empezar de nuevo? Pues hazlo.

—No es tan fácil.

—No dije que lo fuera, pero si no te queda más remedio que rehacer tu vida, hay que hacerlo.

—No tengo otra elección.

—¿Y tu madre? ¿O tus amigos?

—Mi madre murió cuando yo tenía cinco años —casi no la recordaba— y los amigos desaparecieron cuando detuvieron a mi padre. Se supone que me iba a prometer con un empresario que trabajaba con mi padre, pero salió de viaje y no sé nada de él desde que todo esto empezó.

Samantha lo sintió por ella. Ella nunca se había sentido muy acompañada por sus padres, pero tenía a su prima cerca y su coraje y fuerza le hacían reponerse con facilidad de los contratiempos de la vida.

Suponía que Maddie, aunque en soledad, se había criado entre algodones y por eso aún no había desarrollado la resiliencia, la maravillosa capacidad de reponerse ante la vida.

—¿Estás sola?

Maddie asintió mirando al suelo.

—Pues no te lamente más ni le des más vueltas. Coge las riendas.

—No sé ni por dónde empezar.

—Ayer mi compañera de piso me dejó tirada, mi jefa me despidió y mi coche supongo que se lo llevó la grúa.... Luego conocí a Brad —le comentó distraída—. En cuanto vuelva, empezaré a buscar trabajo.

—Nunca he compartido piso.

—Para salir del paso, vale —le dijo—. Compré el piso con mi exnovio y me quedé con él y la hipoteca cuando la relación se acabó, así que busco compañera de piso. Más o menos ordenada y que no fume. Si te interesa hasta que encuentres algo mejor, solo tienes que decírmelo.

—¿De verdad?

—Si no fuera así, no te lo habría dicho.

—¿Cuándo podría mudarme? —decidió en un impulso que le salió del alma.

Si debía salir de su casa, cuanto antes mejor. Además, no sabía cuánto tiempo tendría para desalojarla.

—Cuando tú quieras.

—¿De verdad?

Maddie le sonrió aliviada. Sentía que se había quitado un peso enorme de encima.

Samantha asintió con una sonrisa. Maddie le parecía muy buena chica, y sus intuiciones solían ser bastante certeras.

—Pues muchas gracias —le dijo sincera Maddie.

—Bueno, cuento con tu alquiler para pagar la hipoteca de una manera cómoda, así que las gracias debería dártelas yo a ti. Por cierto, tu habitación tiene un ventanal enorme y un armario de tres puertas.



Brad se quedó rezagado con Bryan con toda la intención mientras veía a los demás caminar entre los abetos y la nieve. Empezar hablando de deportes fue la manera de retenerlo el tiempo suficiente para llegar al tema del que quería hablar.

—¿Pasa algo con Maddie?

Bryan miró a su hermano encogiéndose de hombros. Suponía que tarde o temprano iban a hablar de ella. Brad siempre actuaba como la voz de su conciencia, como si él no le diera vueltas a la cabeza, alguna vez.

—¿A qué te refieres?

—Sabes a qué me refiero.

—No. No lo sé.

—No te hagas el tonto —le dijo serio—. Esa chica se va a quedar sin nada. Sin familia, sin casa, sin dinero... No creo que una aventura sea lo que necesita en este momento.

—¿Y según tú qué necesita?

—Bryan, te lo digo en serio.

—No hace falta que me lo digas. Ya lo estoy viendo.

—Solo te pido que tengas cuidado.

Oyeron unas cuantas exclamaciones por delante lo que les hizo suponer que habían encontrado el árbol que pensaban llevarse, y aceleraron el paso hasta llegar a ellos.

Brad vio a Brendan con el hacha cortando las ramas más bajas y se acercó a él para relevarle.

—Puedo hacerlo—le dijo en un susurro mirando hacia April.

—Ya la tienes en el bote —le sonrió Bryan al ver hacia dónde miraba.

Brendan miró a su hermano y miró a April que estaba con las manos en los bolsillos de su abrigo, ligeramente encogida por el frío. ¿Podía ser cierto? Le dejó su puesto y fue hacia ella.

—Hermanos mayores —musitó fingiendo enfado.

April se agarró a su brazo apoyando su cabeza en él mientras veían a Brad cortar las últimas ramas.

—Es perfecto —comentaba Johanna emocionada junto a su marido.

—Todos los años dices lo mismo —le respondió Bryan cogiendo la motosierra eléctrica para cortar el abeto.

—¿Qué haces? —le preguntó Brad a Samantha mientras la veía agacharse y coger algunas de las ramas que él había cortado.

—Una corona —le explicó dándoles forma—. Si se atan bien y se colocan unos lazos o unas bolas pequeñas quedan perfectas.

Brad se fijó en cómo le brillaban los ojos, en su nariz y sus mejillas coloradas por el frío y en la rapidez y el estilo con el que entretejía y redondeaba las ramas.

—¿Eres una artista?

—¿Lo dudas? —le preguntó divertida—. Me gusta lo bonito. Eso es todo.

Brad y Brendan ayudaron a coger el árbol cuando Bryan le dio la motosierra a su padre.

—Este año va a quedar precioso —insistió Johanna cogiéndose del brazo de su marido andando por delante de sus hijos.

—Ya tenemos árbol de Navidad, chicas, ho, ho, ho —comentó Samantha risueña, con la corona que había hecho entre sus manos.

April y Maddie asintieron mientras empezaban a andar detrás de ellos.

—¿Quién nos iba a decir todo esto? —comentó April con una sonrisa de oreja a oreja.

—Es lo que tiene la Navidad —les sonrió Samantha—. Sorpresas y magia.

Maddie las miró con una sonrisa. Desde luego que ella no había esperado tener un lugar donde vivir cuando todo acabara o a alguien acompañándola al juicio de su padre. Realmente, eso debía ser cuestión de Magia.

Las tres jóvenes cerraron la marcha hasta la furgoneta y el coche. Vieron a los tres hermanos cargar el árbol en la parte trasera de la camioneta y asegurarlo con cuerdas. Se notaba que estaban muy acostumbrados a hacerlo.

Entre sonrisas todos volvieron a casa donde el abuelo les esperaba con varias cajas llenas de adornos.

—Comamos ahora y después montaremos el árbol —les dijo Johanna conforme entraban en la casa.

Todos asintieron quitándose los abrigos y saludando al abuelo con afecto.



Después de comer, todos se reunieron en torno al árbol.

Johanna, con un suspiro de satisfacción, le pasó una guirnalda de luces a Brad para que empezara a colocarla mientras Bryan empezaba a rebuscar algo en los armarios.

April y Samantha cogieron diferentes adornos navideños.

—Mirad, qué bonito —les enseñó Johanna a las tres chicas mientras Brendan se sentaba a tocar villancicos en el piano creando música de fondo.

Las tres chicas miraron el adorno con forma de paquete de regalo y que exhibía una pequeña foto familiar de tres niños sonrientes.

—Tenían uno, tres y cinco años —les sonrió recordando la feliz infancia de sus hijos.

—¡Wow! Este es precioso —le dijo Samantha sacando una bonita estrella brillante.

Johanna asintió emocionada.

—Fue el primer regalo de James. La primera Navidad que pasamos juntos. Desde entonces, todos los años compramos un adorno nuevo... Este año aún no lo hemos comprado...

—Por eso cada año el árbol es más grande —comentó Bryan con ironía sacando las fichas del ajedrez y el tablero de un cajón. Sonrió al ver las cartas del póker al final del cajón.

—No digas tonterías —le respondió con cariño Johanna mientras seguía decorando el árbol.

—Recuerdo que tenemos una partida pendiente —le dijo Bryan a Maddie dejando el ajedrez sobre la mesa y mostrándole las cartas del póker.

Maddie lo miró divertida y se acercó a él.

—¿Estás preparado para perder?

—No —le respondió sentándose en una silla, retándola a sentarse frente a él.

Maddie asintió con una sonrisa. Estaba dispuesta a ganar la partida y a reclamar sus besos de buenas noches.

—¿Conoces ya el mal perder de Bryan? —le preguntó Brad colocando otra guirnalda de luces.

—Yo tampoco lo tengo bueno —le confesó Maddie con una sonrisa.

Johanna los miró divertida.

—El abuelo se alegrará de ver que habéis sacado el ajedrez cuando se levante de la siesta.

—Pero hoy nos toca hacer los muñecos de nieve ¿no? —le preguntó Brendan al piano.

—Sí —le dijo James mirando a su hijo menor sentándose en el sofá—. Así que, si vais a salir, no vengáis más tarde de las seis.

Brendan asintió y miró a April.

—En cuanto acabes con el árbol, vamos a tomar un café especiado en el *Molly's Coffee*.

April asintió con los ojos brillantes ante la posibilidad de salir juntos y solos. Estaba deseando conocer a Brendan en más aspectos de su vida.

Samantha miró sonriente a su prima mientras Brad le pasaba un adorno para colgar en el árbol.

Terminaron de decorarlo en poco tiempo y después de darle el visto bueno desde diferentes perspectivas, Brendan y April salieron juntos.

Brad se sentó en el sofá junto a su padre, cogiendo el mando.

—¿No has visto si echan alguna película clásica?

—Cualquiera me vale —le respondió James, tranquilo.

Samantha se sentó a su lado. Brad le pasó con naturalidad un brazo sobre los hombros. Samantha se recostó sobre él para empezar a ver la película antigua que estaban reponiendo en la televisión. Estaba resultando fácil toda la farsa.

—¡Te he ganado!! —exclamó Maddie orgullosa rato después mientras Bryan soltaba una colección de improperios por su boca.

—¡Bryan! Cuida esa boca—le advirtió su madre desde el sofá donde veía la televisión con James al lado.

Bryan miró a Maddie con el ceño fruncido.

—Voy a por una cerveza —le dijo cogiéndola de la mano y llevándosela con él a la cocina.

Maddie le siguió divertida. Le gustaba ganar. La adrenalina se le disparaba.

Nada más llegar a la cocina, Bryan la aprisionó contra la pared y sin darle tiempo a reaccionar la besó obligándole con su boca a unir sus lenguas.

Maddie se sobresaltó ante el arranque de pasión. Si actuaba así cada vez que perdía, estaba dispuesta a ganar siempre. Le devolvió el beso con la misma entrega.

Bryan dejó de besarla manteniendo las manos en la cintura.

—¿Te vale como beso de buenas noches?

Maddie lo miró extrañada.

—¿Esto es un beso de buenas noches? —le preguntó acalorada—. No. No me vale.

—Tendré que practicar más —sonrió atractivo antes de volver a besarla.

Maddie le apoyó las manos en el pecho para separarlo en cuanto oyó al abuelo bajar de su siesta.

—Te recuerdo que el premio era que me acompañaras al juicio —le susurró.

Bryan asintió. No lo había olvidado ni pensaba hacerlo. Volvió a besarla contra la pared de la cocina.

—¿Me estabais esperando para jugar al ajedrez? —preguntó el abuelo desde el salón, al ver el

tablero y las figuras sobre la mesa.

—Esto sigue sin ser un beso de buenas noches —le advirtió Maddie antes de salir de entre sus brazos y dirigirse al salón para jugar con el abuelo.

Bryan la vio salir sonriendo. Maddie le había ganado por méritos propios. Quizá él se hubiera confiado un poco, quiso pensar, pero, de cualquier manera, esperaba salir con ella a cenar en cuanto volvieran a la ciudad.

Brad entró para acercarse directo a la nevera y le miró al percatarse de que estaba ahí, parado, sin hacer nada.

—Está muy vulnerable —se refirió a Maddie.

—Métete en tus asuntos —le respondió cogiendo la cerveza que le ofrecía.

—Maddie es asunto mío, y tuyo hasta que el juicio acabe.

Bryan le hizo una mueca.

—¿Por qué no te metes con Brendan? Está liado con la prima de tu «novia».

Brad sonrió.

—Esos están hechos el uno para el otro —le dijo antes de volver con él al salón.



La nieve cubría generosamente el jardín delantero cuando todos salieron bien abrigados poco después. Era el momento familiar en el que cada hermano hacía su muñeco de nieve. Llevaban realizando esa competición desde que eran muy pequeños. Habían empezado a hacer el muñeco todos juntos con el padre y el abuelo, y después de muchas diferencias de opiniones y de gustos, cada uno había optado por hacerlo por su cuenta. Desde entonces, todos los años hacían su propio muñeco en una carrera contra reloj.

—Vamos chicos — exclamó James desde el porche, mientras veía a sus hijos coger las posiciones de todos los años y a sus novias acompañándolos sonrientes.

—¿Preparada para ganar, Maddie? —le preguntó Bryan saltando varias veces para entrar en calor y activar su energía.

Maddie le miró con los ojos brillantes.

—Pocas cosas me gustan más —le dijo sonriente.

Los tres hermanos se miraron retadores entre ellos.

—Preparados, listos.... ¡Ya! —exclamó James jubiloso pasando un brazo por encima del hombro de su esposa.

Los seis jóvenes entre risas empezaron a acumular nieve a su alrededor para hacer sus muñecos

April había optado por acercarle nieve a Brendan mientras él creaba las formas redondeadas que formarían el cuerpo del muñeco.

Samantha hacía la bola de la cabeza con agilidad, mientras Brad hacía la que sería la del cuerpo.

Maddie y Bryan apelmazaban nieve sin orden alguno, con rapidez y determinación.

—Ganará Bryan —murmuró Johanna viendo como Maddie seguía el ritmo del más competitivo de sus hijos.



—Como siempre—le respondió su marido viendo sonreír al abuelo, que, junto a él, miraba orgulloso a los jóvenes.

—Rápido —le dijo Bryan a Maddie sacando de su bolsillo dos botones negros y una zanahoria.

Maddie puso los botones con forma de ojos mientras Bryan colocaba la zanahoria y se quitaba la bufanda para ponerla alrededor del cuello del ligeramente deformado muñeco de nieve.

—¡Hecho! —exclamó divertido haciendo que todos pararan.

—¿Eso es un muñeco? —exclamó Samantha asombrada—. Eso es un montón de nieve apilada.

—Señorita perfeccionista, esto es el muñeco de nieve ganador —le señaló con la mano a modo de presentación.

Samantha miró a Brad con los ojos entrecerrados y a su casi terminado perfecto muñeco de nieve.

—Diles algo, eres abogado.

Brad sonrió levantando las manos en señal de rendición.

—Me costó muchos años comprender que no me iba a servir de nada.

Samantha frunció la nariz contrariada.

Brendan y April se miraban sonriendo con su inacabada obra de arte entre ellos.

—Terminémoslo sin prisa.

James, Johanna y el abuelo se pusieron frente a la figura ganadora. Johanna sonriendo les dio una chistera para acabarlo.

Cuando Bryan se la puso, levantó los brazos como ganador y abrazó a Maddie satisfecho. Maddie se reía divertida.

—Yo soy incapaz de hacer eso —dijo Brad terminando su perfecta y redondeada figura con la nariz de zanahoria.

—Por eso no ganas, hermanito —le dijo Bryan divertido—. Se premia la rapidez, no la perfección.

—Se tendría que premiar el que acaba las Navidades entero —comentó Brendan mientras seguía dando forma a la cabeza.

—Ni así ganarías tú —le respondió Bryan divertido mientras sus padres terminaban de repartir las chisteras para sus muñecos.

Bryan le pasó el brazo a Maddie sobre los hombros.

—Eres muy buena compitiendo, compañera —le dijo guiñándole un ojo con una sonrisa atractiva.

Maddie le sonrió agradecida. No recordaba momentos de diversión sencilla y risa fácil en la estirada y lujosa vida que había llevado.

—Pues a mí, me gusta el nuestro —insistió Samantha poniéndose junto a Brad para mirarlo a su lado.

—Es el mejor —le dijo Brad—. No saben apreciar lo bueno.

Samantha los miró con los ojos entrecerrados, divertida.

—Claro que saben, lo que no quieren es reconocerlo.

—Vamos adentro —les invitó Johanna—. Voy a preparar una taza de chocolate.

Brendan y April se quedaron solos para terminar su figura sin prisa.

—Me lo estoy pasando muy bien —le dijo April—. Supongo que debo darte las gracias otra vez por haberme venido a buscar a casa e invitarme.

Brendan le miró con una sonrisa.

—Ya sabes el favor que me estás haciendo —le dijo—, pero sí que es cierto que me gustaría seguir conociéndote después de estos días.

April le miró sonriente. Su corazón había empezado a latir con más rapidez. Se mordió los labios emocionada. Brendan se le acercó mirándola a los ojos. La cogió por los extremos de la bufanda de lana roja que llevaba y tiró con suavidad de ella haciéndola acercarse a él y apoyarse

en su pecho.

—Podemos dejar de fingir que eres mi novia —le susurró junto a su boca— y empezar a mostrar la realidad.

—Me parece buena idea —le respondió April dejando que él diera el primer paso y la besara mientras ella se le agarraba a la cintura.

—Estos chicos van a quedarse fríos fuera —dijo James desde la cocina acercándose a la ventana para verlos besarse.

Johanna se acercó a su lado.

—No, no creo —suspiró con satisfacción y una sonrisa—. Pero si no entran en diez minutos sal a buscarlos.

Siguió prestando atención a su chocolate casero.



—Mañana hay que madrugar —dijo poco después de cenar James—. Hay que recoger el garaje.

—Y yo tengo que hacer las galletas para el concurso de pasado mañana—comentó decidida Johanna.

—Seguro que este año lo ganas —le dijo cariñoso Brendan mientras tenía a April de la mano sentados en el sofá.

—Mañana por la tarde iremos a patinar ¿no? —preguntó Bryan mirando la partida de ajedrez que jugaban Maddie y el abuelo.

—Sí, cariño —le respondió Johanna.

Brad y Samantha estaban sentados en el sillón frente a Brendan y April viendo la película con más interés que la pareja más joven.

Brad jugaba distraído con un mechón de pelo de Samantha. Le estaba gustando esa sensación de estar en pareja, en familia... Samantha le gustaba. Le parecía bonita, inteligente, con sentido del humor... Se giró para mirarle como si supiera que estaba pensando en ella. Él le mantuvo la mirada. Muchos compañeros de su profesión estaban casados. Él se había negado la posibilidad por las horas que le dedicaba al trabajo, pero al llegar a casa y sentarse a ver una película echaba en falta la compañía que estaba sintiendo esos días.

—¿Todo bien? —le preguntó Samantha extrañada por sus labios apretados.

—Eh... sí... solo estaba pensando —le respondió volviendo a fijar la mirada en el televisor.

—Jaque mate —exclamó el abuelo sonriente haciendo que todos lo miraran con una sonrisa.

—Es un adversario muy duro —le respondió Maddie.

—Y tú una chica muy buena —le respondió el abuelo quiñándole el ojo—. Sé que me has dejado ganar en el último movimiento. Bryan, cuidala mucho o te arrepentirás.

Bryan asintió pasándole un brazo sobre los hombros a Maddie.

—Voy a hacerlo, abuelo.

Maddie lo miró con una sonrisa contrariada. Sí, iba a cuidarla o custodiarla hasta después de las fiestas navideñas y quizá algunos pocos días más. Luego, ella, se las tendría que apañar sola. Aunque lo cierto era que cada vez le daba menos miedo. Samantha y April parecía que se

apañaban solas muy bien, así que ella no tendría por qué ser menos.

—Bueno, nosotros nos vamos ya a dormir —dijo Johanna levantándose para acompañar al abuelo—. Mañana chicos, tenéis mucho que hacer, así que no tardéis mucho en subir.

—Bueno, creo que yo también subiré ya —dijo Samantha—. Hasta mañana chicos.

April soltó a Brendan de la mano con una sonrisa. Estaba deseando contarle lo ocurrido con Brendan a su prima.

—Subo contigo —le dijo April colgándose de su brazo.

Maddie las miró contrariada. No tenía mucho sueño, pero tampoco iba a hacer nada más sentada en el salón con los tres hermanos.

—Sí... yo también me retiraré —les dijo saliendo tras las dos primas.

La primera que llegó a su habitación fue Samantha y April la siguió. Las dos primas miraron a Maddie esperando que entrara con ellas. Maddie se sorprendió por el gesto y aceptó la invitación silenciosa.

—¿Qué tal tú con Bryan? ¿Estás bien?

—Supongo que sí —se encogió de hombros.

April se había sentado sobre la cama emocionada.

—Lo nuestro ya es oficial, por lo menos para nosotros —les comunicó radiante—. Somos novios.

Las dos chicas la miraban con una sonrisa de oreja a oreja. Se sentían como quinceañeras compartiendo secretos.

—Cuéntanos —le pidió Samantha feliz por la dicha de su prima.



—Se han metido todas en la misma habitación —comentó Bryan desde la puerta en un susurro—. Habrá que esperar hasta que se separen y se duerman ¿Qué tendrán que contarse? Llevan todo el día juntas... mujeres...

Brendan se levantó y sacó una botella de *whisky* del mueble bar del salón.

—Brindemos.

—¿Por qué? —le preguntó Bryan mientras Brad repartía los vasos que Brendan llenaba con la bebida alcohólica.

—Tengo novia.

Los dos hermanos le sonrieron divertidos.

—Tendrás que darle las gracias al abuelo —le recordó Brad brindando con sus hermanos por la felicidad que manifestaba el pequeño de ellos.

—A ver si así dejas de ponerte esas gafas de culo de vaso y peinarte como un cateto para dar las clases —le sugirió Bryan.

—Ni hablar —le respondió Brendan—. Paso de problemas.

—Pues avisa a April antes de que te vea —le recomendó Brad que conocía el ridículo disfraz de su hermano para ocultar su atractivo.

—Ya me ha visto —les respondió con su bonita sonrisa—. Fui a su casa nada más salir de la universidad, y con las prisas me olvidé de que las llevaba puestas.

—¿Y aun así aceptó a venir contigo? —le preguntó Bryan incrédulo—. Eso es amor.

Los tres hermanos volvieron a brindar y se sentaron a ver una película haciendo tiempo para que sus «novias» se durmieran.



Cuando April bajó a la cocina a la mañana siguiente, Johanna estaba echando harina sobre una superficie de mármol. La cocina olía a galletas recién horneadas y había moldes y variedad de utensilios distribuidas por toda ella.

No había oído a Brendan entrar en la habitación la noche anterior, ni salir por la mañana. Se había vestido con unos cómodos leggins oscuros y una camisa larga, sin saber lo que el día podía depararle.

—Buenos días, cariño —le sonrió radiante sacudiéndose las manos ligeramente en su delantal rojo—. Los chicos ya están en el garaje con James. Parece que no les ha costado madrugar y eso que se quedaron hasta tarde viendo una película. ¿Un café?

—Sí, gracias —le respondió agradecida con una sonrisa.

Samantha entró en la cocina. Llevaba un estiloso vestido de punto de color vino.

Realmente esa chica tenía mucho estilo vistiendo. Seguro que quedaba preciosa del brazo de su hijo en las fiestas esas a las que alguna vez le tocaba ir, pensó Johanna acercándole el café a April.

Johanna escogió unas cuantas galletas recién hechas y las colocó en un plato en el centro de la mesa

—Decidme qué os parecen. Estoy pensando en participar con ellas en el concurso de galletas. ¿Un té, Samantha?

Samantha asintió cogiendo una galleta del plato mientras entraba Maddie somnolienta.

—Están buenísimas —exclamó April—. No me puedo creer que alguien las haga mejor.

Johanna sonrió orgullosa.

—¿Café, Maddie?

Maddie asintió mirando las galletas dos veces antes de decidirse a probar una. Normalmente se conformaba con el café para desayunar.

—¿Estás haciendo más masa de galletas? —le preguntó Samantha.

—Sí —le respondió Johanna sonriente—. Hoy tengo que preparar las que llevaré al concurso... y alguna más para casa. Dejaré que se enfríen y esta tarde antes de ir a la pista de hielo las decoraré. Yo creo que es el glaseado. Lucy Driscoll tiene mejor mano que yo decorando, y ya sabéis que la primera impresión cuenta.

Samantha buscó «decoración de galletas» en su móvil.

—Johanna, este año no volverá a ocurrir —le comentó enseñándole imágenes.

Johanna miró las imágenes sorprendida.

—¿Y por qué yo no había pensado en esto antes?

—Porque no nos tenías a nosotras —le respondió Samantha mirando con ella las diferentes decoraciones en la pantalla del móvil.

—Busca en Pinterest —sugirió Maddie discreta.

Samantha asintió y buscó las imágenes.

Johanna se ajustó las gafas.

—¿Pero esto qué es? ¿Cómo he podido vivir sin esto? —Cogió su móvil y lo dejó sobre la mesa frente a ellas—. Decidme cómo buscarlo.

Maddie miró a April que no hizo ningún ademán de acercarse a él. Lo cogió y le bajó la aplicación con facilidad.

—Tendrás que crearte una cuenta.

—Ya mismo —le dijo Johanna sentándose a su lado mientras Samantha se sentaba junto a April y le enseñaba algunas de las imágenes más vistosas.

—Que se prepare Lucy Driscoll —sonrió Samantha.

—Este año el trofeo será mío —sonrió Johanna cogiendo también una de sus dulces galletas.

—Si te podemos ayudar... —comentó April.

—¿De verdad?

Las tres jóvenes asintieron con una sonrisa.

Johanna las miró orgullosa. Le hubiera gustado tener una hija con la que compartir momentos como aquellos. Ahora tenía tres.

—Pues voy a por unos delantales.



—¿Dónde están las chicas? —preguntó Brad entrando con sus hermanos y su padre en la cocina.

—Deja las galletas, Brad o no tendré bastantes —le avisó su madre sacando otra bandeja del horno llena de galletas con forma de estrella—. Se fueron a dar una vuelta. Hemos estado toda la mañana preparando galletas.

—¿Con las chicas? —preguntó Bryan extrañado mientras trataba de coger una galleta demasiado caliente.

Los tres hermanos se miraron incómodos. Quizá su madre no debería de cogerles demasiado aprecio. A fin de cuentas, casi todo era una farsa.

—Ya has hecho suficientes —le dijo James acercándose a abrazar a su mujer.

—Nunca hay suficientes con estos chicos cerca ¿Tú también, Brendan?

Brendan estaba comiendo una de las galletas más frías con forma de bastón de caramelo. Brendan se encogió de hombros. Su madre siempre había sido una gran repostera.

—¿Ya habéis preparado cajas para donar con lo que había en el garaje?

Los cuatro hombres se encogieron de hombros.

—¿Lleváis toda la mañana en el garaje para nada?

—Para nada no, mujer —le respondió James—. Hemos recordado viejos tiempos...

—Un día me meteré yo en ese garaje y donaré las cajas sin mirarlas —les amenazó sin intimidarlos.

—Vayamos a ver la Feria de la Navidad —propuso James para cambiar de tema—. Supongo que las chicas estarán por allí. Llamadlas por teléfono, y vayamos a buscarlas.

Los tres hermanos se miraron. ¿Llamarlas por teléfono? ¿Por qué iban a pedirles los números si

las iban a tener bajo el mismo techo?

—Voy al baño —dijo rápido Bryan saliendo de la cocina dejando a sus hermanos maldiciéndole por la rapidez.

—Me llaman del trabajo —murmuró Brad cogiendo su teléfono y respondiendo a una llamada ficticia mientras salía de la cocina.

Brendan se quedó solo sentado a la mesa de la cocina sin saber qué excusa poner.

Johanna lo miró extrañada.

—April no cargó su teléfono ¿no?

Brendan encogió los hombros asintiendo.

—Deberías decirle... ¿Qué le vas a decir si tú eres igual? —comentó Johanna sonriendo—. Estarán en la Feria. Son muy buenas chicas...

Brendan asintió mirando a su madre con una sonrisa sincera. Las cosas estaban saliendo mucho mejor de lo que habían previsto antes de aparecer por casa. Él, por lo menos, se sentía muy bien conociendo a April.

—Estaba pensando en pedir a Papa Noel tres novias para Navidad, pero veo que no ha hecho falta —le explicó con una sonrisa mientras tapaba la cazuela en la que estaba preparando la comida.

—Iremos a la Feria —le sonrió incómodo, levantándose y abrazando por la cintura a su madre desde la espalda—. Te quiero, mamá.

Johanna se volvió emocionada cogiendo a su hijo pequeño por las mejillas.

—Y yo a ti, mi niño —le dijo orgullosa de en quien se había convertido el niño estudioso y solitario que siempre había sido.



Las chicas llegaron a la Feria hablando animadamente de cualquier cosa que se les ocurría. El espacio acordonado estaba lleno de pequeños puestos decorados con guirnaldas y poinsettias de un vivo color rojo. Se exponían artículos de regalo, joyería, galletas... todo hecho de manera artesanal y había muchos curiosos paseando entre los puestos.

Samantha se entretuvo explorando minuciosamente uno de los puestos de joyería.

—¿Por qué no piensas en lanzar ya tu propia marca? —le preguntó April viendo que una mujer compraba unos pendientes que no desmerecían los diseños que su prima hacía en sus ratos libres.

Samantha observaba con detalle las formas y diseños de las joyas expuestas.

—No termino de decidirme —le confesó—. Supongo que no perdería nada... tiempo...

—Ahora te sobra.

—Espero encontrar trabajo pronto —le dijo mientras Maddie las escuchaba prestando atención a lo que hablaban.

—¿Sabes diseñar joyas?

Samantha asintió con las manos en los bolsillos caminando hacia otro puesto diferente.

—Es algo que me gusta bastante, la verdad, pero no termino de lanzarme.

—Hoy en día las redes sociales pueden darte a conocer rápido.

—Si inviertes en publicidad.

—O si das con alguien que tiene muchos seguidores y le gusta lo que haces.

—¿Estás hablando de ti? —le preguntó April.

Maddie asintió encogiéndose de hombros.

—Hace días que no subo nada a Instagram, pero lo cierto es que desde que metieron en la cárcel a mi padre he duplicado los seguidores.

—Vaya —comentó April incómoda.

—Bueno, es la realidad...

Samantha siguió observando, pasando los dedos con cuidado por diferentes joyas, cogiendo ideas, reconociéndose su talento ante la simplicidad de algunas...

—No sabría por dónde empezar a montar un negocio.

—Puedes aprender —le animó April.

—Lo sé —le respondió Samantha—. Pero no sé si tendré paciencia para esperar a que triunfe.

Maddie le sonrió y se fijó en los anillos que llevaba en sus manos.

—¿Son diseños tuyos?

—Sí —se los enseñó mostrándole las dos manos—. Son piezas únicas, claro. Es lo bonito del diseño personalizado.

—¿Me dejas... dos?

Samantha la miró extrañada.

—Escoge.

Maddie escogió uno plateado con una estrella de seis puntas grabada. Supuso que la estrella podría ser tendencia en Navidad y otro dorado, más elaborado con una piedra blanca engarzada.

—Es una piedra luna, sirve para equilibrar las energías y aliviar la inestabilidad emocional —le explicó.

Maddie asintió poniéndoselos.

—Vamos a probar —sacó su teléfono móvil, entró en Instagram y se hizo una foto preguntando en general a sus seguidores cuál debía quedarse y cuál les gustaba más—. ¿Tienes alguna marca, algún nombre comercial o algo así?

Samantha negó con la cabeza.

—Te apellidas Miller ¿no?

Samantha asintió sorprendida por la posibilidad de que unos cuantos desconocidos vieran sus diseños.

—Bueno, pues a ver qué ocurre...

April sonrió.

—Es Navidad, es época de milagros. Si yo he encontrado un novio ¿por qué tú no tu propio negocio?

Maddie les sonrió.

—Yo he encontrado un piso donde vivir, también podría calificarlo como milagro.

Samantha les sonrió cogiendo a cada una de un brazo para seguir andando.

—Acepto que existe la magia en Navidad, pero hay que reconocer nuestros propios méritos. Somos maravillosas y nos merecemos todo lo bueno, así que ¿por qué no tenerlo?

April besó en la mejilla a su prima. Era fácil sentirse bien a su lado.

Las tres caminaban con los brazos entrelazados cuando vieron acercarse a los tres hermanos con James.

—¿Y Johanna? —les preguntó April soltándose de ellas y agarrándose del brazo de Brendan.

—Se quedó en casa terminando de preparar la comida —le explicó Brendan dándole un beso en la frente—. Ha dicho que verá la feria después de patinar esta tarde.

—Hoy toca patinar —sonrió Samantha mirando a Brad.



Brad asintió con una sonrisa mientras todos continuaban la visita a la feria parándose en los diferentes puestos.

Poco después Maddie se quedó parada y sacó extrañada su móvil. Había empezado a vibrar. ¿Instagram? Claro, pensó, los diseños de Samantha.

Dejó a Bryan y se acercó a Samantha que paseaba junto a Brad.

—Samantha... una pregunta... ¿tienes tus útiles aquí?

—¿A qué te refieres?

—Lo que sea que emplees para hacer anillos.

—Tengo algunas cosas, sí. Como no sabía qué iba a hacer estos días, me metí algo en la maleta...

—¿Esperabas aburrirte? —le preguntó James divertido.

Samantha se sonrojó y miró a Brad alarmada.

—Ya sabes cómo soy yo, papá, me meto en un caso y puedo pasarme horas —improvisó—. Samantha... hace sus cosas... mientras.

Samantha asintió antes de mirar el móvil de Maddie.

—¿Pero esto que es?

—Personas preguntando por la diseñadora... —miró la hora—. ¿Te ves capaz de hacer algún encargo o preparar algún envío? Podemos ir a comprar unas bolsitas de organza.

—Y unas tarjetitas con tu nombre —añadió April acercándose a ellas.

—¿Así? ¿Tan fácil?

Maddie la miró con las cejas levantadas.

—¿No creías en los milagros?

—Sí, pero....

—Y no ha sido fácil —le recordó April—. ¿Cuántos cursos has hecho de joyería? ¿Cuánto dinero has invertido? ¿Cuánto tiempo llevas dándole vueltas a la idea? ¿Y Maddie? Supongo que mantener tantos seguidores también tiene su mérito. Esto no es cuestión de suerte.

Brendan sonrió sin entender apenas lo que ocurría.

—Dicen que la suerte es el punto exacto donde coincide la experiencia con la oportunidad —les comentó Brendan sin saber de qué hablaban.

—Pero la suerte no dura para siempre —le dijo Bryan realista.

April negó con la cabeza y miró a su prima.

—Eres tú quien dice eso de vivir el momento, ¿no?

Samantha asintió emocionada.

—Tendría que ver qué piden para ver si necesito comprar algo.

Maddie miró a Bryan.

—¿Hay alguna imprenta cerca? Habrá que hacer unas tarjetas que acompañen los envíos.

—En la calle principal —le respondió.

—Creo que la hemos pasado al venir —les dijo April—. Tiene varios libros con marcapáginas personalizados y un precioso Cascanueces.

Samantha sonrió a su prima. Sabía que sentía debilidad por las figuras del *ballet* del Cascanueces.

—Pues tenemos que irnos un momento —les dijo Maddie cogiendo del brazo a Samantha—. Ya llegaremos a casa ¿Vienes, April?

—Por supuesto —les sonrió separándose de Brendan—. Nos vemos en casa.

Los cuatro hombres las vieron alejarse a paso acelerado hacia la calle principal.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Bryan confuso.

Los otros dos hermanos se encogieron de hombros.

—Son mujeres —les respondió James sonriendo—. Dales una palanca y moverán el mundo.

Los tres hermanos sonrieron a su padre mientras comenzaban a dar la vuelta por la feria solos.



—¿Vais a acabar ya? —preguntó impaciente Bryan entrando en la cocina a mitad de tarde.

Johanna lo mandó callar con una mueca mientras decoraba con unas florituras las galletas con forma de árbol de Navidad ante la atenta mirada de April y Maddie.

—Vas a necesitar mucha paciencia con este chico —le comentó a Maddie cogiendo la manga pastelera con la glasa verde.

Maddie y April se miraron cómplices. Estaban acompañando a Johanna mientras decoraba las galletas con los dibujos que más le habían gustado de lo que había encontrado por internet.

También acudían con frecuencia a ver a Samantha que había ocupado la mesa del salón con sus utensilios y material para el diseño de las joyas que le habían encargado.

A Samantha le costaba creérselo. En unas horas había ganado más que en un mes como dependienta en la tienda de ropa en la que estaba. Sabía que había sido gracias a Maddie, no le quitaba el mérito. Pero tampoco se quitaba el suyo con su talento y habilidad para el diseño y la creación.

Lo mejor era que esa inesperada experiencia le hacía plantearse en serio la posibilidad de dedicarse a eso. Había conseguido bastantes clientes, era cuestión de mantenerlos y de seguir ampliando su círculo.

—¿Cómo vas? —le preguntó Maddie sentándose a su lado, admirando los pendientes que estaba terminando a juego con una gargantilla.

Samantha la miró concentrada.

—Estoy muy sorprendida —se sinceró—. Voy a hacer lo que pueda con lo que tengo, pero en cuanto llegue a casa, tengo trabajo para un mes con estos pedidos. Tengo que comprar más material. No sé qué haría sin ti.

—El mérito es tuyo.

—Y tuyo —le reconoció—. Me alegro de que vayamos a vivir juntas. Así será más fácil.

—¿El qué?

Samantha señaló todo lo que había extendido por la mesa.

—Todo.

Maddie la miró sin comprender.

—No pensarás dejarme sola con esto, ¿verdad? —le preguntó Samantha.

—Yo no sé hacer nada de lo que tú haces.

—Ni falta que hace —le sonrió Samantha—. Pero tú tienes los contactos, puedes gestionarlos.

Maddie la miró pensativa.

—¿Estás diciendo que trabajemos juntas?

—¿Por qué no? Podemos probar qué tal funcionamos.

—¿Vivir y trabajar juntas?

—Hay negocios que comenzaron en el garaje de una casa, el nuestro empezará en una mesa de salón. Sabes de redes.

—A nivel de usuario.

—Pues profesionalízate —le sugirió Samantha—. Decías que no sabías qué hacer laboralmente con tu vida, pues ya tienes una idea.

—Pero... no es tan fácil —le dijo inquieta y asustada ante la responsabilidad—. Yo no sé nada de llevar un negocio... mira el ejemplo que tengo...

—Seguro que de tu padre has aprendido muchas cosas... aprovecha las buenas y no repitas las malas —le sugirió—. Pero tienes razón... deberíamos dejar las cosas claras, por escrito. Necesitaríamos un abogado... ¡Brad!

Brad se les acercó. Había seguido su conversación desde el principio.

—Podríais constituir una sociedad, pero también podéis ser un par de autónomas que colaboran juntas. Maddie puede llevarte la parte de gestión comercial con una comisión por ventas y tú dedicarte solo a la creación. Y para Maddie puedes ser uno de sus clientes si decide profesionalizarse.

Las dos chicas se miraron asintiendo.

—¿Tú puedes prepararnos los papeles o los contratos o lo que haga falta?

Brad asintió.

—Sí, pero lo bueno sería que acudierais a un gestor especializado o algún asesor.

—Mi padre... no; mejor no cuento con los asesores de mi padre. Bueno, es un punto de partida. Samantha le ofreció su mano para sellar su pacto.

—Cuento contigo.

Maddie aceptó su mano mirándole a los ojos.

—De acuerdo. Hagámoslo.

Maddie se levantó emocionada. Su panorama era negro hacía dos días, cuando Bryan había llamado a su puerta y de repente, tenía un sitio donde vivir y un trabajo con el que empezar a mantenerse. Se excusó para ir al cuarto de baño y allí dejó salir sus emociones en forma de lágrimas.

Lágrimas por el giro que había dado su vida. Ya había llorado por la impotencia y la incredulidad cuando habían detenido a su padre. Estas lagrimas eran fruto de la esperanza, de la posibilidad, de gratitud hacia la vida.

—¿Estás bien? —le preguntó Samantha en un susurro tras la puerta, poco después.

Había percibido las lágrimas que se habían agolpado en sus ojos antes de desaparecer del salón.

—Sí... —le respondió acercándose a la puerta sin abrirla—. Solo necesito estar un momento a solas.

Samantha se alejó con tranquilidad y entró en la cocina para ver la emotiva, festiva y alegre decoración de las galletas de Johanna.

—Este año creo que Lucy Driscoll no tiene nada que hacer.

—Eso creo yo también —comentó Johanna, orgullosa y satisfecha.

—Mujeres, si habéis acabado, os recuerdo que nos íbamos a patinar —les dijo James asomándose al pasillo.

Samantha, April y Johanna se miraron con una sonrisa antes de dejar lo que estaban haciendo.

—Será mejor que nos vayamos —comentó Johanna mientras empezaba a recoger las diferentes boquillas y biberones que no había utilizado.



Llegaron a la pista de patinaje paseando sin prisa, con una sonrisa en los labios. Había unas cuantas personas patinando con destreza y otros tantos observando a los que se deslizaban por el hielo. Guirnaldas, decoraciones en forma de bastones de caramelo gigantes y alegres villancicos completaban el ambiente navideño que se respiraba en torno a ellos.

—Yo creo que empezaré con el chocolate caliente —comentó el abuelo con una sonrisa.

Se dejó acompañar por James mientras Johanna hablaba con unos conocidos.

—¿Sabes patinar? —le preguntó Brendan a April.

—Hace mucho que no lo hago —le respondió sincera.

Siempre había soñado con ese momento de las películas en las que el chico cogía a la chica de la mano y patinaba con ella. Había intentado hacerlo inútilmente con alguno de los pocos novios que había tenido, pero hacía tiempo que ya se había rendido. Alguno, porque no sabía patinar ni se planteaba hacerlo, otro, porque no tenía interés en acompañarla a patinar. Había desterrado esa posibilidad hacía tiempo.

Cuando ya puestos los patines, Brendan la cogió de la mano, sintió que tocaba el cielo.

Samantha entró en la pista esperando a Brad en el medio. Brad se le acercó tratando de buscar su mano. Samantha, ajena a sus intenciones, había empezado a patinar sola. Brad la seguía de cerca.

—¿Siempre eres tan independiente? —le preguntó.

—¿Qué?

Samantha se giró para mirarlo dando la espalda a una pareja que delante de ella se había caído empujando a otra que trataba de permanecer de pie. Cuando tropezó con ellos, intentó mantener el equilibrio. Brad se le acercó cogiéndola de la cintura. Samantha se lo agradeció apoyando sus manos en sus fuertes brazos.

—¿Qué decías de mi independencia? —le preguntó con una sonrisa divertida.

Brad la cogió por la mano para seguir patinando con ella, compartiéndose miradas y sonrisas.

Bryan entró en la pista antes de que Maddie se pusiera los patines. Dio una vuelta rápida y volvió a por Maddie cuando la vio entrar. La cogió de la cintura tirando de ella.

—Qué rápido vas —le comentó Maddie dejándose llevar.

Bryan le sonrió atractivo.

—Sí, suelen decírmelo —le guiñó el ojo—. Recuerdos de cuando jugaba al hockey.

Maddie asintió sonriendo. El típico chico deportista, supuso. Si había seguido practicando deporte, no le extrañaba el cuerpo atlético que tenía.

Media hora después dejaron de patinar y se reunieron todos para tomar un chocolate caliente en el puesto que había junto a la pista de hielo.

La noche era fría y se agradecía el calor que les templaba el cuerpo conforme lo bebían.

Las tres chicas se miraron entre ellas. Ninguna había imaginado que la aventura navideña en la que se habían embarcado por casualidad pudiera ser así.



Cuando por la noche Brad subió a su dormitorio después del tiempo que había dejado pasar junto a sus hermanos en la cocina esperando que sus compañeras se durmieran, se encontró a Samantha dando vueltas en la cama.

—Creí que estarías dormida —le comentó nada más cerrar la puerta.

—¿Por eso os quedáis abajo cuando todas nos vamos?

Brad sonrió metiéndose las manos en los bolsillos del vaquero.

—Suponemos que es menos incómodo el momento.

—De momento no lo llevamos mal, ¿no?

Brad sacó su pijama del armario donde lo guardaba cada noche junto con la manta que echaba sobre la alfombra.

—No me lo parece. ¿No estás cansada?

Samantha se incorporó mirando como se quitaba el jersey. Era realmente atractivo, delgado, ligeramente musculoso.

—Sí, pero no puedo dormir —le explicó—. Creo que han sido demasiadas emociones hoy.

Brad se giró extrañado desabrochándose el pantalón vaquero. Estaba preciosa incorporada sobre la cama, con su preciosa melena cayendo suelta.

—Supongo que sí. Creo que volveré a bajar a la cocina —le sonrió sincero—. No es fácil tenerte cerca y a la vez guardar la distancia.

Samantha salió de la cama en cuanto él abrió la puerta para salir. La camiseta blanca con la que dormía no le llegaba a las rodillas, pero dormir con la calefacción puesta se agradecía cuando se dormía con tan poca ropa.

—Bajo contigo.

Brad se detuvo extrañado y ella aprovechó para adelantarle mostrando sus bonitas piernas. Brad apretó los labios siguiéndola. Su entrepierna le recordó el motivo por el que había decidido escapar de la habitación. Creía que había dejado claro que trataba de evitarla.

Samantha entró en la cocina. Seguro que una infusión la relajaría un poco. Brad la siguió y contuvo la respiración al verla confundida sin saber qué armario abrir.

—¿Dónde guarda tu madre las infusiones?

Brad abrió el armario y sacó la caja donde su madre tenía las diferentes bolsitas. No se la dio, sino que la dejó sobre la encimera y de espaldas a ella echó agua en un cazo para calentarla. Samantha se le acercó para elegir cual tomar. Brad resopló al sentirla a su lado. Olía de maravilla. A algo floral.

—Samantha ¿tú me has oído al llegar a la habitación?

—Sí, claro, estaba despierta.

—Ya... ¿Tú me has oído cuando te decía que era incómodo verte despierta en la cama?

Samantha lo miró con la boca abierta.

—¿Te incomoda que esté aquí contigo? ¿Por qué? Creí que iba todo bien.

Dio un paso atrás alejándose de él. Fue consciente de su pecho desnudo. Realmente le hubiera apetecido tocarlo. Acariciarlo.

Brad la estaba mirando de arriba abajo con los labios apretados. Soltó el aire que había estado

conteniendo, pero le dio la espalda.

—Joder, Samantha...

Para no acercarse a él Samantha le tiró a su lado desde donde estaba la infusión que había elegido.

—Me la tomaré en la habitación o aquí si tú quieres subirte ya —le respondió molesta.

Brad lo notó por su tono de voz. Era demasiado esclavo de su trabajo como para empezar una relación y sabía que con Samantha no le bastaría una sola noche. Le atraía como nadie nunca lo había hecho, pero no podía prometerle atención completa como se merecía cuando dedicaba tantas horas a trabajar.

Metió el sobre de la infusión de valeriana en el agua caliente de la taza que había cogido.

Quizá Samantha no quería nada serio. Quizá se conformara con una noche o dos. Quizá él pudiera olvidarla tras esos escasos encuentros. Quizá merecía la pena comprobarlo.

Se giró con la taza en la mano. Estaba tan bonita con el cabello alborotado y suelto. Sus bonitos ojos verdes, su boca entreabierta, su gesto de ¿desaliento?

Samantha alargó el brazo para que le diera la infusión sin necesidad de acercarse a ella. Brad dejó la taza en la encimera donde él estaba apoyado, a su lado.

Ella le miró a los ojos sin comprender. Él le había dicho que no quería tenerla cerca y le dejaba la infusión a la altura de su cadera. Si la quería no le quedaba más remedio que acercarse a él.

Lo miró a los ojos sin comprender. Ella se sentía abatida y confundida. A él, sin embargo, le habían empezado a brillar los ojos.

Samantha miró la infusión y fue hacia ella sin prestarle atención a él. ¿Cómo se podía haber equivocado de esa manera? Ella estaba disfrutando tanto. No solo de la nueva posibilidad de trabajo, sino de estar allí, en familia, con él. Habían patinado de la mano. Creía haber sentido su complicidad, su respeto, quizá incluso ternura o cariño.

Cuando fue a coger la humeante taza él le cogió la muñeca. Samantha levantó la cabeza para mirarle. Lo tenía tan cerca. Tan guapo. Sin jersey.

—Sabes lo que estoy intentado evitar, ¿no?

—A mí —le respondió ella con una mueca de desolación.

Brad negó con la cabeza y la miró de arriba abajo excitado.

Samantha se sorprendió ¿La deseaba? ¿Era eso?

La conexión fue mutua. Fue salvaje. Él la sujetó con la mano por la nuca poniendo su boca a su total disposición. La otra mano le rodeó la cintura acercándola a él como un imán. Sus bocas se encontraron con ganas incontrolables de saciarse, de devorarse, de ser uno. Brad la subió sobre la encimera sin dejar de besarla. Samantha le pasó los brazos por el cuello. Con las piernas le rodeó la cintura. Las manos de Brad empezaron a acariciarla bajo la camiseta. Samantha gimió de placer. Deseaba más, lo deseaba todo. Brad se detuvo con la misma necesidad. Intentaron recuperar el aliento.

—¿Entiendes por qué trataba de evitarte?

Samantha asintió tratando de restablecer la normalidad en su respiración.

—Explícame que tendría de malo no evitarlo —le pidió en un susurro contra su boca.

Brad la bajó de la encimera sin separarla de su cuerpo. Le costaba horrores tener que alejarse de ella.

—No eres mujer para pasar el rato y yo trabajo demasiado como para comprometerme un poco más.

—No te he pedido ningún compromiso.

—Pero yo querría dártelo.

—¿De qué depende, entonces?

Brad le acarició la mejilla sin dejar de mirarla.

—Lo cierto es que no lo sé, pero no me gustaría estropearlo.

Samantha se encogió de hombros sin comprenderlo. Era decisión suya. La atracción era mutua y era evidente. Ella estaba dispuesta a mucho más. Él no. Suspiró y cogió la infusión sentándose en una silla a la mesa.

—Esto es genial —comentó con ironía—. Antes no me podía dormir pensando en mi trabajo. Ahora no podré dormir pensando en la oportunidad que vas a dejar pasar.

—Yo no he dicho eso —se sentó frente a ella.

—Yo creo que sí.

—El trabajo me absorbe demasiado —se justificó cogiéndole una mano.

—¿Y no puedes hacer que eso cambie?

Brad se quedó pensativo mirándola. Nunca había intentado cambiarlo. Su implicación en el trabajo se había llevado por delante sus últimas dos relaciones y le había hecho desistir de seguir intentándolo. No se había planteado disminuir su ritmo laboral por mantener una relación. Sonrió sintiéndose ridículo.

—Podemos intentarlo —le cogió una de las manos con las que ella rodaba la taza de la infusión.

—Intentar no es conseguir.

—Por algo se empieza —insistió Brad.

—No con esa mentalidad —le explicó Samantha disfrutando de su contacto—. Intentar es un compromiso a medias. Yo soy de hacer las cosas bien o no hacerlas. Intentar no está en mi diccionario.

Brad le besó la mano con cariño.

—Pues no lo intentemos —le dijo sintiendo una extraña sensación en su estómago—. Hagámoslo.

Samantha sonrió satisfecha.

—¿El amor? ¿Aquí en la cocina? —le guiñó el ojo divertida.

—No me tientes —le respondió levantándose para buscar en uno de los armarios de la cocina un plato con galletas—. Aquí están. No sé por qué se molesta en esconderlas si sabe que las voy a encontrar igual.

—Para que te esfuerces un poco más —le sonrió Samantha cogiendo una de ellas con forma de estrella—. No todo se consigue con facilidad.

Brad se echó hacia atrás en la silla mirándola. Cuando le propuso fingir que era su novia no supuso que la ficción se convertiría en realidad. En una realidad que le ilusionaba y le gustaba por partes iguales.

—¿Qué piensas? —le preguntó Samantha terminando su infusión y la galleta.

Brad sonrió negando con la cabeza.

—Creo que voy a darte tiempo para que subas a la habitación y te duermas. Si no, corres el riesgo de acabar lo que hemos empezado hace un momento.

—¿Sería un riesgo? Creía que iba a ser una garantía —le sonrió levantándose y dándole un beso suave en los labios.

Brad se llevó la mano al corazón.

—No me tientes. Eres la primera chica que traigo a dormir a casa de mis padres.

Samantha divertida, frunció el ceño yendo hacia la puerta.

—Vaya, yo quería ser la última.

Brad sonrió dejando lo que le quedaba de la galleta sobre la mesa y apagando la luz. La alcanzó en las escaleras y la siguió abrazándola por la cintura conforme entraban a oscuras en la habitación. Nada más cerrar la puerta sus manos la rodearon apretándola contra él, sus bocas se encontraron ansiosas.

Brad la empujó sobre la cama echándose sobre ella. Samantha le rodeo el cuello con los brazos sin dejar de besarle mientras las manos de él abandonaban su cintura y alcanzaban sus redondos pechos. Brad los acarició excitado moviéndose sobre ella. La cama chirrió por un segundo haciéndoles detenerse. Brad volvió a moverse sobre ella a modo de tentativa, y los muelles volvieron a sonar.

—Joder —se tumbó boca arriba—. Soy incapaz de hacer nada con este ruido. Mañana todos se estarían preguntando quien hizo lo que no debía.

Miró a Samantha avergonzado.

—Ya sé que soy mayorcito, pero para mis padres sigo siendo el niño que se come las galletas.

Samantha le miró con ternura y lo besó con suavidad.

—Mira el lado bueno. No vas a dormir en el suelo.

Se cubrieron con las mantas. Samantha buscó el calor de su pecho apoyando la mejilla en su hombro y pasando un brazo y una pierna sobre él.

—Quizá debería hacerlo de todas maneras —le comentó besándole la frente—. Me va a costar contenerme.

—Los muelles te harán cambiar de opinión si lo intentas.

Brad sonrió.

—Un claro ejemplo de que intentar no es conseguir, ¿no?

Samantha le sonrió mientras cerraba los ojos, presa del sueño y de una cálida sensación de seguridad.

Brad la volvió a besar en la frente mientras se dibujaba en su rostro una sonrisa similar a la de ella. La vida podía deparar bonitas sorpresas, o ¿sería esa la magia de la Navidad de la que todo el mundo solía hablar? Se durmió satisfecho y orgulloso de la decisión tomada.



—¿Cuáles son los planes para hoy? —preguntó Brendan entrando en la cocina mientras veía a las tres jóvenes desayunando en la mesa con su madre.

A April se le iluminó la cara al verlo entrar. Aún no se había acostumbrado tanto a él como para que no se alegrara de verlo cada vez que lo miraba.

—Esta tarde es el concurso de galletas —le explicó Johanna—. Así que podéis hacer lo que queráis por la mañana.

Brendan, asintiendo, se sirvió el café y fue a sentarse junto a April, dándole un suave beso en los labios antes de sentarse a su lado.

Samantha y Maddie los miraron con una sonrisa.

Brad entró poco después hablando de beisbol con Bryan. Bryan fue directo a la cafetera. Brad con una sonrisa de oreja a oreja besó sin pudor a Samantha haciendo sonreír a todos.



—Alguien ha dormido bien hoy —comentó Brendan acariciando la mano de April.

—Hubiera podido dormir mejor —rio Bryan; había escuchado que el ruido de los muelles había cesado casi nada más empezar.

Brad miró a sus hermanos con una mueca mientras cogía el café que le daba Bryan.

Johanna miró a sus hijos orgullosa. Eran muy buenos muchachos y parecían felices. Y sus novias también parecían encantadoras. Suspiró emocionada con una sonrisa radiante.

—¿Damos otro repaso al garaje? —preguntó James entrando seguido del abuelo.

—¿Otro? —le preguntó Johanna levantándose a preparar los cafés—. Por favor, despejadlo un poco. Si no, un día lo haré yo y donaré todo a la iglesia.

Los tres hermanos asintieron sin tomarse la amenaza en serio.

—Cuanto antes empecemos, antes terminaremos —dijo Bryan saliendo de la cocina decidido.

Brad y Brendan se miraron. No les apetecía nada separarse de las chicas. Bryan volvió a entrar al ver que iba solo y se fijó en sus hermanos remoloneando junto a sus «novias». Se fijó en Maddie que daba vueltas a su café distraída.

—Si ellos no van, yo tampoco —dijo por costumbre. Hizo un gesto para que Maddie se levantara y él se sentó en su silla, haciendo que ella se colocase sobre sus piernas.

Maddie lo miró agradecida por el gesto. Bryan le besó el hombro.

Johanna suspiró teatrera negando con la cabeza.

—Haced lo que queráis.

Samantha miró a Brad.

—Yo debería ponerme a trabajar.

Brad sonrió entrecerrando los ojos.

—¿Quién antepone ahora el trabajo al placer?

Samantha le sonrió con complicidad.

—Estoy levantando una empresa y Navidad es época de regalos —le explicó con una sonrisa—. Vete acostumbrando.

—Yo quiero una revancha al ajedrez —le dijo Maddie al abuelo mirándolo con cariño.

—No se hable más, jovencita, ahora mismo —le respondió con los ojos brillantes.

—¿Y tú? —le preguntó Brendan a April—. ¿Hacemos algo juntos?

April negó con la cabeza.

—No te vas a librar del garaje por mí —le dijo divertida—. Puedo pasar la mañana leyendo o con tu madre.

Bryan se levantó de la silla aprovechando que Maddie se había levantado para seguir al abuelo.

—Acabemos cuanto antes —les dijo decidido.

Brad y Brendan lo siguieron resignados seguidos de James.

—Son buenos chicos —les dijo con una sonrisa a las chicas—. Pero esta tarde no hagáis planes. Hoy es el concurso de galletas y espero traerme el trofeo a casa. Habrá que celebrarlo.

Las tres chicas asintieron dejándola sola en la cocina.



Poco después de comer, Brad recibió una llamada al móvil. Extrañado, salió del salón para atenderla. Poco después, con un semblante más serio y evitando miradas, volvió a entrar.

—Bryan, sal un momento —pidió directo a su hermano.

Bryan dejó de mirar la partida de ajedrez que estaban jugando Maddie y su abuelo. Siguió a su hermano hasta la cocina.

—Me ha llamado el padre de Maddie. Me ha pedido la posibilidad de ver a su hija en Nochebuena.

—¿Eso está permitido?

—Habría que solicitar permisos, y en este caso incluso contactar con la policía para averiguar dónde está Maddie, pero sabemos dónde está. ¿Qué opinas?

—Que lo decida ella —le respondió Bryan.

Brad asintió y volvió al salón mientras Bryan sacaba unas cervezas de la nevera.

—Maddie ¿puedes venir?

Todos levantaron la cabeza de lo que estaban haciendo extrañados.

Maddie asintió, dejando la partida de ajedrez por un momento y siguió a Brad hasta la cocina.

—¿Ocurre algo? —preguntó extrañada ante la mirada de los dos hermanos.

—Tu padre quiere verte mañana —le explicó Brad—. No tienes por qué ir. Con los trámites obligatorios podríamos retrasar la visita hasta dos días y siempre podrías negarte, pero al tenerte aquí, podemos hacerlo de manera más directa.

Maddie asintió inquieta. Era su padre. Estaba en la cárcel. Solo. A ella no le había faltado nunca de nada, por lo menos en el plano material. No había nada de malo en ir a verlo, pensó. Además, ir a la cárcel de visita supuso que era algo a lo que debía acostumbrarse.

—De acuerdo. Voy mañana.

—Vamos —le corrigió Bryan mirándola firme.

Maddie asintió. Realmente estaba bajo su custodia.

—De acuerdo —aceptó Brad—. Llamaré para conseguir los permisos e iremos por la mañana.

—¿Dónde iremos? —preguntó Samantha entrando a por la fuente de galletas que había sobre la mesa.

—A ningún sitio —respondieron los dos hermanos a la par.

—A la cárcel —le respondió Maddie a la vez que ellos.

Los dos hermanos la miraron y miraron a Samantha serios. No sabían si sabía o no la realidad de Maddie.

—Mi padre quiere verme —le explicó tranquila.

—Te acompaño —decidió Samantha—. Así incluso podemos hacer un viaje con tus cosas a mi piso... si no os importa —les dijo a los hermanos que las miraban sin comprender.

Samantha se colocó junto a Maddie.

—Es mi nueva compañera de piso —les explicó Samantha pasándole un brazo sobre los hombros, afectuosa—. Y si a ella le parece bien que la acompañe, lo haré.

Brad se encogió de hombros.

—Está bien, pido un permiso para ti también.

Samantha sonrió a Maddie antes de salir de la cocina y dejarlos solos.

Maddie escuchó a Brad tramitar los pases mientras Bryan la miraba intranquilo.

—¿Estás segura? —le preguntó sabiendo que podían excusarse para no ir diciendo que no sabían dónde estaba.

Maddie asintió.

—Es mi padre.

Bryan asintió serio. En parte la comprendía. Sí, era su padre, pero su codicia la había dejado en la calle.

—¿Va todo bien, chicos? —preguntó Johanna entrando en la cocina mientras Brad salía al verla entrar—. Habrá que prepararse para ir al concurso de galletas.

—Estás nerviosa —le dijo Bryan divertido.

—Este año tengo posibilidades de ganar —le sonrió mientras Maddie asentía con la cabeza y una gran sonrisa.

—Pues vayamos a arreglarnos —sugirió Maddie antes de salir de la cocina.



Johanna estaba nerviosa y emocionada junto a las demás participantes del concurso de galletas. En total eran diez mujeres las que habían expuesto su repostería casera en la carpa que había dentro de la feria de artesanía.

Estaban rodeados de luces y guirnaldas navideñas, de personas sonrientes y de galletas que olían de maravilla. Los villancicos clásicos se escuchaban por los altavoces.

James miraba orgulloso a su esposa. Sabía que disfrutaba de ese momento sin importarle el resultado, y que no se desanimaba pese a no haber ganado ninguno de los años anteriores.

Uno de los miembros del jurado se levantó después de unos largos minutos de consideración y cogió el micrófono para agradecer la asistencia y la participación.

Cuando anunciaron que el segundo puesto era para la pelirroja Lucy Driscoll, Johanna abrió los ojos como platos mirando sorprendida a su familia. Sabía, sentía, que la ganadora era iba a ser ella. Sus divinas y perfectamente decoradas galletas de jengibre y canela le habían dado el premio.

Todos rompieron a aplaudir entre sonrisas cuanto la nombraron y Johanna muy emocionada salió a coger premio saludándoles desde el escenario. Con su trofeo en forma de gorro de cocina en las manos se sentía pletórica, satisfecha, orgullosa, feliz.

Todos la recibieron en un caluroso abrazo cuando se acercó emocionada a ellos.

—Lo he conseguido —les dijo—. Gracias a vosotras.

Las tres chicas le sonrieron agradecidas.

—Tus galletas están buenísimas —le reconoció Samantha.

—Pero sin vosotras no lo hubiera conseguido —le respondió radiante mientras veían subir al escenario un coro de personas que empezaban a cantar villancicos.

—Están siendo unas navidades perfectas —le susurró cariñosa Johanna a James.

Terminaron la tarde dando un paseo por la feria, cogidos de las manos por parejas.

Después de la cena los tres hermanos volvieron a reunirse en la cocina frente al trofeo que engalanaba la mesa junto a un plato de las galletas ganadoras.

—Hay que reconocer que este año están mejor decoradas —comentó Bryan cogiendo una de ellas, antes de morderla.

—Nuestras chicas, que tiene mucho estilo —sonrió Brendan cogiendo otra—. Quién nos lo iba a decir... Tú también estás con Samantha ¿no?

Brad asintió dando un mordisco a su galleta y miró a Bryan.

—A mí no me miréis —les dijo—. Maddie está en un momento complicado. No quiero ponérselo más difícil.

—No tienes por qué —le respondió Brad.

—Estás hablando de Bryan —le recordó Brendan.

Bryan le hizo una mueca.

—No tenemos nada en común... además no sé cómo tratarla...

—Bueno, ten cuidado. En dos días volvemos a casa. El abuelo está feliz y nosotros hemos tenido una suerte increíble —les resumió Brad—. Por cierto, ¿tenéis ya los regalos de Navidad?

Brendan y Bryan lo miraron extrañados.

—¿No te encargabas tú? —le preguntó Brendan—. Siempre te encargas tú.

—A mamá y papá sí. Les cogí entradas para un fin de semana en un Hotel con spa todo incluido, y al abuelo una radio nueva que me dijo mamá que la que tiene se le ha estropeado, hablo de vuestras chicas.

—Joder —exclamó Bryan—. ¿Eso se te ha ocurrido ahora? Nos queda un día.

—Tampoco lo hubieras comprado antes —le sonrió Brendan—. Mañana me acercaré a la librería con April. Seguro que encuentro algo.



Maddie fingió estar dormida cuando Bryan entró en la habitación a oscuras. No podía conciliar el sueño y no estaba segura del humor con el que estaría Bryan. Tan pronto le parecía el hombre perfecto para refugiarse entre sus brazos y romper a llorar, como que le apetecía darle una bofetada por su prepotencia y marcharse bien lejos.

Oyó cómo se desnudaba. Sintió la tentación de mirarlo. Era irritante, sí, pero también muy atractivo. Contuvo sus ganas aguantando la respiración.

—¿Qué te hace pensar que no sé que estás despierta?

Maddie soltó el aire que retenía y se giró para mirarle. Estaba descalzo, sin camiseta, con el pantalón vaquero desabrochado. Su pecho musculoso con muy poco vello parecía una invitación para apoyarse en él y sus marcados abdominales eran una tentación a la que decidió resistirse.

—No puedo dormir —le explicó incorporándose.

—¿Estás nerviosa por ver mañana a tu padre?

Maddie asintió sintiéndose más sensible y vulnerable de lo que pretendía. Parecía que algunos de sus problemas se habían resuelto con el apoyo de Samantha, pero todavía era demasiado reciente el saber que su padre pasaría una larga temporada en la cárcel y la había dejado sola.

Bryan se sentó a su lado. Estaba preciosa con el cabello revuelto y su sexy camisón mostrando sus hombros.

—Lo cierto es que no sé qué decirte —le confesó Bryan luchando contra sus ganas de abrazarla—. No estás sola. Todo va a ir bien.

Maddie se dejó caer abatida.

—Supongo que la vida sigue y ya está, pero realmente no me gusta esta sensación. Sé que con Samantha estaré bien, que todo será diferente a lo que conocía y que, diferente, no significa que sea malo, pero siento una especie de opresión en el pecho.

Bryan asintió incómodo. ¿Qué se hacía en esos momentos? Nunca le había gustado que alguien le contara sus problemas. Él no sabía qué hacer. Siempre se había largado en esas situaciones. Brad hubiera intentado arreglarlo. Brendan la hubiera abrazado, pero él siempre se iba cuando las emociones salían a escena.

—¿Puedo hacer algo?

Maddie lo miró insegura.

—¿Podrías abrazarme?

Bryan contuvo el aire tumbándose sobre la cama y rodeándola con sus brazos. Olía tan bien, tenía la piel tan suave que su cuerpo reaccionó ante ella. Soltó el aire suavemente haciendo acopio de todas sus fuerzas para no besarla y entregarse a ella tal y como todo su cuerpo parecía pedir a gritos.

Maddie notó que estaba tenso y se separó de él, dolida.

—Disculpa —le dijo—. Sé que bastante tengo con que me hayas traído a tu casa. Debería agradecértelo y no pedirte algo más.

Bryan resopló.

—No digas tonterías, Maddie. Esto es trabajo.

Maddie sintió como si le arrojara un jarro de agua fría y le dio la espalda. Sentía un nudo en la garganta. ¿Cuánto hacía que nadie la abrazaba para darle apoyo? ¿Por qué sentía que debía mendigar el cariño? Quizá porque era lo que toda su vida había hecho y era la única manera de conseguirlo. Lágrimas silenciosas comenzaron a rodar por sus mejillas.

Bryan notó que algo había estropeado ¿Qué le había dicho? ¿Qué era trabajo? Era verdad. Resopló con ganas de levantarse. Estuvo a punto de hacerlo y salir de la habitación. No se le daban bien las mujeres con problemas. Las prefería sin ellos y que solo buscaran un rato de placer, o dos. Se giró hacia ella incómodo. No quería verla así. Le dolía verla así. Sola. Triste. Vulnerable.

La abrazó por la espalda. Maddie fue incapaz de moverse.

—Escucha —le susurró—, cuando me dijeron que tendría que vigilarte estos días, no esperaba... —suspiró—... no esperaba que fueras como eres. Creí que serías una niña mimada y malcriada. No me apetecía ser tu niñera.

Maddie lo escuchaba en silencio. ¿De verdad estaba intentando arreglarlo?

—No esperaba una mujer inteligente —la besó en el hombro—, cariñosa, divertida, atenta. No esperaba que fueras tan sexy, que me atrajeraras tanto, que me gustara tanto mirarte. Creo que es evidente que me atraes, Maddie, pero nunca he dado un paso más con nadie. Te aseguro que no sé cómo hacer las cosas. Me cuesta horrores abrazarte en la cama y no desnudarte, hacerte mía una y otra vez.

Maddie estaba conteniendo la respiración.

—Y lo peor es que no solo quiero sexo contigo, que también. Es que creo que quiero más, que lo quiero todo, pero no sé cómo hacerlo. No sé ni cómo decírtelo sin estropearlo.

Maddie se giró para mirarlo a los ojos. Entre sombras. Él todavía la estaba abrazando. Parecía sincero.

—¿Qué es lo que me quieres decir?

—Que acostarme contigo una vez no va a saciar las ganas que tengo de ti. Que cuando esto acabe me gustaría seguir viéndote. Que sé que tu vida es diferente a la mía y no sé si tenemos algo en común. Que probablemente meteré la pata cientos de veces y te haré daño sin querer, pero que me gustaría tener una relación contigo si tú quieres.

—¿Lo dices de verdad?

—Me conoces lo suficiente para saber que no hablo por hablar o que nunca intento hacer las cosas por quedar bien. Pero no quiero que me digas que sí por agradecimiento o porque creas que no puedes encontrar otra opción mejor.

Le acarició el cabello con suavidad.

—Eres tan bonita, tan dulce, tan fuerte a la vez —le susurró—. Yo no sé qué haría en tu situación. Habría destrozado la casa, habría partido la cara a los socios de mi padre o incluso a él, y tú estás aquí, con unos extraños, jugando al ajedrez con mi abuelo, ayudando a mi madre a hacer galletas, ayudando a Samantha a empezar un negocio.... Eres demasiado buena para mí.

Maddie sintió que las lágrimas volvían a correr por sus mejillas. Estaba sola. Siempre lo había estado. Nunca había sido lo suficientemente buena para recibir cariño que era lo único que había querido. Intentó hablar, pero las palabras no acudían a su boca.

Bryan la abrazó con fuerza.

—Por favor, Maddie. Déjame que te quiera, déjame que te cuide —le susurró—, déjame que te siga viendo cuando todo esto termine.

Maddie asintió sollozando. Era lo que más quería.

Bryan le besó la cabeza con cariño. Nunca se había sentido tan responsable de alguien como en ese momento. Querría borrarle de un plumazo el dolor que sentía. Nadie se le había entregado como Maddie lo estaba haciendo. Sin nada y con todo. Se prometió a si mismo que haría todo lo posible por no hacerle daño, por hacerla sonreír, por amarla todos y cada uno de los días de su vida... ¿Amarla? ¿Había pensado en amarla? ¿Sin ni siquiera haberse acostado con ella? Joder... ¿cómo había ocurrido? Volvió a besarle en la cabeza, y lo hizo varias veces más durante la noche que compartieron sin dejar de abrazarse.



A la mañana siguiente las tres chicas estaban recordando y recreando con Johanna el concurso de galletas mientras desayunaban cuando Brad entró en la cocina.

Besó a Samantha sin disimulo y cogió una galleta antes que el café que le tendía su madre.

Brendan entró poco después dando un beso a su madre antes de sentarse junto a April y besarla con cariño.

Johanna le preparó el café mientras seguía orgullosa hablando sobre los nervios que había sentido cuando iban a anunciar a la ganadora.

Bryan entró en la cocina buscando a Maddie con la mirada. Tenía los ojos ligeramente hinchados. No la había oído levantarse. Fue hacia ella y le besó los labios sin querer separarse de ellos. Quería estar seguro de que ella le daba la oportunidad de conocerse, de ser pareja. No quería pensar que habría cambiado de opinión al despertarse y ver quizá las cosas más claras.

Maddie le devolvió el beso, insegura. Esperaba que las palabras de la noche anterior no hubieran sido solo un intento de consolarla.

Todos los miraron en silencio sorprendidos. Brad y Brendan se miraron entre ellos con una sonrisa. Bryan también se había enamorado de su «novia».

Bryan notó el silencio que se había hecho y dejó de besarla mirándole a los ojos y cogiéndola por la mano.

—¿Dónde está mi café?

Johanna se lo dio con una sonrisa. Le daba la impresión de que se había perdido algo. Quizá Bryan y Maddie habían discutido la noche anterior y ahora se estaban reconciliando. Aunque también podía deberse a la confianza que notaba que estaba creciendo entre las parejas en general. Le habían parecido más distante entre sí cuando habían llegado hacía unos días, y ahora estaban cogiéndose de las manos en cualquier momento, dándose besos y mirándose enamorados. Como madre no podía pedir nada más.

—Tenemos que volver unas horas a la ciudad, mamá —le explicó Brad—. Una urgencia de trabajo. Supongo que vendremos después de comer.

Johanna asintió ligeramente confundida. Eran días de Navidad, esa noche era Nochebuena y que el cliente de Brad no pudiera esperar a pasar las fiestas para hablar con él no le había parecido apropiado. Su hijo debería aprender a poner límites, pensó. Además, si era trabajo, no sabía por qué Samantha lo acompañaba. Y lo mismo había pasado con Bryan. Que el jefe le llamara para una reunión no justificaba que se llevara a Maddie.



Maddie esperaba intranquila y nerviosa junto a sus acompañantes en una sala enorme, fría y de color beige.

Había varias mesas y sillas distribuidas por ella y dos puertas metálicas en azul oscuro. Una, por la que habían entrado ellos junto con otras personas que iban de visita; la otra, por la que esperaban que salieran los presos en cualquier momento.

La puerta se abrió y dos policías entraron por delante de media docena de presos vestidos con uniforme gris. Otros dos policías cerraban la entrada.

Maddie siguió a Brad cuando vio que su padre iba hacia ellos. Lucía más delgado que de costumbre, y toda la prepotencia y el orgullo con el que lo recordaba parecía que habían desaparecido. Solo aparentaba ser un hombre normal, ligeramente demacrado, pasando una mala racha.

—Señor Anderson —saludó a Brad—. Muchas gracias por haber encontrado a Maddie y traerla un día como hoy.

Brad asintió acompañándolos a una mesa. Bart Johnson miró a su hija ligeramente avergonzado. Maddie no sabía cómo reaccionar ante él. Nunca habían sido muy efusivos ni se habían mostrado los sentimientos.

—Los dejaré solos —les dijo—. Tienen solo cuarenta y cinco minutos. Si necesitáis algo estaré al fondo.

Bart se pasó una mano por la cabeza, ligeramente agobiado, siguiéndole con la mirada mientras se sentaban.

—¿Quiénes son los otros dos?

—Bryan es el policía que me está custodiando y Samantha es mi compañera de piso —le explicó sin manifestar ninguna emoción.

—¿Compañera de piso?

—Sí.

Bart bajó la vista ligeramente avergonzado.

—Siento que te veas en esta situación —se disculpó—. No tenía que haber pasado.

—Más tarde o más temprano te hubieran pillado, papá. Directamente, no debiste hacerlo —le recriminó con frialdad.

—No te importaba lo que hacía mientras cubriera tus gastos.

—No sabía lo que hacías. Creía que trabajabas como casi todo el mundo —le dijo seria sintiéndose atacada—. Pero no creo que me hayas llamado para recriminarme mi comportamiento. No después de que te estén juzgando por el tuyo.

Maddie se sentía indignada e impotente. Nunca se había considerado una mujer rencorosa, pero parecía que sí que podía serlo.

—No. Tienes razón. Disculpa —le dijo apretando los labios—. Creo que fue un momento de debilidad. La Navidad y esas cosas.

—Nunca la hemos celebrado.

—No digas eso. Nos íbamos a esquiar con mis socios... Sé que O'Hara se ha largado —se refirió al que creía que era su novio—. No esperaba esa cobardía por su parte, pero también se hallaba implicado así que comprendo su huida.

Maddie lo miró sin reaccionar.

—¿También estaba implicado?

Bart asintió.

—Es fácil sucumbir ante el dinero fácil.

Maddie se encogió de hombros.

—No lo sé, papá —se sinceró—. Solo sé que mi vida ha cambiado.

—Búscate un marido rico. Te hemos educado para ello.

Maddie le sonrió triste.

—¿Quién más ha venido a verte, papá? ¿No te has dado cuenta de que tus «amigos» te han dado la espalda? A mí también. Agradezco la «educación» que me diste. Solo tengo que adaptarla a mi nueva vida.

—Pero no estás sola—le dijo mirando hacia sus acompañantes.

—Papá, uno es tu abogado, el otro es un policía y a Samantha la acabo de conocer. Muy acompañada no estoy —sentía rabia ante la indiferencia que estaba mostrando su padre.

Bart le miró serio.

—Supongo que estoy tratando de disculparme.

—Perdona —le pidió Maddie—. Parece que estoy a la defensiva.

—Escucha... —bajó la voz—. Cuando vayas a casa ve a mi despacho. En la pared detrás del escritorio hay un enchufe, sácalo...

—¿Qué saque un enchufe?

—¡¡Shhh!! Es una caja fuerte. Ahí tienes dinero para pasar una temporada.

—Brad me avisó y pude retirar dinero de mis cuentas personales antes de que me las bloquearan.

—Vende lo que quieras de la casa antes de que la embarguen. Podrás sacar dinero extra.

Maddie se encogió de hombros.

—Me da por pensar que nada de eso es mío, o que todo es fruto de la codicia o la ambición, papá... Brad me dijo que todo se vendería para pagar tus deudas. Creo que prefiero eso y empezar de cero.

Bart le miró serio. Su hija parecía inflexible, pero qué iba a decir si él tenía normalmente la misma actitud. Se pasó la mano por su rostro, agobiado y desmoralizado.



—Nunca fue mi intención hacerte esto—reconoció humillado.

Maddie le miró apenada perdiendo parte de la rabia que sentía.

—Lo sé, papá, perdona.

—Me alegro de que tengas planes para tu nueva vida... y te veo bien —le comentó triste.

—No me queda otro remedio —le respondió con una media sonrisa—. ¿Tú qué tal estás?

—Prefiero no hablar de ello. Siento que pases la Navidad sola.

—No la pasaré sola —señaló con la cabeza a sus acompañantes.

—Ah, sí... Samantha dijiste, ¿no?

Maddie asintió. No era necesario entrar en más explicaciones.

—Parece buena chica.

—Sí. Creo que lo es —reconoció Maddie.

Bryan los miraba de vez en cuando apoyado en la pared. Tan pronto parecía que se recriminaban cosas como que se relajaba la conversación entre padre e hija.

—No me gustaría estar en su lugar —comentó Samantha.

—¿En cuál? —le preguntó Bryan distraído.

—En ninguno de los dos —reconoció Samantha—. Como padre tiene que ser muy duro dejar a tu hija a su suerte sin ningún tipo de respaldo. Y como hija, tiene que ser horrible sentirte totalmente sola... —se calló pensativa, divagando sobre su propia situación—. Yo, por lo menos siempre he tenido a mi prima....

Los dos jóvenes la miraron asintiendo y volvieron a mirar hacia la mesa que Maddie ocupaba con su padre.

Poco antes de que pasaran los cuarenta y cinco minutos, Bart y Maddie fueron hacia ellos. Brad se adelantó a los demás.

—¿Todo bien?

Bart asintió sonriendo a Samantha.

—Mi hija me ha dicho que vais a vivir y a trabajar juntas —le dijo tendiéndole la mano.

Samantha asintió aceptando el saludo.

—Sí. Estaremos bien.

Bart asintió y le tendió la mano a Bryan.

—Gracias por cuidarla.

Bryan le aceptó la mano mirando a Maddie. No estaba seguro de a qué se refería. Si como policía y era parte de su trabajo, o como pareja, sabiendo que formaría parte de su vida.

El silencio que les rodeó fue tenso hasta que en segundos los policías les informaron de que debían despedirse con rapidez.

—Bueno, hija, te desearía feliz navidad, pero lo cierto es que no sé si va a serlo.

—Será lo más feliz que se pueda en estas circunstancias. No te preocupes por mí. Yo estaré bien —le aseguró notando que Brad, Samantha y Bryan se acercaban a su espalda dándole su apoyo.

Bart notó el gesto y asintió ligeramente emocionado. Sabía que no había estado con su hija como hubiera debido estarlo, que solo había estado pendiente de su trabajo, y su ambición le había llevado hasta donde se merecía estar.

—Perdóname, Maddie. Te pareces tanto a tu madre... la perdí tan pronto... que verte me dolía...

Maddie sintió que las lágrimas se agolpaban a sus ojos. Asintió sin poder hablar.

—Cuidadla chicos, por favor.

Todos asintieron. Bart les dio la espalda para salir por la puerta.

Bryan le siguió.

—Señor Johnson...

Bart se giró.

—Maddie no estará sola —le tendió la mano.

—Lo suponía por la forma en la que la mirabas, muchacho —le respondió agradecido aceptando su mano.

Lo vieron salir por la puerta. El sonido metálico les hizo soltar el aire y la tensión que estaban reteniendo. Los cuatro se miraron entre sí.

—Vamos —les dijo Samantha pasando un brazo por encima de los hombros de Maddie—. Hay mucho que hacer antes de volver a casa.



Maddie estuvo todo el camino en silencio hasta que llegaron a la mansión en la que vivía.

Abrió la puerta bastante triste. No sabía si sería la última vez que entrara en aquella hermosa casa que había sido su hogar desde que volviera del internado al que su padre le había enviado nada más fallecer su madre. Suspiró. Ahora ya sabía el motivo por el que su padre evitaba verla. Le recordaba a ella. Como hija no había sido fácil aceptar su muerte y menos en soledad, pero supuso que como marido tampoco habría sido sencillo.

—Podéis... —se encogió de hombros señalando a su alrededor—... Podéis... no sé... haced lo que queráis.

Bryan la cogió por los hombros.

—Eh... Mirame.

A Maddie le costó mirarle a los ojos, pero él no estaba dispuesto a soltarla.

—Vamos, coge tus cosas y llevémoslas a casa de Samantha. Tu vida comienza de nuevo ¿De acuerdo? Todo lo que dejas aquí son solo cosas materiales.

Maddie asintió con un suspiro, recordando que debía ir al despacho.

Bryan la siguió. Maddie le cortó el paso.

—Necesito estar un momento a solas —le pidió triste.

Bryan asintió incómodo. No le gustaba verla tan vulnerable. Asintió impotente mientras la veía entrar a una habitación y cerrar la puerta.

Samantha estaba recorriendo la casa entre curiosa y sorprendida. La cocina era enorme y elegante y tenía acceso a un jardín trasero. El salón parecía pertenecer a una exposición de lujo.

—No parece que nadie viva aquí—le comentó a Brad que iba tras ella—. Es todo tan elegante, tan serio, tan formal, tan frío...

Maddie había abierto la caja fuerte escondida tras el falso enchufe y había empezado a sacar fajos de billetes. ¿De dónde habría sacado su padre ese dinero? ¿También lo habría ganado de forma fraudulenta?

Por una parte, pensaba que ese dinero no le correspondía. Por la otra, le aliviaba bastante pensar que le podría ayudar a comenzar una nueva vida. Algún negocio honrado tendría su padre, pensó. Llevaba muchos años en el mundo de los negocios. No todo lo habría hecho mal desde el principio... Prefirió no seguir pensando. Quería irse de allí cuanto antes.

Lo dejó todo allí y decidió subir a su dormitorio para coger una mochila donde guardar el dinero.

Salió del despacho y vio a Bryan apoyado en la pared esperándola.

—¿Estás mejor?

Maddie se encogió de hombros.

—Voy a mi dormitorio.

Bryan asintió quedándose allí mientras Brad iba hacia él y Samantha se unía a Maddie en las escaleras.

—¿Te ayudo a preparar las maletas?

—Sí, por favor—le dijo Maddie distraída—. Mete todo. Todo lo que puedas.

Entraron en una bonita y elegante habitación en tonos dorados, muy pulcra y ordenada.

—Eh... ¿esta es tu habitación?

Maddie asintió sacando unas maletas y diferentes mochilas de un enorme armario empotrado.

—Quizá deberías irte mentalizando que tu nuevo dormitorio será la mitad que este o incluso menos...

—Te aseguro que me vale —puso una de las maletas sobre la cama.

—Y la casa no estará tan ordenada...

—No estoy para andar con remilgos —le respondió encogiéndose de hombros—. Todo me vendrá bien, de verdad. Mete todo lo que puedas en estas maletas, yo tengo que bajar un momento —cogió una mochila vacía de Minnie Mouse en blanco y negro.

Samantha asintió mirando maravillada el extraordinario armario que tenía Maddie. Decidió no detenerse a admirar la ropa de tan alta calidad con la que solía vestir y guardarlo todo en las maletas que le había sacado.

—Aún puedes volver si necesitas algo —le avisó Brad poco después cargando dos de las maletas que había preparado conforme salían de la casa—. Calculo que tendrás unos cinco días hasta que la embarguen oficialmente.

Maddie asintió con la cabeza, suspirando.

—Supongo que debo acostumbrarme a mi nueva vida cuanto antes —comentó—. Lo de trabajar lo tengo claro, pero ¿qué se hace el fin de semana?

—El sábado por la mañana hacemos limpieza —le explicó Samantha cargando con dos mochilas—. Y la compra si nos da tiempo, también. El domingo nos levantamos tarde y después de comer...

Brad y Bryan carraspearon escuchándola. Samantha los miró sorprendida.

—El domingo toca ver una peli en el sofá —le explicó Bryan a Maddie—. Ellos que hagan lo que quieran.

Brad hizo una mueca a su hermano y le guiñó un ojo a Samantha. Se le ocurrían bastantes cosas que hacer con ella un domingo por la tarde.



Subieron todos con el equipaje al piso de Samantha. Era un piso amplio, muy luminoso y con pocos, pero bonitos y estilosos muebles.

La habitación que Maddie iba a utilizar era bastante más pequeña que lo que había tenido en su casa, pero lo agradeció igualmente.

Los dos hermanos salieron del dormitorio en cuanto dejaron las maletas.

—Quizá podría traer la cómoda de cajones que tenía en mi habitación —le sugirió a Samantha.

—Por supuesto —le dijo ella saliendo un momento y dejándola sola—. Chicos, no estoy segura de que haya cervezas en la nevera—les comentó a los dos hermanos mientras cruzaba el pasillo—, pero sentíos como en vuestra casa.

Maddie suspiró sacando la ropa de la maleta y metiéndola en el armario con rapidez. Prefería no pensar en nada. Era un nuevo comienzo, se recordó.

—Toma —le dijo Samantha dándole un llavero en forma de gato con las llaves de la casa—. Quiero que sepas que me encanta tenerte como compañera de piso además de como socia. Sé que no nos conocemos mucho, pero también sé que nos irá bien.

Maddie le sonrió cogiendo las llaves.

—Me gustaría tener tanta confianza como tú.

—Es cuestión de práctica —le sonrió—. ¿Quieres que te ayude?

—Solo será un momento —le respondió Maddie—. Voy a guardarlo todo y cuando volvamos lo ordenaré mejor.

Samantha asintió dejándola sola y yendo a su dormitorio. Abrió uno de los cajones donde tenía abalorios, piedras y pequeñas facetadas que añadir a sus diseños. Sonrió satisfecha. Parecía que era una realidad el poder crear su negocio. Tendría que reponer algo de material, pero con el dinero que ya había ganado podría hacerlo sin mermar su economía. Cerró el cajón y volvió con Brad y Bryan al salón donde esperaban a Maddie. En pocos días habían cambiado demasiadas cosas, y eso le hacía sentirse viva.



April estaba con Johanna en la cocina terminando de preparar la cena cuando los demás llegaron. Salió y fue al encuentro de Maddie en el pasillo.

—¿Estás bien?

Maddie se encogió de hombros con un sentimiento agrisado. Agrisado porque su padre estaba donde estaba, por todo lo que había perdido y que se había dado cuenta de que era superfluo; y dulce por las expectativas que se le presentaban, por sus nuevas amigas y por su posible relación con Bryan.

Samantha se había acercado a ellas.

—Vamos, chicas, creo que hay una estupenda cena que ayudar a preparar. Mañana podemos cenar juntas en casa, en nuestra casa —miró a Maddie— y allí podemos hablar. Podemos pedir una pizza.

April y Maddie sonrieron asintiendo.

Samantha y Maddie fueron a lavarse las manos para ayudar a Johanna en la cocina.

—Brad, deja de probarlo todo que luego no tendréis hambre —regañaba con cariño a sus hijos mayores que se habían armado con tenedores y estaban probando todas las elaboraciones que había diseminadas por la cocina.

—Cada año te superas —le dijo Brad abrazando a su madre por la espalda mientras veía a Samantha entrar en la cocina.

La cena de Nochebuena transcurrió animada, cordial y distendida. La armonía reinaba, el cariño era latente y las sonrisas contagiosas.

—Bueno, chicos, aunque os vayáis todos mañana, espero que podamos volver a juntarnos todos antes de Pascua —les comentó Johanna antes de empezar a quitar la mesa.

Todos se miraron entre sí. Las cosas habían cambiado mucho desde que habían entrado por la puerta cuatro días antes.

—Ya lo iremos hablando, mamá —le comentó Brendan con una sonrisa complaciente.

Después de unos cuantos villancicos, un ponche junto al árbol, sonrisas y conversaciones que no tenían prisa por terminar, todos se fueron a la cama sonrientes.



Recién amanecía cuando Brad dejó de besar a Samantha. Le costaba mantener las manos apartadas de su cuerpo suave y dispuesto para él.

—Esta noche tú eliges si en tu casa o en la mía, pero vete haciendo a la idea de que no pienso dejarte dormir.

Samantha le sonrió besándole el cuello.

—Habíamos pensado pedir una pizza en casa con las chicas. Es la primera noche de Maddie.

—Pues entonces nos iremos a mi casa después de comer y te acercaré a la tuya para que cenéis pizza —decidió—. Estoy deseando... ¿huelen el chocolate?

—¿Qué?

Brad la besó con suavidad en su hombro desnudo y se levantó para empezar a vestirse.

—Ya huele a chocolate caliente. El árbol está lleno de regalos. Las magdalenas que ha hecho mi madre me están llamando a gritos y tú estás reteniéndome en la cama...

—Sí, claro, en contra de tu voluntad —le sonrió Samantha vistiéndose con rapidez.

—No me provoques —le sonrió abrazándola antes de salir con ella por la puerta.



Bryan se incorporó de golpe en la cama despertando a Maddie. Le besó el hombro y empezó a vestirse con agilidad.

—¿Dónde vas tan pronto y con tanta energía antes del primer café? —murmuró ella mirando la hora del reloj que había dejado sobre la mesilla—. No son ni las nueve.

—Es Navidad, Maddie ¿No tienes ganas de ver los regalos?

Maddie se incorporó con el ceño fruncido. No comprendía a la gente que irradiaba energía

nada más levantarse, antes de que la cafeína empezara a correr por sus venas.

—Ya somos mayorcitos para eso ¿no?

Bryan con una mueca se llevó la mano al corazón como si le hubiera dolido.

—Nunca se es lo suficientemente mayor para los regalos de Santa. Vístete rápido o Brad se comerá todas las magdalenas de chocolate y te aseguro que querrás matarlo por ello.

Maddie se vistió con toda la rapidez que pudo sin la carga de cafeína que la devolvía a la vida y lo siguió escaleras abajo.



Brendan abrió los ojos, somnoliento. April aún dormía entre sus brazos. La besó en la cabeza, agradecido por tenerla cerca.

—Feliz Navidad.

April se giró adormilada con una sonrisa.

—¿Es hora de levantarse?

Los días anteriores ella se había despertado la primera y había bajado a la cocina sin dilación, pero sabiendo que era la última noche allí, y estando entre sus brazos, le costaba salir de la cama.

—Es Navidad ¿No recuerdas cuando eras niña y te morías por ver los regalos que había dejado Santa bajo el árbol?

April lo miró con cariño.

—No después de los siete años, cuando tuve que reconocer que las cartas con mis deseos no las leía nunca. Me cansé de recibir partituras de piano, ropa y juguetes interactivos que rara vez entendía... Yo solo quería un muñeco Cascanueces... año tras año...

Brendan la besó con cariño.

—Pues aquí nos levantamos enseguida, bajamos corriendo y abrimos los regalos antes de desayunar—le explicó sonriente—. Si no, corres el riesgo de quedarte sin las magdalenas de mi madre porque Brad se las come, o sin algún regalo porque Bryan te lo quita.

Brendan todavía recordaba el camión de bomberos que Bryan había intentado quitarle cuando solo tenía cinco años.

—Habrá que levantarse entonces —le sonrió April besándolo antes de salir de la cama y empezar a vestirse.



El salón olía a chocolate caliente. El árbol estaba rodeado de coloridos paquetes de regalos. El abuelo ya estaba sentado en el sofá frente a James y Johanna los saludaba con una sonrisa emocionada conforme entraban al salón.

—Vaya, alguien se ha portado bien este año —dijo Bryan acercándose a su abuelo tirando de Maddie.

Se sentaron a su lado mientras Brad y Samantha acercaban unas sillas hacia ellos.

—O sois muchos— les dijo James sonriendo, incorporándose hacia adelante—. Algo de lo que me alegro.

Brendan y April se acomodaron en la alfombra junto a los regalos.

—Empezad por estos —les dijo Johanna sentándose junto a su marido dándoles unos paquetes alargados, cada uno con su nombre.

Los tres hermanos la miraron con cariño. Ellos sabían lo que había dentro y lo esperaban todos los años, pero las chicas habían recibido los paquetes asombradas.

—¿Las has hecho tú? —preguntó boquiabierta Samantha pasándose la bonita y suave bufanda verde por su mejilla.

Johanna asintió orgullosa mientras las tres se acercaban para abrazarla, emocionadas. Los chicos con sus bufandas oscuras también se lo agradecieron con un abrazo.

—No sé cómo podéis hacer cosas tan bonitas con las manos —comentó Maddie poniéndose su bufanda en color crema.

—¿Cuándo las has hecho? —le preguntó April feliz con su bufanda en color granate—. Entre galletas y atendernos a todos no sé cómo has podido.

Johanna se limpió las lágrimas de emoción que habían empezado a brotar.

—Vamos a juego —le dijo Brendan que su bufanda era negra con finas líneas en color granate.

Brad y Bryan sonrieron ante el detalle, mientras James les daba otro paquete a cada uno de sus hijos.

Ellos sonrieron. También sabían lo que era. Todos los años recibían lo mismo, con el mismo cariño, pero era algo que necesitaban y esperaban para sustituir el del año anterior.

Brad y Brendan abrieron sus elegantes maletines de piel para ir al trabajo y Bryan su casco para la moto que solía utilizar para desplazarse por Nueva York.

—Mis padres se las apañan para venir siempre al trabajo con nosotros —le sonrió Brad a Samantha, agradecido por el regalo.

—Pues me parece una muy buena idea —les dijo ella acercándose a coger los paquetes pequeños perfectamente envueltos que había dejado la noche anterior—. Me toca a mí. Es solo un detalle.

Les dio uno a Johanna del mismo color que a April y Maddie y otro a James y al abuelo, que lo cogieron sorprendidos.

Johanna se llevó una mano al corazón cuando vio un broche precioso con una piedra rosada.

—Es cuarzo rosa —le explicó ella—. Puedes ponértelo en el abrigo.

—Es precioso —le respondió Johanna mientras James y el abuelo mostraban orgullosos sus originales gemelos engarzados con piedras oscuras.

—Me encantan —le dijeron April y Maddie mostrando sus pendientes de diferentes colores y formas.

—De parte de todos —les dijo Brad dando a sus padres un sobre.

—Aquí no cabe un coche —comentó bromeando el padre mientras lo abría.

—¿Y tú para qué quieres un coche? —le preguntó divertido Bryan.

—Tres días en un Spa con todo incluido, abuelo, nos vamos a un Spa.

—¿Eso de las aguas? —preguntó agradecido mientras abría el paquete que escondía su nueva radio.

—Sí, abuelo —le dijo Brendan cogiendo un paquete para dárselo a April.

April lo miró a los ojos emocionada. Estaba viviendo el momento que siempre había deseado vivir. La mañana de Navidad en familia, sentada en la alfombra, rodeada de cariño y de regalos. ¿Qué más podía pedir? Cogió el paquete rectangular. No parecía un libro, que hubiera sido lo más sencillo para ella y una apuesta segura con lo que le gustaba leer. Rasgó el papel ante la expectación de todos, y miró a Brendan, emocionada, sin palabras. Samantha miró a Brendan satisfecha. Sabía que haría feliz a su prima, siempre.

—Es un... es mi... Cascanueces —susurró abrazándolo—. Pero no te lo había dicho...

—Pensé que te gustaría —le comentó él—. Me fijé cómo lo mirabas cuando pasamos por la imprenta.

April asintió emocionada mientras le daba un paquete a él.

—Esto sí que es un libro —sonrió Brendan abriéndolo.

April asintió mientras él miraba el título «Cómo escribir un Best Seller» y la miraba a ella en silencio. April se encogió de hombros.

—Creo que ya es hora de que empieces a escribir.

—¿Cómo... supiste...?

April se encogió de hombros mientras él la abrazaba.

Johanna suspiró emocionada mientras James le pasaba un brazo sobre los hombros.

April les dio un pequeño paquete a Maddie y otro a Samantha, que abrieron curiosas.

—¡¡Ohhhh!! —exclamaron las dos enseñando a sus parejas la bola de nieve en la que había una pareja patinando.

—Un recuerdo de ese día —les dijo encogiéndose de hombros—. Yo me compre otra para mí.

Brendan le dio un beso en la cabeza pasándole un brazo por los hombros. No podía creerse la suerte que había tenido conociéndola. Miró a su abuelo agradecido por la presión que había hecho que la encontrara. Su abuelo le sonrió con cariño.

—Yo no soy tan emotiva —comentó Maddie dándole a Bryan un sobre.

Bryan lo abrió sorprendido. No tenía ni idea de qué podía ser.

—¡Dos entradas para ver a los Mets! ¡En primera fila! ¡Maddie! Iremos juntos ¿no? —la abrazó.

—¿Tú también eres de los Mets? —le preguntó Brad divertido.

—Por supuesto que no. Yo iré a verlos perder.

—Eso ya lo veremos —le respondió Bryan cogiendo el paquete que había preparado para ella.

—Puedes apostar lo que quieras.

Brendan carraspeó.

—No tientes a Bryan con las apuestas. Tiene muy mal perder.

—Nunca pierdo —le dijo a su hermano pequeño.

—Y nunca envuelves bien los regalos —le comentó Brad viendo el paquete con un desastroso envoltorio de color rojo que le había dado a Maddie.

—¿No dicen que lo que importa es el interior? —preguntó Bryan sin esperar respuesta.

Maddie extrañada abrió la caja que contenía.

—¿Esto que es? —preguntó sacando una manta de cuadros, varias bolsas con chucherías y un paquete para hacer palomitas en el microondas.

April y Samantha se miraron emocionadas.

—Un set para las tardes de domingo —le explicó Samantha.

Maddie miró a Bryan conteniendo las lágrimas. Las tardes de domingo en el sofá, bajo la manta, con él. No sabía qué decirle.

—¿Te gusta? —le preguntó preocupado.



Maddie asintió incapaz de moverse. Lo había tenido todo. Dinero, joyas, coches, vacaciones esquiendo, viajes... y una sencilla manta y unos caramelos le recordaban lo que de verdad le importaba y quería en su vida. Lo que no había tenido. Un hogar.

Maddie abrazó a Bryan secándose las lágrimas. No podía creer que fuera real.

Bryan la abrazó deseando que se dejara cuidar, proteger, amar. Él lo quería todo con ella y haría lo posible porque fuera para siempre.

Johanna se levantó a por un pañuelo de papel. Se sentía orgullosa de sus hijos. Tan grandes y fuertes y tan enamorados. No solo Brendan, con su timidez, había encontrado su compañera, sino también Bryan con su carácter parecía haber encontrado la horma de su zapato.

Maddie tomo aire para controlar su emoción y dio a Samantha y a April un paquete a cada una.

—No sabía que te gustaba el Cascanueces —le explicó a April—. Supongo que lo tendrás, pero es una primera edición. Lo tenía desde hace años.

April miró boquiabierta el libro del Cascanueces lujosamente encuadernado. Acarició la portada con cuidado.

—Pero... esto es una reliquia...

Maddie se encogió de hombros.

—Solo para quien sabe valorarlo. Yo nunca lo abrí, y mucho menos lo miré como lo miras tú.

Samantha abrió su paquete y la miró orgullosa y con una sonrisa de oreja a oreja.

—Necesitarás una agenda muy completa ahora que vas a ser empresaria.

—Me encanta, de verdad, gracias —le dijo cogiéndola de la mano afectuosa.

Samantha le dio su paquete a Brad.

Brad lo abrió y sonrió. Unas cómodas y suaves zapatillas de estar por casa y un pantalón de pijama en verde oscuro.

—¿Pero no le falta la camiseta a este pijama? —le preguntó con una sonrisa.

Samantha se encogió de hombros tranquila.

—No. Me la quedé yo, igual que todo esto —le cogió el paquete completo—, porque va a ser lo que tengas en mi casa.

Todos sonrieron mientras Brad la abrazaba besándole la mejilla. Ya tenía motivos para llegar pronto a casa.

Johanna miró a su marido dichosa. Por fin Brad había encontrado algo con lo que equilibrar el tiempo que le dedicaba al trabajo. No podían hacer mejor pareja.

Brad dio un pequeño paquete a Samantha. Ella lo abrió con una sonrisa y miró a Brad con la boca abierta. Sacó de la caja un bonito adorno brillante con forma de estrella para colgar en el árbol.

—Puede ser el recuerdo de nuestra primera Navidad juntos.

Samantha lo besó en los labios con cariño. Brad la abrazó con ternura.

—Es mi turno —les dijo el abuelo, dando un pequeño paquete a Johanna y a James.

Johanna lo cogió y lo abrió con cariño soltando un suspiro.

—Es el adorno de este año. No me había dado tiempo a comprar ninguno —sonrió emotiva mostrándoles el adorno de madera.

Era rojo y dorado. Tenía forma de corazón con tres corazones más pequeños en relieve.

Todos lo miraron con una sonrisa mientras el abuelo daba a cada uno de sus nietos otro paquete más pequeño.

Los tres hermanos los abrieron y se miraron confundidos.

—Es un regalo para la pareja —les explicó.

Las parejas miraron extrañadas las gomas de borrar que había bajo el envoltorio.

Johanna suspiró mirando a James emocionada.

—Muy bonita, abuelo. Sin duda me vendrá bien —le dijo Brendan con ternura.

El abuelo le sonrió con afecto.

—Es una tradición familiar —les explicó el abuelo—. Es el secreto de un matrimonio feliz. Una goma de borrar. La vida es muy larga, a veces las cosas no van bien, se dicen cosas que no se piensan o que no se sienten. Borrarlas. Para que no se tengan en cuenta, para que no se recuerden, para que prestéis más atención a los momentos bonitos, a lo que de verdad importa.

Las tres parejas se miraron a los ojos y abrazaron al abuelo que sonreía emocionado.

—Y espero que podáis perdonar a este pobre anciano que os ha hecho venir aquí en Navidad con vuestras parejas. Solo quería veros felices, muchachos.

—No vamos a utilizar la goma de borrar para esto —le contestó April con una sonrisa radiante.

Johanna se levantó secándose las lágrimas de los ojos.

—Voy a por el chocolate caliente y unos bizcochos. Creo que nos vendrán bien a todos.

Los tres hermanos fueron hacia ella para abrazarla. Johanna se dejó abrazar emocionada.

—Yo creía que no teníais novia y que os seguía reuniendo en algún bar a ver los deportes y mira... —señaló a las chicas que se les habían acercado.

Todos se miraron cómplices.

—Seguimos reuniéndonos en el bar —le confirmó Bryan evitando que sus hermanos hablaran más de la cuenta.

Sus padres y su abuelo no tenían por qué conocer la realidad que los había unido.

—La magia de la Navidad —le dijo Samantha abrazando a Brad por la cintura.

—Eso habrá sido —le sonrió Johanna yendo hacia la cocina.

Las parejas se miraron sonriendo y volviendo a ocupar los lugares donde estaban antes de levantarse.



James, Johanna y el abuelo salieron a despedirlos a la puerta después de comer.

—Supongo que para fin de año nos veremos cerca de Square Garden cuando caiga la bola —les dijo Brendan a sus hermanos conforme salían.

—Nos veremos antes —le comentó Brad saliendo con su maleta seguido de Samantha—. April y Samantha son primas, y Samantha y Maddie van a vivir juntas. Creo que ahora nos veremos mucho más.

—Supongo que sí —sonrió Brendan llevando la maleta de April.

Las tres chicas se detuvieron en la puerta repartiendo abrazos y besos y dando las gracias por tan emotivos momentos.

Los tres hermanos las miraron apoyados en sus respectivos coches.

—Será cierto que la Navidad tiene Magia —comentó Brendan.

—Eso dice Samantha, y yo la creo —confirmó Brad.

—Bah... casualidades —añadió Bryan haciendo que sus dos hermanos lo miraran incrédulos.

Bryan se encogió de hombros sin querer hacerse ilusiones. Maddie todavía tenía que pasar por un juicio difícil y un cambio de vida radical. Samantha iba a empezar un negocio y su hermano era casi adicto al trabajo, y Brendan supuso que algún día se olvidaría de llamar a April y April... ni se enteraría porque habría olvidado cargar su móvil ¿A quién quería engañar? Parecían hechos los unos para los otros como solía decirse, pero le costaba creer que la Magia de la Navidad fuera real. Se resistía a pensar en ello.

—Ya veremos cómo estamos al año que viene —concluyó orgulloso.



Un año después. Un mes antes de Navidad:

April llamó a la puerta del piso de Samantha, emocionada, quitándose los guantes.

Maddie le abrió con una sonrisa, sosteniendo unos cuantos folios en la mano. Llevaba unos cómodos pantalones negros y un jersey fino de cuello alto. Las dos amigas habían decidido vestirse como si trabajaran fuera de casa, aunque ambas compartieran la habitación que utilizaban como centro de trabajo.

—¡April! —le saludó con una sonrisa— ¿Te has escapado de la biblioteca?

—Hoy hemos cerrado antes— le comentó yendo hacia la habitación en la que Samantha estaba manipulando una piedra verde en forma de lágrima.

Samantha saludó a su prima dejando con cuidado la piedra, y se levantó para saludarla.

—¿Podríais tomaros la tarde libre?

Samantha y Maddie se miraron y se encogieron de hombros antes de mirar a April.

April con una sonrisa radiante les tendió la mano mostrándoles un sencillo y brillante anillo de compromiso.

Las tres jóvenes empezaron a saltar emocionadas, riéndose.

—¿Cómo te lo pidió? ¿Cuándo os vais a casar? ¿Ya tenéis la fecha? —preguntaron Samantha y Maddie sonrientes.

—En Navidad —les respondió April con los ojos brillantes.

—¿Esta próxima Navidad? —preguntó Samantha.

April asintió emocionada.

—Pero falta solo un mes —le dijo Maddie llevándose la mano al estómago.

—Sí, lo sé ¿no es romántico?

Samantha sonrió.

—¿Lo saben James y Johanna? El abuelo se emocionará.

—Se lo diremos este fin de semana, en Acción de Gracias.

—Vamos a celebrarlo —les dijo Samantha.

Fue a la cocina para coger la botella de champán pequeña que reservaba en la nevera para las celebraciones inesperadas y volviendo con ellas.

—¡Qué bonito! —le sonrió Maddie cogiéndole la mano para mirar el anillo mientras suspiraba.

Samantha dejó las tres copas sobre su mesa de trabajo y echó un poco de champán en ellas.

—Que seáis muy felices —deseó levantando su copa.

Las tres jóvenes brindaron. Samantha y April bebieron un sorbo y miraron a Maddie extrañadas.

—¿Tú no bebes?

Maddie negó con la cabeza sonriendo.

—No sois los únicos que vais a decir algo en Acción de Gracias —les dijo llevándose la mano al ombligo.

Samantha y April la miraron boquiabiertas emocionadas y empezaron a saltar de alegría.

—¿Por eso tus molestias toda la semana? —le preguntó Samantha.

Maddie asintió.

—Me hice la prueba ayer.

—Bryan estará encantado —supuso April acariciándole con cariño el vientre.

—Sí. Creo que finalmente me iré a vivir con él.

—Lleva tiempo pidiéndotelo —le dijo Samantha dando otro sorbo al champán.

—Supongo que ya es hora de irme y dejar que Brad se instale contigo.

Samantha se encogió de hombros.

—No tenemos prisa. Ya sabes que los dos estamos muy entretenidos con nuestros trabajos.

Llamaron a la puerta y Samantha fue a abrir mientras April y Maddie empezaban a planear la tarde.

—Brad...

Brad, trajeado como siempre que trabajaba entró, la cogió por la cintura y la besó en los labios sin darle tiempo a reaccionar.

Samantha le correspondió el beso mientras él cerraba la puerta con el pie.

—Vivamos juntos —le susurró Brad.

—¿Cómo?

—Utiliza tu piso para trabajar, que Maddie se quede aquí —le propuso—. Sé que estás cerca de los juzgados, que entre juicio y juicio puedo aprovechar para verte, pero prefiero tenerte en casa por las noches, despertarme a tu lado por las mañanas... ¿Qué me dices?

Samantha le sonrió satisfecha.

—Y supongo que se lo querrás decir a tus padres y a tu abuelo este fin de semana cuando vayamos por Acción de Gracias.

Brad se encogió de hombros asintiendo.

—Yo doy gracias por tenerte todos los días, quiero compartirlo con ellos, se alegrarán de que vivamos juntos.

Samantha asintió divertida.

—Me parece una idea perfecta... probablemente se alegren de eso —frunció la nariz con cariño, sabiendo las diferentes cosas bonitas que iban a celebrar ese fin de semana.

Brad la miró contrariado. ¿A qué se refería? ¿Es que acaso no era suficiente motivo de alegría vivir juntos? ¿Samantha estaba esperando que le pidiera matrimonio? Nunca habían hablado sobre ello. Siempre habían dado por hecho que vivirían juntos. Pero tenía razón... ¿Por qué conformarse con vivir juntos? Se compenetraban a la perfección, se divertían, alguna vez se enfadaban y las reconciliaciones eran memorables. No se imaginaba la vida sin ella. No quería una vida sin ella. Sí, probablemente debía dar un paso más.

Asintió comprendiendo y aceptando satisfecho y orgulloso el paso que iba a dar. Tenía que comprarle un anillo.

—Tengo prisa —improvisó—. Me voy.

Samantha lo vio irse con la misma rapidez que había llegado. Otras veces les daba tiempo de

tomarse un café juntos antes de volver al juzgado. Sonrió. Sin duda, Brad también se sorprendería cuando en Acción de Gracias sus hermanos tuvieran cosas tan entrañables que celebrar. Cerró la puerta y volvió a la habitación.

—Chicas ¿no pensáis que la vida puede ser maravillosa?

**Querida lectora:**

¿Te ha gustado esta novela?

Me harías un gran favor si compartieras tu testimonio en las redes para ayudar a su divulgación.

Te comparto más abajo los enlaces a algunas de mis otras novelas.

Y, con todo mi cariño, te deseo una Feliz Navidad.

## Otros libros de la autora

### Sorpresas por Navidad

Darren Mathews está preparado para pasar unas Navidades en familia. Para lo que no está preparado es para tener que resistirse a la hermana de la que se supone que es su novia.

Heather Carter no quiere pasar las fiestas navideñas escuchando a sus padres recriminándole su soltería una y otra vez. Su hermano mayor es un héroe de guerra al servicio del ejército. Su hermana dos años menor está felizmente casada y embarazada y la más pequeña lleva meses saliendo con un chico al que va a llevar a casa.

Lo único que se le ocurre es pedir a un compañero del despacho que finja ser su novio durante las fiestas.

Lo que no espera es sentirse atraída por el novio de su hermana pequeña.

Y tampoco espera todo lo que pasará después.

¿Lograrán celebrar una Feliz Navidad?

Encuétralo en Amazon.

y ¡descubre las sorpresas que la Navidad puede darte!

### Colección Edentown

#### Una decisión afortunada

*Laurel sabe lo que quiere. Nick cree que también lo sabe...  
hasta que conoce a Laurel.*

Laurel Harding llevaba tiempo sin fijarse en ningún hombre, así que cuando un joven tremendamente atractivo sugiere la posibilidad de alquilar una habitación en Edentown de manera temporal, no duda en ofrecerle la que queda libre en su casa.

Mientras tanto, sigue esperando que los herederos del hotel en el que trabaja respondan al email que les ha enviado reclamando su atención y un aumento del presupuesto.

Nicholas Jordan es el encargado de comprobar que el hotel favorito de su abuelo, donde había decidido retirarse y pasar los últimos años de su vida, realmente cuenta con el potencial que la ambiciosa gerente y probable examante de su ancestro les manifiesta.

Llega a Edentown dispuesto a comprobarlo sin prever que ser fiel a sí mismo puede hacer que su vida salte por los aires, pero que no serlo puede que sea aún peor.

Descarga tu ebook hoy haciendo clic aquí: <https://amzn.to/2FcUyIF>

y ¡descubre las bonitas historias de amor que suceden en Edentown!

### El triunfo del hogar

*Ella quería una familia, él quería un lugar para descansar.  
Juntos descubrirán que deseaban lo mismo.*

Megan Saint James está cansada de esperar a que su hombre ideal aparezca a lomos de un

caballo blanco y le prometa felicidad eterna. Está dispuesta a crear la familia que no tuvo de niña, aunque tenga que hacerlo ella sola.

Keith Logan busca un lugar donde curar las heridas físicas de las que le han jubilado anticipadamente y las heridas del corazón, que le impiden volver a confiar en alguien.

Ella no quiere esperar más. El bastante tiene consigo mismo.

¿Podrá Megan posponer su decisión de ser madre? ¿Se atreverá Keith a olvidar el pasado y dar una nueva oportunidad al amor?

Descarga tu ebook hoy haciendo clic aquí: <https://amzn.to/3j5JAnC>  
y ¡descubre las bonitas historias de amor que suceden en Edentown!

### **La protección que necesitaba**

*Lacey está dispuesta a protegerse sola hasta que descubre que todo lo que le rodea está dispuesto a hacer lo mismo por ella.*

Mike O’Roarke, un atractivo veterinario, ha dejado atrás la sociedad fría y superficial a la que pertenecía y que ha dañado su reputación.

Lacey Brown huye literalmente de un pasado de dolor y malos tratos concediéndose la oportunidad para ser feliz, aunque no sepa realmente ni lo que es eso.

El bonito pueblo de Edentown les abre los brazos en cuanto llegan.

Lacey quiere adoptar un perro, pero el destino parece que le obliga a que aprenda primero a cuidarse ella misma.

Todo va bien hasta que el pasado llama a su puerta...

Descarga tu ebook hoy haciendo clic aquí: <https://amzn.to/2OsK1tU>  
y ¡descubre las bonitas historias de amor que suceden en Edentown!

### **De repente el Amor**

*Ella le pedirá un favor que le cambiará la vida.  
Él estará dispuesto a eso y a mucho más.*

El único y querido hermano de Isabella es dado por muerto en un accidente de avión. Isabella abandona la obra misionera donde era voluntaria para cuidar a sus sobrinos, pero para conseguir su custodia debe tener un marido y una vida estable, algo de lo que carece totalmente. Amenazan con quitárselos y eso es algo que no está dispuesta a consentir.

Así que, sin perder más tiempo, agobiada y asustada, deja toda su vida y su país y se recorre medio mundo para pedirle matrimonio al mejor amigo de su hermano, un hombre al que nunca ha visto y del que no sabe nada.

Peter lleva una vida estable, cómoda, tranquila en Edentown, hasta que una bonita desconocida le pide un favor que puede cambiarle la vida.

¿Estará dispuesto a renunciar a la vida que conoce por una mujer de la que no sabe nada?

Descarga tu ebook hoy haciendo clic aquí: <https://amzn.to/36oeGTm>  
y ¡descubre las bonitas historias de amor que suceden en Edentown!